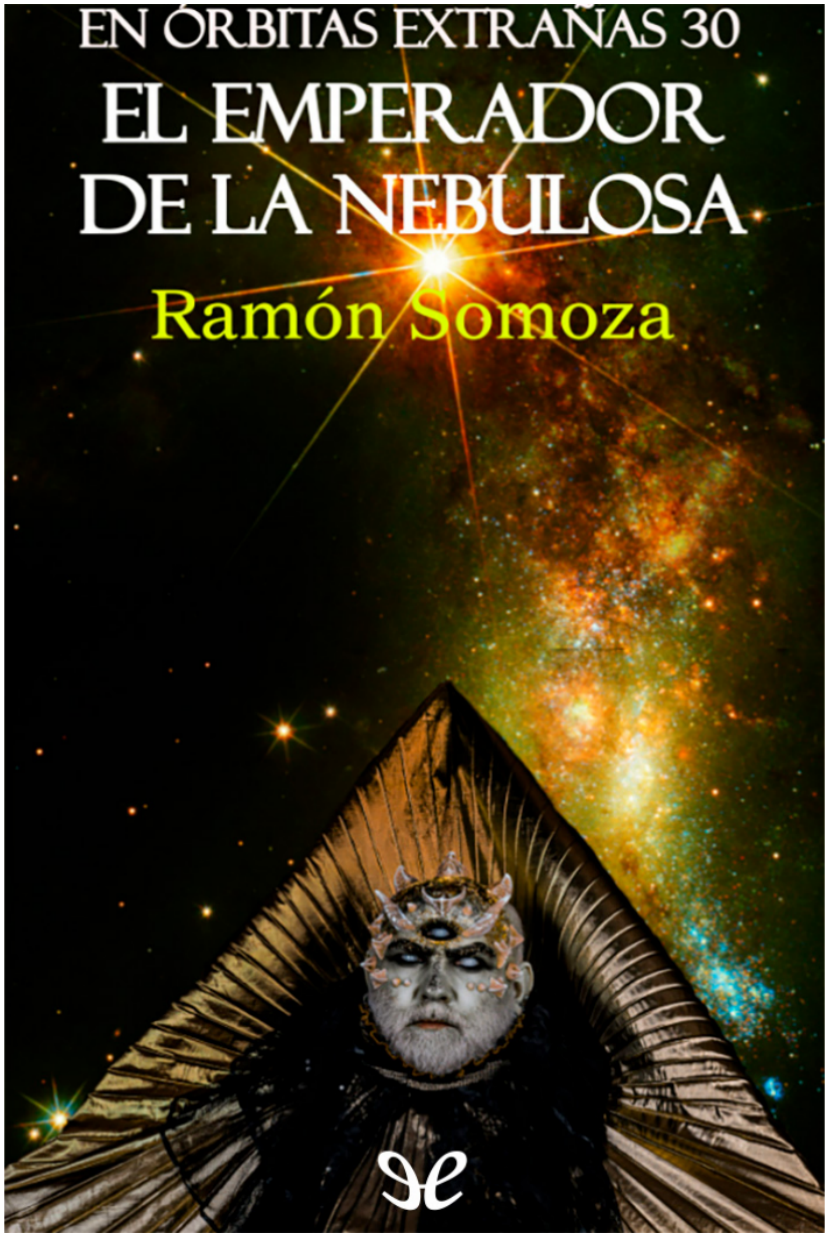
EN ÓRBITAS EXTRAÑAS 30

EL EMPERADOR DE LA NEBULOSA

Ramón Somoza



A costa de la manipulación del espacio-tiempo por parte de un ser que podrímos calificar casi como un semidios, el Coleccionista, tanto los mundos Krogan como Nueva Tierra han sido trasladados cerca de una nebulosa donde el Coleccionista había situado 36 especies de su colección.

¿Pero qué peligro acecha desde el interior de esa nebulosa? ¿Podrán Krogan, humanos y Wonurt sobrevivir a ese peligo? Quizás una niña humana tenga la respuesta…

Ramón Somoza

El emperador de la nebulosa

En órbitas extrañas - 30

ePub r1.0
Titivillus 30.03.2023

Título original: *El emperador de la nebulosa*
Ramón Somoza, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

En órbitas extrañas 30:
El emperador de la nebulosa

Supongo que cuando te has enfrentado a un ser con poderes casi divinos y has ganado, la gente te trata con algo de respeto. Si además has estado moviendo sistemas solares enteros para que no choquen entre ellos, pues el respeto sube algo más. Hasta el punto de considerarte una diosa, o algo así.

Pues vaya por delante que me fastidia mucho. Ni soy una diosa ni pretendo pasar por una. Lo malo es que Krogan, Wonurt y humanos han descubierto mis poderes psíquicos, puesto que unieron sus mentes a la mía para derrotar al *Coleccionista*. Desaté un poder increíble, y supongo que piensan que en realidad es mío, aunque no es verdad: Yo tengo el poder de *unir*. Aunque mi potencia *psi* sea muy superior a la de cualquiera de ellos, solo pude vencer al *Coleccionista* y realizar esos prodigios porque *todos ellos* me ayudaron. Me he cansado de repetirlo, y parece que les entra por un oído y les sale por otro.

Tuve que pararles los pies cuando me enteré de que prendían erigirme un templo entre las tres especies: Por ahí no paso. Supongo que, después de ver lo cabreada que estaba, se lo pensaron mejor. Aun así, tengo la impresión de que me reverencian mucho más de lo que reverenciarían a una reina normal. Si no fuera porque llevo haciéndolo desde que llegamos a este planeta y el distanciarme haría que la adoración fuese en aumento, dejaría de hacer mi ronda diaria por alguna de las tres ciudades que rodean mi palacio. Eso sí que no. Me gusta saber lo qué pasa, sin que me lo cuenten los tres líderes, y además así estoy con la gente normal. A decir verdad, las ceremonias me fastidian, y prefiero estar con la gente común.

Sin embargo, un día tengo un tropiezo al hacer mi ronda con Stefan por la ciudad humana. Para mi sorpresa, me encuentro al

imbécil del exsenador subido a una especie de podio hecho con lo que parecen unas cuantas ramas sujetadas de cualquier manera, arengando a un pequeño grupo de unas ochenta personas, la mayor parte de los cuales parecen mirarle con cara de chiste. A un lado, la presidenta del parlamento, nuestro primer ministro y mi ayudante Lily están contemplándole con una mezcla de fastidio, enfado y desesperación.

—¡Ahí está! —grita cuando me ve—. ¡Ahí está, paseando como si fuera una de nosotros, cuando debería estar lejos, con esos lagartos Krogan o esas ranas azules de los Wonurt!

Frunzo el ceño y me acerco, apenas capaz de ocultar mi cabreo. ¿Racismo? No hemos tenido nada de eso hasta ahora, y no pienso tolerar que ese politicastro de tres al cuarto lo use para avanzar su nula carrera política.

—¿Se puede saber quién cree ser, para insultar así a dos especies inteligentes que además son aliadas nuestras? —le espeto, asegurándome de que todos me oyen—. ¿Qué le hace creer que usted es mejor que cualquiera de ellos?

—¡No son nuestras aliadas! —grita—. ¡Es una farsa para dominarnos a los humanos! ¡Esos lagartos pretenden dirigirnos, convertirnos en sus esclavos!

—Le recuerdo que ellos me han aceptado como reina —replico, intentando no chillarle. No es buena idea chillar en un debate, pierdes toda la razón al hacerlo—. ¡Una humana! ¿Cómo podrían dirigirnos si ellos aceptan mi liderazgo?

—¡Porque ya no eres humana! —me grita—. ¡Esas bestias te controlan! —Señala el extraño cristal que tengo incrustado en la frente—. ¡He ahí la prueba! ¡Le han implantado un dispositivo que la ha cambiado, la han convertido en algo que ningún humano podría ser jamás!

La presidenta del Parlamento suelta por lo bajo algo que juraría que es un taco, y además bastante gordo. Entonces eleva la voz.

—¡Eso es una estupidez! Tiene forma humana, habla como una humana, razona como una humana, ¡y ha hecho mucho más por todos nosotros de lo que ha hecho usted jamás, señor Lebedev!

—¡No es humana! —berrea el senador, volviéndose hacia sus oyentes—. Y si lo es, ha sido modificada por los extraterrestres hasta el punto que ahora es algo radicalmente extraño. ¿Vamos a

someternos a un ser así?

Frunzo el ceño, intentando ocultar cómo mi cabreo va en aumento, porque veo que algunos están empezando a dudar.

—¿Y en qué te basas para decir que no soy humana? —pregunto —. El que quiera, puede examinar mi código genético. No encontrará ninguna diferencia con cualquier otro.

—¡No se trata del código genético! —brama—. ¡Estás cambiada, de una forma que ningún ser humano podría ser jamás! ¡Todos los sabemos!

Le miro con la boca abierta.

—¿Cambiada? ¿En qué sentido?

—¡Los humanos no tienen poderes psíquicos!

—No sea idiota —interviene mi ayudante—. Durante toda la historia de la humanidad hubo relatos de humanos que tenían poderes paranormales. Yo misma he conocido a uno que podía levantar piedras. La reina tiene un poder mayor, pero eso no significa que sea única.

—Todos los humanos tenemos un órgano al lado del cerebro que denominamos *Krylxan* —explico—. Normalmente está subdesarrollado y es casi imperceptible, pero si se desarrolla hasta ser visible, los seres humanos son capaces de utilizar poderes *psi*.

—¡Tonterías! —se burla—. ¡Te desafío a que nos muestres un solo ser humano con ese órgano de fantasía!

Entonces Stefan se adelanta. Puedo ver que él también está bastante enfadado, y no lo disimula lo más mínimo.

—En mi caso, tiene un tamaño aproximado de cuatro milímetros. Es claramente visible en una radiografía.

—¿Y supongo que tienes los mismos poderes que la reina? —se burla el hombre.

—Por supuesto que no —intervengo yo—. El mío es del tamaño de una pelota de
ping-pong.
Los poderes de Stefan apenas llegan a la telepatía. Pero ya tienes otro caso de un humano con poderes *psi*.

El hombre hace un gesto despectivo con la mano.

—No vale. Después de todo, está casado contigo. Puede haber sido modificado también por los extraterrestres.

—Podemos hacer un escaneo cerebral a todas las personas —

propone Nisha en tono razonable—. Si encontramos al menos otro caso, es obvio que la reina es perfectamente normal.

—¡No vamos a invadir la intimidad de las personas examinándolos así! —se exalta el otro, aunque sé que esa intimidad le importa exactamente un pepino. Lo que le interesa es que la gente me pueda considerar un bicho raro.

Cierro un instante los ojos, y tanteo a la multitud a mi alrededor. Noto ligeras perturbaciones en la cuarta dimensión; es decir, que hay varias personas con poderes a nuestro alrededor. Para mi sorpresa, una de las perturbaciones está muy cerca del propio senador. Entonces sonrío.

—Muy listo, así no podré demostrar que soy normal. ¿Pero por qué no demuestras tú que no llevas ese órgano supuestamente ficticio? Y ya puestos, ¿por qué no también tu familia? ¿O es que tienes miedo que demostremos que estás completamente equivocado?

—¡Nosotros no tenemos nada raro en la cabeza! —ruge, furioso.

Me inclino hacia atrás, complacida por haberle sacado de sus casillas.

—Pues demostradlo. Que unos médicos hagan un escaneo de tu cabeza y la de tu mujer y tus hijos. Si no hay nada, entonces tendrás razón. —Señalo al menor de sus hijos—. Sin embargo, creo que el chico sí va a mostrar ese órgano. Puedo percibir su poder *psi*.

—¡Michael no tiene poderes *psi*! —casi aúlla el senador.

En el silencio que sigue, el chico carraspea con embarazo.

—Papá… creo que estás equivocado.

El hombre se vuelve hacia el muchacho, su rostro desencajado de furia.

—¿Te has vuelto loco?

El chico traga fuerte ante la rabieta de su padre, pero entonces señala al suelo. Una chinita, del tamaño de una canica, empieza a moverse en círculos. Luego, súbitamente, se eleva unos siete u ocho centímetros del suelo.

—No puedo levantarla más —se disculpa, mientras la piedra cae de nuevo al suelo.

—Tienes que seguir practicando, Michael —indico con amabilidad, aprovechando que el padre está con la boca abierta, alelado por lo que acaba de ver—. Al practicar, tus poderes se

fortalecen.

—Yo también puedo hacerlo —indica una mujer, acercándose, y al instante dos pequeñas piedras se levantan hasta una altura de aproximadamente medio metro—. Supongo que también debo tener ese órgano desarrollado. ¿Podría hacerme un escáner para confirmarlo?

—Por supuesto —interviene el primer ministro—. Le pediré al centro médico que cualquiera que lo desee pueda hacerse ese escáner cerebral.

La mujer me mira, y me guiña un ojo.

—Supongo que el mío no tendrá el tamaño del de la reina.

Yo sonrío.

—Supongo que no. Pero si tú —hago un gesto hacia ella y luego otro hacia el chico— y Michael queréis que os ayude a desarrollar vuestro potencial *psi,* estaré encantada de hacerlo.

La mujer sonríe y asiente mientras Jaime me mira.

—Bueno, creo que queda claro que la reina no es una extraterrestre, ni ha sido modificada, sino que tiene un don que todo ser humano podría también poseer. Otra cosa es que su don sea mayor al de los demás. —Se vuelve hacia el exsenador con una expresión severa en el rostro—. Señor Lebedev, no tenemos aún muchas leyes en *Nueva Tierra*. Sin embargo, le voy a pedir al Parlamento que apruebe una ley para evitar las calumnias como aquellas con las que usted parece disfrutar tanto, especialmente si van dirigidas contra la reina, que tantas veces nos ha salvado la vida. Además, solicitaré una ley que convierta en delito el racismo hacia Krogan y Wonurt.

—Y yo estaré encantada de presentarlas en el Parlamento —asiente Nisha con gesto determinado—. Basta ya de juegos sucios desestabilizadores por parte de populistas que solo pretenden cambiar el régimen que nos hemos dado democráticamente. Señor Lebedev, si quiere cambiar las leyes, preséntese a las próximas elecciones, y procure sacar más de cuatro votos. Pero basta de difundir infamias.

Tengo que morderme los labios para no soltar la carcajada cuando la presidenta del Parlamento le recuerda a ese imbécil que solo tuvo su propio voto y el de su familia. Eso es realmente humillante para un tipo tan engreído.

El podio chapucero sobre el que está de pie el tipo ese cruje, y de pronto se derrumba, haciendo que el susodicho se caiga de culo, haciendo que todos suelten una risotada. Me mira con cara de odio, se levanta y sale andando, seguido de su familia. En cambio, la mujer que ha levantado antes las dos piedrecitas se acerca a mí, con ojos brillantes de ilusión.

—¿De verdad me va a poder instruir, Majestad?

Asiento sin dudarlo. A decir verdad, creo que sería un gran beneficio para la sociedad si podemos educar a los humanos respecto a sus poderes *psi*. Sin embargo, por otra parte, eso nos va a poder asegurar que no hacen mal uso de ellos, puesto que sabremos quiénes son y de qué son capaces. No creo que vaya a ser el caso, mas ya me he encontrado con que no todos los seres humanos son precisamente un dechado de virtudes. El exsenador, por ejemplo, no está en mi lista de gente decente.

—Por supuesto que sí. A ti y a cualquiera que demuestre tener capacidad *psi*. —Me vuelvo hacia mi ayudante—. Lily, por favor, bloquea mi agenda un día por la tarde todas las semanas, para realizar ese entrenamiento.

Ella apenas tiene que pensarlo. Creo que mi ayudante se conoce mi agenda de memoria, lo cual por otra parte no es nada de extrañar, puesto que también tiene memoria fotográfica, amén de tener un coeficiente intelectual que también la califica de genio.

—Los martes por la tarde, Majestad. ¿Tres horas serán suficientes?

—Supongo que sí. —Vaya, me parece que voy a tener que saltarme parte de mi entrenamiento de combate, pero bueno, esto también es importante. Ya encontraré otro hueco—. De cuatro a siete de la tarde.

—Muy bien, Majestad. —Mi ayudante me mira con gesto travieso—. ¿Podría asistir yo también? No tengo poderes *psi*, que yo sepa, pero mi último escáner en la Flota mostró una callosidad de aproximadamente un milímetro al lado de mi cerebro. El médico lo diagnosticó como un depósito de grasa, pero ahora no sé qué pensar…

Le sonrió con amabilidad.

—Ve a ver a Irina, y que te examine en el autodoctor. Si es un *Krylxan*, por supuesto que serás bienvenida.

Entonces todos se acercan, preguntando si ellos también se pueden hacer examinar, y el primer ministro ofrece de nuevo el centro médico para eso. Para mi sorpresa, algunos salen al instante corriendo hacia nuestro hospital.

Así que los martes me dedico en una sala del palacio a entrenar a aquellos que tienen un *Krylxan* visible. Son muchos más de los que esperaba, casi ochenta, lo que es algo más de un medio por cien de la población humana. Con ayuda de mi propio órgano, logro estimular los suyos para que sus dueños logren ser conscientes de ellos, y luego empezamos a entrenarlos. No todos pueden mover cosas; algunos solo logran proyectar sus pensamientos, comunicándose entre ellos; otros, en cambio, me tienen intrigada. *Sé* que están interactuando con la cuarta dimensión, puesto que noto la perturbación, mas soy incapaz de detectar el qué están haciendo. O bien se trata de poderes que aún no domino yo, o son aún demasiado débiles para manifestarlos. En cualquier caso, todos están entusiasmados con mis lecciones.

Sorprendentemente, los Wonurt se ofrecen a ayudarme cuando descubren lo que estoy haciendo, y envían varios instructores a mis clases. Siendo una especie telépata, conocen bastante bien la dimensión de la mente, y son capaces de instruir a mis alumnos igual de bien que yo. De hecho, esto ayuda mucho a derribar la barrera entre nuestras dos especies, puesto que los Wonurt les pueden dedicar bastantes más horas a la semana de lo que puedo hacer yo.

Sin embargo, pronto me entero que no son solo mis esfuerzos los que están haciendo que las tres especies estén empezando a interrelacionarse más entre ellas.

La fábrica de armaduras que han montado los humanos está siendo todo un éxito, puesto que apenas pueden dar abasto para todos los Krogan que quieren una. A mi entender, se deben estar forrando, aunque le señalo al primer ministro que no es buena idea depender de un solo producto. Entonces me explica de que han establecido un centro de investigación conjunto con Krogan y Wonurt, examinando los restos del ser que en su día esclavizó a los Wonurt y que el *Viento Solar* destruyó con un arma *Cosechadora* que atraviesa los escudos como si no existiesen. Tienen ya al menos tres o cuatro prototipos de productos revolucionarios en base a una

tecnología que no se parece en nada a lo que ninguna de las tres especies conocemos. Han acordado con las otras dos razas que los beneficios serán compartidos, mas son los humanos los que parecen saber mejor cómo comercializarlos. No es de extrañar: Los Krogan son unos guerreros impresionantes, pero unos inútiles en márquetin, y los Wonurt acaban de salir de la Edad de Piedra. Eso por no hablar del hecho de que no han comerciado con nadie en veintitantos mil años.

El enorme recinto de gobierno alrededor de mi palacio crece también a marchas forzadas, lo cual no es de extrañar, teniendo en cuenta que se usan una ingente cantidad de impresoras de construcción para ello. También están casi terminados los tres *Templos del Recuerdo*, uno para cada especie. Falta el interior, y para mi gran sorpresa tanto Krogan como Wonurt poseen una capacidad artística inusitada. El caso de los Krogan, siendo una especie que vive por y para la guerra, es especialmente curioso.

Hablando de Krogan: Multitud de pequeños clanes se están asentando en *Nueva Tierra*, y creando un anillo de pequeñas ciudades alrededor de las tres ciudades originales. Contrariamente a lo que ocurre en
Art'Krogan,
estas no tienen murallas. En eso me puse firme; no quiero que aquí los clanes puedan volver a entrar en guerra, como ocurre en su planeta natal. Fue más fácil de lo que esperaba, cuando señalé que el juramento sagrado que hizo esa especie después de la guerra con los Wonurt impide que corra sangre Krogan en este mundo. De hecho, han terminado construyendo una pequeña estación espacial para aquellos que quieran tener un duelo, puesto que no pueden tenerlo en el planeta. Estos saurios desde luego que son imposibles.

La ciudad Wonurt también está creciendo, pues cada día acuden nuevos habitantes de otras partes del planeta, donde se estaban ocultando. Gracias a la red mental que comparte su especie, saben que ahora ya no tienen que hacerlo. A decir verdad, ya son más que los poco más de catorce mil y pico humanos, y siguen acudiendo. Para mi sorpresa, han llegado a un acuerdo con los Krogan, y estos les han cedido varios aerococches, que utilizan para recoger a las tribus más lejanas. Tardo en enterarme de que en realidad han sido los humanos los que han comprado esos aerococches a los saurios, y

luego se los han revendido a los hombres azules a cambio de asesoramiento científico en áreas donde ellos no están muy avanzados. A decir verdad, me parece muy bien. Aunque las cosas parecen haberse suavizado mucho entre Krogan y Wonurt, sé que todos aún recuerdan la guerra que hubo entre ellos.

En fin, las cosas van estupendamente, lo que es un alivio después de todos los problemas que hemos tenido desde que volvimos del futuro. Ya era hora de que tuviésemos algo de tranquilidad, aunque a decir verdad tampoco tengo tanta, teniendo nada menos que ocho niños en la familia. Sí, se me cae la baba por mis hijos adoptivos, pero ello no significa que de vez en cuando no esté literalmente desbordada con ellos. Somos solo cinco adultos —seis si contamos a Irina—, y sin embargo es casi como si necesitásemos dos adultos para cada uno de ellos, tanto trabajo nos dan. Aun así, de alguna manera logramos atenderlos y de vez en cuando puedo conseguir un respiro, especialmente cuando Groar y Stefan les entrenan en métodos de combate. Esto es un nido Krogan, o sea que hay que entrenarlos sí o sí. Incluso yo me entreno, y soy la matriarca. Ese entrenamiento me ha salvado ya tantas veces la vida que no sabría dejarlo.

Pero, por otra parte, también me entreno a diario con mis poderes mentales; el pequeño Kanil que me instruyó cuando apenas sabía usarlos me explicó que era imprescindible usarlos para reforzarlos, de la misma manera que uno tiene que entrenar para reforzar sus músculos. Sin embargo, no es nada fácil. Ese extraño órgano que tengo en el cerebro ha crecido, y a costa de ello también ha aumentado mi poder psíquico. *Siento* el poder acumulado, y la necesidad de usarlo.

Groar comenzó a pedirme cosas cada vez más imposibles, y resultó en extremo sencillo hacer lo que pedía. Sin embargo, cuando a petición suya levanté un metro el *Viento Solar*, sujetándolo en el aire, nuestro maestro de armas comenzó a preocuparse. Levantar una nave estelar de ciento veinte metros de eslora y cuarenta y cinco mil toneladas de peso no me costó mucho esfuerzo, pero es que recordé algo que me dijo una vez una diosa: «El peso es un concepto de *tu* universo». La mente es como una cuarta dimensión, y en ella puedo doblar la mayoría de las leyes del universo.

—No puedes seguir entrenando en palacio —me advirtió—. Hay

demasiada gente aquí, y no es conveniente que sepan todo lo que eres capaz de hacer.

Hice una mueca al oírlo. Maldita la falta que me hace reforzar la idea de que soy una diosa.

—¿Podrías teletransportarte a otra parte del planeta?

Asentí.

—Por supuesto.

—Muy bien. Entonces deberás teletransportarte a algún lugar apartado para realizar tus prácticas. Sin embargo, no irás sola. Necesito que haya alguien que haga un seguimiento de tus progresos.

Así que, desde entonces, todos los días me entreno después de teletransportarme a algún remoto lugar, acompañada de un miembro del nido.

—Estoy flipando —me dice un día Stefan cuando convierto una roca de casi cincuenta metros de alto en gravilla sin siquiera tocarla —. Si no fuera porque eres tú, me darías miedo.

—Yo no he pedido este poder —mascullo, fastidiada.

No me gusta que me consideren diferente, y, a decir verdad, me estoy dando cuenta de que podría hacer cosas mucho más espectaculares si quisiera. Me da miedo a mí misma. No sé qué podría hacer con tantísimo poder. Qué podría hacer si abusase de él.

Stefan se acerca, me abraza y me besa. Yo respondo a su beso, y aquello dura mucho.

—Pero sé que lo usarás para el bien —me dice al final, cuando nos separamos—. Te conozco, Tanit. No podría usar tus dones para el mal.

—Es muy cierto —oímos a nuestras espaldas—. No hay maldad en esta pequeña reina.

Nos volvemos, y sentada en una piedra hay una Wonurt. Puedo ver que es muy anciana por lo apergaminada que es su piel. No tengo ni idea de cómo ha logrado encontrarnos, y mucho menos cómo ha logrado acercarse sin que me diese cuenta, cuando yo puedo detectar a cualquier ser que esté a mi alrededor. Entonces *siento* su presencia en la cuarta dimensión, la dimensión de la mente. Es diferente a la de los demás Wonurt. Igual es que se ha teletransportado, lo cual es muy extraño. Ningún Wonurt que yo

conozca puede teletransportase. Comunicarse mentalmente sí, pero nada más.

—Soy Hoin'ta, y soy una mentora —se presenta—. Vengo a ayudarte en tu educación.

—¿Mentora? —me extraño—. ¿Ayudarme?

Juraría que ha sonreído, aunque su rostro desde luego que no lo ha hecho.

—Los Wonurt te debemos mucho —explica—. Si no fuera por ti, habríamos sido exterminados. Así que cuando supimos que tienes poderes mentales, el Consejo de los Dotados me ha pedido que te ayude a desarrollarlos. —Esta vez sí sonríe de verdad—. Eres muy poderosa, y sin embargo aún te queda mucho por aprender. Ni siquiera sabes escudar tus pensamientos. Si alguna vez volvieses a enfrentarte a otro enemigo como el *Coleccionista* que derrotaste, eso sería una gran desventaja.

Siento un escalofrío al recordar a aquel ser. Su poder era tal que podía mover sistemas solares enteros. De acuerdo, yo también lo hice, pero fue con la ayuda de cientos de miles de millones de mentes.

—¿Cómo se escudan tus pensamientos?

Su mente me toca a través de la mente colectiva de los Wonurt, explicándomelo, y me sorprendo de lo fácil que es. Es algo que esta especie descubrió hace decenas de milenios. Cuando tienes una mente colectiva, supongo que no quieres que todos tus sentimientos y deseos personales estén a la vista de todos. Con este sencillo truco lograron mantener su individualidad sin convertirse en una mente colmena donde el individuo no pintase nada.

—Gracias —le digo, realmente agradecida por lo que me acaba de enseñar—. ¿Qué es exactamente una mentora?

Se levanta de su piedra con dificultad. Debe ser muy mayor, porque veo que le cuesta andar.

—Las mentoras dominamos la mente de formas que el resto de nuestro pueblo es incapaz siquiera de comprender. En tiempos de peligro, las mentoras podemos luchar de formas que convierte a nuestros adversarios en desvalidos. En cambio, en tiempos de paz, preservamos lo que hemos aprendido y aseguramos la armonía y salud de nuestro entorno. A veces hay alguna hembra especialmente dotada a la que podemos enseñar lo que sabemos. Ella, entonces, se

convierte a su vez en mentora.

O sea, que estas mentoras son una especie de guerreros psíquicos, a la vez que maestros. No me extraña que se ofrecieran a ayudar a mis pupilos a desarrollar sus poderes mentales. Sin embargo, hay algo de lo que ha dicho que me intriga.

—¿Dices que solo las hembras pueden ser mentoras?

Hace un gesto que no puedo identificar.

—Nuestras hembras tienen por lo general un mayor poder mental que los machos. Alguna vez ha ocurrido que hubo alguno que sobresalía mentalmente, mas dejamos de entrenarlos porque casi siempre intentaban utilizar su poder para dominar a los demás. No es esa la labor de las mentoras.

Es decir, que los guerreros intentaban usar esos poderes para hacerse con el poder, y las dotadas decidieron pararles los pies. No puedo decir que esté en desacuerdo. Eso sí, voy a tener que vigilar a los humanos con capacidad *psi* por si se fueran a desmadrar. Nuestra especie no tiene una historia precisamente pacífica.

—¿Y no podían aprender por su cuenta? —me extraño.

—No. Cuando detectamos que alguien intenta utilizar su mente para su propio provecho, bloqueamos su capacidad.

Frunzo el ceño. ¿Se pueden bloquear los poderes *psi*?

—¿Cómo?

Suspira un momento.

—Ese es un secreto que solo se transmite entre las mentoras. Sin embargo, tu caso es tan especial que te lo voy a enseñar.

La anciana acerca su mente a la mía y me muestra cómo romper una especie de hilo que une el *Krylxan* con el cerebro. Es diferente a las sinapsis que unen los dos órganos. Parece… casi parece un cable de energía.

—Es que es exactamente eso —aclara ella—. Rómpelo, y ese ser ya no podrá utilizar los poderes *psi* nunca más.

—¿No se puede curar? —me sorprendo.

—Se requiere un gran poder para hacer eso —me explica—. Quizás tú pudieras hacerlo, mas es demasiado para cualquiera de mi pueblo.

—O sea, que Tanit puede castrar mentalmente a cualquiera, y volver a descastrarlo si quiere —interviene Stefan, que ha estado escuchando sin entender ni la mitad de lo que hemos hablado—.

Muy conveniente. Sin embargo, se nos está haciendo tarde, Tanit. Esta tarde tienes reunión con la Junta de Gobierno planetaria.

—Sí —confirmo—. No me he olvidado de eso. —Miro a la anciana Wonurt—. ¿Cuándo podemos volver a vernos?

Entonces sonríe.

—Siempre que vengas aquí, me encontrarás. No hace falta que me avises, yo sabré que has venido a buscarme y me reuniré contigo.

O sea, que Hoin'ta se va a dedicar en exclusiva a entrenarme. Eso desde luego que es algo de agradecer, y así se lo expreso. Ella simplemente sonríe y desaparece delante de nosotros.

—¿No te parece un poco raro? —me pregunta Stefan—. ¿Qué pretenden los Wonurt con este entrenamiento?

Lo rumio un poco, mas yo *siento* la mente colectiva de los Wonurt, y es muy obvio que me consideran una de ellos. El sentimiento de *amor* hacia mí es casi abrumador.

—No lo sé —admito—. Sin embargo, son sinceros. *Sé* que lo son. Aceptaré su oferta.

Así que durante las siguientes semanas aprendo a usar mi don para otra cosa que no sea mover cosas, transportarme a otro lugar o destruir algo.

Hoin'ta

me enseña a curar, aunque no solo a Wonurt, humanos o Krogan. Aprendo a curar un árbol infectado por una enfermedad, o hacer que crezca una planta. Logro *sentir* si animales o plantas están inquietos o enfermos, puedo detectar distorsiones en el flujo magnético del planeta, puedo cambiar el viento o crear una tormenta, haciendo que la lluvia riegue las tierras áridas. *Soy* la naturaleza de este mundo, y soy capaz de enderezarla si veo que algo va mal.

—*Eres* este planeta —me explica la anciana Wonurt—. Ahora mira en su profundidad, y decide si hay que cambiar algo. Busca una anomalía, y pregúntate si pertenece a este mundo.

Cierro los ojos, siguiendo sus indicaciones y mi mente se extiende sobre el planeta, cubriendo cada ser, cada planta que hay en él. Soy inmensamente grande, y todo lo que existe es parte de mí.

Y es entonces que lo veo. Es sutil, muy sutil, algo que no era

originario de este mundo porque pertenece a la cuarta dimensión, la dimensión de la mente. Lo examino, perpleja, olfateándolo, viéndolo, tocándolo y saboreándolo con mis sentidos extendidos, y entonces abro los ojos, sorprendida por lo que he descubierto.

—¡Es una alteración que permite a diferentes especies procrear aquí!

Hoin'ta sonríe.

—¿Lo ves?

Asiento.

—Sí. ¿Tú también?

—No, yo no. Siento su presencia, porque es un poder externo. Noto la distorsión de la naturaleza, mas no puedo verlo.

Entonces me quedo congelada de la impresión.

—¡Muéstrate! —ordeno.

El mundo parece detenerse, pues hasta las hojas y las hierbas dejan de moverse en la ligera brisa. Segundos después, aparece la diosa que otras veces nos ha ayudado —es un decir— al lado de la Wonurt, que parece congelada en mitad de un movimiento. La diosa —en realidad, un ser multidimensional tan lejos de nosotros que apenas puedo imaginar lo que es— me está mirando con curiosidad.

—¿Cómo te has dado cuenta?

—Porque los Wonurt me dieron acceso a su mente común. Puedo saber todo lo que ellos saben, incluyendo lo que sabe Hoin'ta.

Y ella es incapaz de detectar esta distorsión cuatridimensional. Sus capacidades no son suficientes para hacerlo. Incluso yo tengo dificultades para verlo.

Entonces sonríe.

—Sigues sorprendiéndome, pequeña. Bien, esto es tu prueba final.

Frunzo el ceño.

—¿Prueba final?

—Tienes que tomar una decisión, y esta definirá en qué te convertirás. Yo no puedo intervenir; la decisión debe ser solo tuya.

—¿Decisión?

Toca mentalmente la sutil distorsión en la cuarta dimensión que rodea el planeta y me mira con simpatía.

—Como bien has detectado, esto permite que diferentes especies

puedan procrear entre ellas. Tú eres la que rige este mundo, en todos los sentidos. Ahora debes decidir si quieres que esta anomalía permanezca… o sea disuelta. Piénsatelo bien, pues las consecuencias pueden ser enormes tanto en un sentido como en otro.

La miro, suspicaz. Esto no me gusta nada.

—¿Qué ocurrirá dependiendo de lo que decida?

Abre los brazos en un gesto de impotencia.

—Aunque no te lo creas, yo no puedo ver el futuro. Tenemos sistemas de taquiones que nos permiten vislumbrar posibles futuros, pero a veces hay… nudos, momentos clave donde a todos los efectos estamos ciegos porque hay alguien como tú que puede tomar una decisión clave que cambie todo lo que está por venir. Este es uno de esos momentos.

Frunzo el ceño, no sabiendo si es o no sincera.

—¿Y no podéis predecir el qué ocurrirá?

Entonces se encoje de hombros.

—Hay dos grandes avenidas de múltiples probabilidades. Dependiendo de tu elección, un amplio abanico de posibles futuros se disolverá en el caos universal y se abrirá otra inmensa red de posibilidades.

—¿Y cuáles son las consecuencias de lo que elija?

Vuelve a sonreír.

—Te recuerdo que yo debo seguir ciertas reglas establecidas por seres superiores a mí. Mi responsabilidad es presentar la oportunidad, mas no puedo influir en ella. Eres tú quien tiene que evaluar las consecuencias, y actuar en base a ellas.

Resoplo, fastidiada. Cada vez que esta diosa interviene, me meto en un lío enorme, y esta vez parece que, haga lo que haga, las consecuencias pueden ser dramáticas, no solo para mí, sino para quizás para todo el planeta.

—Oh, no solo para todo el planeta —me corrige, y es obvio que una vez más ha leído mis pensamientos como si los hubiese pronunciado en voz alta, a pesar de la protección que he establecido gracias a

Hoin’ta.

Claro que eso tampoco es de extrañar si mi protección es cuatridimensional y este ser es al menos hexadimensional—. Lo que

decidas hoy afectará a la historia de la galaxia durante al menos un millón de tus años, quizás incluso de forma definitiva.

Trago fuerte. Vamos, justo lo que faltaba para tranquilizar el canguelo que estoy sintiendo.

—¿Y si me voy sin decidir nada? —pregunto en un hilo de voz.

—Puedes hacerlo —asiente—. Pero eso también es una decisión.

Hago una mueca. Tiene razón, no hacer nada también es una decisión. Lo malo es que no sé si es la decisión correcta.

Reflexiono unos instantes. ¿Qué ocurrirá si no hago nada, si dejo que permanezca esa anomalía? Diferentes especies podrán mezclarse entre ellas en este planeta y tener descendencia mutua, como por ejemplo el bebé que

Na-Lei

está esperando de Stefan. ¿Qué impacto sociológico tendrá algo así en las diferentes civilizaciones que conozco? Imposible calcularlo. Y personalmente… cuando sea adulta podría tener un pequeño Krogan de Groar.

¿Y si cancelo esta anomalía cuatridimensional? Puedo hacerlo, hay como un nudo que la mantiene unida y que puede ser sellado o disuelto. Las diferentes especies no podrán procrear entre ellas jamás, como no han podido hacerlo en cientos de miles e incluso millones de años. No cambiaría nada. Bueno, sí, sé que si disuelvo ese nudo, los cinco embarazos interespecies que conocemos dejarán de ser viables.

Na-Lei

perderá a su bebé, dejándome a mí como la única que pueda tener hijos con Stefan. Y no tendré que preocuparme nunca de quedarme embarazada de un Krogan.

Inspiro hondo. No puedo pensar en mí, es demasiado egoísta. Sin embargo, a decir verdad, no sé el qué hacer. ¿Cuáles con las consecuencias de mi decisión? No puedo saberlo. Nunca lo sabré.

Acerco mi mente a ese nexo psíquico que de alguna manera ata este mundo. ¿Cortarlo o sellarlo? No tengo ni idea. Solo sé que no puedo salir huyendo de esta decisión; huir no es mi estilo. Inspiro una vez más, y toco ese nudo con la mente.

—Me sorprendes de nuevo —me dice la diosa—. Pensé que lo cortarías.

—No soy quién para limitar el libre albedrío —contesto,

mirando el nexo que he sellado con todo mi poder, para que nunca pueda deshacerse—. No soy una diosa. Si alguien quiere tener descendencia con otra especie, podrá hacerlo. No obligaré a nadie; seguirá siendo su decisión. Sin embargo, no soy quién para impedirlo.

—Has hablado como una verdadera Guardiana —dice ella, muy seria. Para mi sorpresa, se inclina ante mí—. Protegemos la vida, mas no la restringimos. Estoy orgullosa de ti.

—¿He hecho lo correcto? —pregunto, ansiosa.

Entonces sonríe con amabilidad.

—¿Lo correcto? No lo sé, pequeña, aunque siempre has tenido un don para hacerlo. Has pasado la prueba, que no era decidir en un sentido o en otro, sino el mero hecho de decidir. —Se vuelve a inclinar—. De Guardiana a Guardiana, permíteme expresarte mi respeto. No es probable que volvamos a vernos; ya no necesitas de mi tutela, pues ahora te toca seguir tu propio camino sin que nadie te guíe.

—¿Tutela? —me sorprendo.

Me mira con algo que juraría que es diversión.

—¿Acaso pensabas que no te hemos guiado por el camino que has recorrido, hasta que pudieras convertirte en lo que eres al día de hoy? No te hemos ayudado, puesto que no se nos permite hacerlo, pero sí hemos presentado… oportunidades. Y tú las has aprovechado superando incluso nuestras expectativas. —Sonríe de nuevo—. Has crecido, Tanit. Sí, sigues siendo una niña físicamente, pero tanto psicológicamente como mentalmente eres una adulta, capaz de tomar sus propias decisiones sin que nadie tenga que guiarla. —De pronto se pone seria—. Y es por eso que tenemos que despedirnos. Ya eres una Guardiana por derecho propio, y a partir de ahora serás tú quien decida su propio destino y el de la vida que juramos proteger.

Me toca con un dedo, y tengo una sensación extraña, como si hubiese colocado una marca en mi mente, una especie de glifo psíquico.

—Es la señal de los Guardianes —explica—. Tú y tus descendientes tendréis esa marca, porque deberéis continuar la misión sagrada de proteger la vida. —Sonríe otra vez, esta vez con tristeza—. Lamento que tu vida sea tan efímera, y que no podremos

volver a encontrarnos físicamente cuando tu especie logre ascender, mas es algo que no puedo remediar. Sin embargo, espero volver a verte… de otra manera.

Tengo que asimilar por un instante lo que ha dicho.

—¿Quieres decir que hay vida tras la muerte?

Sonríe con picardía.

—Ese es el misterio que todos los seres quieren desentrañar, ¿no es así? Lamento decirte que tendrás que tendrás que descubrirlo por ti misma. Adiós, pequeña. Ha sido un placer y un honor conocerte. Ahora vive tu vida… que sospecho que será muy interesante.

De pronto ya no está, y la voz de la Wonurt comienza a resonar, terminando la frase que estaba pronunciando. Entonces me mira, confusa.

—¿Qué muestre… qué?

Entonces caigo en que la diosa por un momento ha debido congelar el tiempo, o algo así. No sabía que eso era posible, aunque supongo que igual yo también puedo hacerlo. Recuerdo que una sacerdotisa Krogan una vez me habló a pesar de estar muerta desde hacía un año, dejándome su presencia y su mensaje antes de morir. Si puedo plegar el espacio con la mente, ¿podría también detener el tiempo o proyectar mi *ser* al futuro? Dado que el espacio-tiempo es un continuo, es muy posible que pueda hacerlo. De todas formas, es un pensamiento inquietante, y no estoy segura de querer intentarlo.

—Me refería a la anomalía —intento salirme por la tangente.

—¿Qué anomalía? —se extraña la Wonurt, y comprendo que al menos durante cierto tiempo ha estado controlada por la diosa, sin ser consciente de ello.

Dudo un momento. La diosa ya nos advirtió de que no desvelásemos la existencia de los Guardianes, y es muy mala idea cabrear a un ser así, o sea que me voy a saltar esa parte.

—He detectado una anomalía cuatridimensional —explico—. Creo que eso es lo que permite que diferentes especies puedan procrear entre ellas.

Reflexiona un instante sobre la noticia. Tal y como yo pensé, es incapaz de detectar es anomalía.

—O sea que se trata de eso. Aún no entendemos muy bien la

cuarta dimensión, y a veces nos encontramos con fenómenos extraños como ese. ¿Supongo que no la puedes eliminar?

Sacudo la cabeza. Por supuesto que ya no puedo, no cuando la he sellado con todo mi poder. Quizás el *Coleccionista* podría hacerlo, pero yo desde luego que ya no tengo capacidad para hacer eso.

—No.

Se lo queda rumiando y luego hace un gesto de impotencia.

—Supongo que podremos vivir con eso.

Asiento, aunque de pronto me estoy preguntando cuáles pueden ser las consecuencias que durarán millones de años en las que estaba pensando la diosa. Es inquietante que una decisión mía pueda tener un impacto tan drástico, y, a decir verdad, no estoy muy segura de haber obrado bien. En fin, ya no tiene remedio.

Me despido de Hoin'ta, y me teletransporto de regreso al nido. Para mi sorpresa, no hay nadie, salvo

Na-Lei.

Extiendo mis sentidos, y *siento* que están todos en el patio, observando cómo juegan los niños mientras hablan entre ellos. Lo que me extraña un poco es que mi coesposa no esté con ellos.

Me dejo caer a su lado y la miro; su embarazo ya comienza a ser visible.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué tal te sientes?

Hace un gesto que no sé interpretar.

—Estoy bien. Irina me ha examinado en el autodoctor. Mi embarazo parece que es normal…

Inclino la cabeza, sorprendida. El tono en el que lo ha dicho no me ha gustado nada.

—¿Algún problema?

Baja la cabeza, y se acaricia su vientre con la garra derecha.

—Irina cree que no, mas no está segura. Ten en cuenta que mi cachorro es mitad Krogan, mitad humano. Incluso Irina admite que no puede confirmar si no habrá complicaciones. Recuerda que no hay precedentes de un caso así.

Cierro los ojos, concentrándome, aplicando aquello que me han enseñado los Wonurt. Yo tampoco sé en qué se convertirá este nuevo ser, mas mi mentora me ha enseñado a detectar… llamémosle extrañeza. No en el sentido de que sea anómalo, como

es este bebé, sino… algo que siento como si fuera incorrecto. Exploro el cuerpo de Tara con la mente, y luego me concentro en el pequeño ser que crece dentro de ella.

Hay algo que está mal, pero es algo muy menor. Los Krogan tienen dos corazones, y uno de los dos de este pequeño parece algo subdesarrollado. Supongo que, al tener los humanos un solo corazón, tampoco es tan sorprendente. Dudo un instante, y luego activo las células madre de ese segundo corazón. Este niño debe tener bien un solo corazón o dos, mas no uno entero y otro lisiado. Me recuerdo que tengo que avisar a Irina de mi descubrimiento, por si otros embarazos tienen el mismo problema. Por suerte, al feto le queda mucho por desarrollar, por lo que el pequeño cambio que he hecho no debería afectarle. Para cuando nazca, sus dos corazones serán normales. Bueno, tan normales como pueden ser para un medio humano.

Hago una última inspección, abro los ojos y le sonrío a mi coesposa.

—Tu cachorro está perfectamente.

—¿Estás segura? —pregunta, claramente ansiosa.

Coloco mi mano sobre su garra, a fin de darle ánimos.

—Lo estoy —digo lo más seria que puedo.

Suspira de alivio.

—¿Has usado tu don para comprobarlo?

—Así es —asiento—. Los Wonurt me han enseñado a hacerlo. Recuérdame que te enseñe a ti también.

—Mis poderes son muy inferiores a los tuyos —protesta—. No creo que sea capaz de ello.

—Pues yo creo que sí. De todas formas, puedes utilizar la corona que te ha fabricado Irina.

Nuestra IA recibió en su día una inmensa cantidad de información de las máquinas inteligentes. Entre ellas, cómo fabricar unas coronas amplificadoras de los poderes *psi* que diseñarán los humanos en el futuro. Modificó mi corona real para al menos triplicar mi capacidad *psi*, y gracias a ella logré derrotar al *Coleccionista*. Pero también ha fabricado otra adaptada al cerebro de mi coesposa, que posee unas capacidades mentales muy superiores a las de su propia especie.

Las emperatrices Krogan nunca han llevado corona; eso es un

invento humano. Sin embargo,
Na-Lei
ha empezado a llevar la suya, para sorpresa de las matriarcas. Ella explicó que era como gesto de buena voluntad hacia la especie con la cual se ha jurado una alianza eterna, mas en realidad es para aumentar sus capacidades *psi* cuando se reúne con la Asamblea. Ella es capaz de predecir cualquier movimiento o reacción por parte de alguien. Con la corona, es capaz de hacerlo con toda la Asamblea a la vez, y eso es una baza increíble cuando tienes que negociar con las líderes de casi cien mil millones de seres.

—Ya veremos. Vayamos con nuestros cachorros.

Asiento, y las dos bajamos al patio donde está aparcado el *Viento Solar*. Groar y Stefan han colocado muchos obstáculos en un extremo del patio, y nuestros hijos adoptivos están jugando todos al escondite, incluso los dos cachorros de Tara. Aunque es un juego humano, a todos les encanta, y además Groar lo considera un buen entrenamiento de combate puesto que aprenden a ocultarse ante un enemigo. En fin, los Krogan son así y no hay nada que hacer al respecto. Lo importante para mí es que los niños se diviertan.

Alisha y Sud vienen corriendo a abrazarme, así como los dos pequeños Wonurt, y el juego se detiene. Phobos y Deimos se asoman de sus escondites, y entonces también vienen corriendo sobre sus pequeñas piernas para recibir una caricia mía. Phobos se cae a mitad de camino, lo cual no es de extrañar: Su hermano y él aún son muy pequeños. Tara le ayuda a levantarse, y corre hacia mí, como si se fueran a acabar los besos que estoy repartiendo. Por supuesto, le doy su parte, y gruñe de felicidad cuando le achucho y le beso. Estos niños son todos unos cielos, incluso aunque los Krogan sean un pelín más brutos que los demás.

Las hermanas de Na-Lei vienen más despacio. Aparte de que los Krogan no suelen abrazarse, ellas son algo mayores y por lo tanto menos propensas a pedir cariños. Eso sí, ellas son conscientes de que al pertenecer al mismo nido yo también soy su madre, así que al final también se llevan un beso.

Alisha insiste en que yo también participe en el juego, así que durante la siguiente hora me dedico también a esconderme. Sin embargo, yo juego mucho mejor que ellos, y suelo ganar con facilidad. El mérito por supuesto que no es mío: llevo casi cuatro

años de entrenamiento de combate con el guerrero más mortífero que conozco, el maestro de los maestros, y él me ha enseñado muy bien. Tengo que engañarles y dejarme ver de vez en cuando, para alegría de mis niños. Por supuesto, les hace mucha ilusión poder ganarme.

—Estás haciendo trampa —me comenta Stefan en una ocasión —. Tú no eres tan patosa como hoy.

—Ten cuidado de que no te oigan —le regaño—. Ya sabes que les encanta pillarme. Deja que…

De pronto, tengo una extraña sensación y me callo.

—¿Ocurre algo? —pregunta Groar.

Frunzo el ceño. No puedo decir por qué, pero algo va mal, y no suelo equivocarme en esas cosas.

—Tengo un mal presentimiento.

Al instante, todos los adultos echan mano a sus armas y comienzan a mirar suspicaces a su alrededor. Saben perfectamente que siempre que he tenido una premonición, algo malo ha ocurrido. Quizás sea parte de mis poderes, pero tengo un sexto sentido para esas cosas.

Pasan los minutos, pero no pasa nada. Los niños han dejado de jugar y se han puesto a mirarnos, extrañados, mientras todos los adultos inspeccionamos nuestro entorno sin ver el qué nos amenaza.

—No identifico ningún peligro —gruñe Groar al fin—. Defensa Planetaria y defensa local tampoco detectan nada. Mejor regresemos al nido. Allí estaremos más seguros, tú no sueles equivocarte.

Volvemos al nido, pero es obvio que sí he debido errar esta vez, porque para cuando nos acostamos, sigue sin pasar nada. Sin embargo, en algún momento de la noche salta el sistema de seguridad.

Me despierto al instante, mientras las alarmas no dejan de sonar.

—¿Qué ocurre?

—Estamos siendo atacados —advierte Groar—. ¡Los niños a los refugios!

Al instante Tara, Na-Lei y yo hacemos que nuestros hijitos entren en los escondites que hay para ellos en el nido. Ellos siempre pensaron que eran pasadizos para jugar, y nunca sospecharon que su propósito fuera para algo mucho más serio.

Cierro la puerta del refugio detrás de Sud, que se quería quedar a luchar, y Stefan me lanza un fusil con proyectiles incendiarios, que cojo al vuelo. Tara y
Na-Lei
están desbloqueando dos de los escondites de armas, puesto que Groar ya ha vaciado uno de ellos. Stefan también está armado ya hasta los dientes.

—¿Cuál es la situación? —pregunto, mirando a mi alrededor, mientras suelto el seguro de mi arma.

—Han lanzado un ataque de racimo desde algún lugar del sistema solar —me informa Irina por el altavoz—. *Nuestros sistemas de defensa no han podido interceptarlos todos, los blancos eran demasiado pequeños. No ha ayudado tampoco que los sistemas de defensa planetarios en el otro extremo del planeta no estén aún acabados. Ahí tenemos un punto ciego, y el enemigo lo ha aprovechado.*

—¿Qué es eso de que los blancos son demasiado pequeños? —me sorprendo. La defensa planetaria que rodea nuestro palacio puede derribar perfectamente cientos de lanzaderas, y la defensa de punto puede incluso derribar miles de pequeños drones a la vez.

—Son plantoides. Millones de ellos. Defensa Planetaria está destruyendo las aglomeraciones principales.

—¿Plantoides? —se extraña Stefan.

—Plantas artificiales diseñadas para el combate —explico—. No son muy comunes. Apenas tienen inteligencia y se mueven muy despacio, pero suelen tener púas venenosas, ser muy ácidas o exudar gases tóxicos.

—¿Cuántos enemigos hay? —gruñe nuestro guerrero.

—Detecto algo más de tres millones quinientos diez mil plantoides en el recinto. He avisado a las ciudades. Humanos y Krogan están enviando refuerzos. He pedido a los Wonurt que no intervengan. Ellos no tienen armamento pesado.

Asiento. Es lo lógico, no queremos que maten a alguien que no pueda defenderse. Entonces hago una mueca. Más de tres millones y medio de enemigos en el palacio. Vale, un solo plantoide tampoco es tan peligroso, pero esos son *muchos* plantoides. Las vamos a pasar canutas hasta que venga la ayuda.

Groar me mira, y yo asiento.

—Reglas de combate —indico, transfiriéndole a él el mando.

Aunque me haya entrenado él, Groar sigue siendo el maestro de los maestros. A su lado, yo soy una simple aficionada.

—Todos a ponerse armaduras —indica—. Dejad las armas en su sitio. Vamos a la armería, necesitamos armamento que cause daños de zona, no individual. Lanzallamas, rifles de plasma o criogénicos. Granadas de implosión; aunque no son efectivas contra los plantoides, los junta, y los convierte en un blanco fácil para los lanzallamas. También granadas incendiarias.

Asentimos, volvemos a dejar las armas en sus escondites y las bloqueamos, para que los niños no puedan acceder a ellas. Luego corremos hacia la armería del nido, mientras el guerrero sigue dando instrucciones.

—Irina, avisa a las naves para que estén listas para despegar. Un ataque con plantoides suele ser el precursor de una invasión, los suelen utilizar para descabezar al gobierno de un planeta.

—Avisa también a la flota Krogan —ordena Na-Lei mientras nos ponemos los trajes espaciales a toda prisa—. Puede que el ataque no sea solo aquí. Quizás crean que *Nueva Tierra* es el centro de gobierno de nuestros mundos, por estar en el centro de la esfera. Puede ser un ataque generalizado contra toda nuestra especie.

—*Afirmativo.*

Cuando nos enfrentamos al *Coleccionista*, un ser con poderes cuasi-divinos que arrastró nuestro sistema solar y todos los de la especie Krogan hacia la nebulosa que domina nuestro cielo, creamos una flota de defensa. Los Krogan de nuestro mundo aportaron diecinueve naves de guerra, los humanos convirtieron una nave contrabandista y un carguero en naves militares, y los Wonurt recuperaron y repararon un enorme acorazado que fue derribado durante la guerra que tuvieron contra los Krogan hace veintitantos mil años. El *Esperanza de un Futuro*, como lo rebautizaron, no solo es siete veces más grande que las naves Krogan: Tiene cañones más voluminosos que nuestra propia nave.

A pesar de haber vencido al *Coleccionista*, Groar, como comandante en jefe del planeta, decidió que teníamos que prepararnos ante una posible invasión. Ordenó construir sistemas de

defensa planetaria en otros dos lugares del planeta, y organizó la flota bajo un solo mando: El suyo. El hecho que sea Krogan tranquiliza a los de su especie, visto el tamaño del acorazado Wonurt, y el hecho que sea mi marido les asegura a estos que la flota no se va a volver contra ellos. A pesar de que llevamos casi un año en paz, las suspicacias entre las dos especies aún no han desaparecido del todo.

Obviamente, Groar estuvo realizando operaciones con toda la flota y sabe de sus capacidades. Para no crear suspicacias, nombró al capitán Müller su segundo al mando. Era la opción lógica: No solo era oficial de la flota terrestre (y nuestro jefe de policía), sino que además no era de ninguna de las dos especies enfrentadas. Además, demostró tener una capacidad táctica extraordinaria, siendo incluso capaz de impresionar a los Krogan, lo que no es nada fácil de conseguir con una especie guerrera. Así que le nombré almirante de la flota. Gané un magnífico almirante, aunque a costa de perder a un buen jefe de policía. En fin, no se puede tener todo. El primer ministro humano ya se ocupó de buscarle un sustituto.

El caso es que la flota está en muy buen estado, y reacciona en un tiempo récord a una señal de activación. En menos de media hora, todas las naves están saliendo al espacio.

Nosotros solo podemos suponerlo, aunque es probable que Groar esté al tanto de la situación a través de su comunicador. Hemos bloqueado todos los accesos al nido salvo uno, y activado todas las defensas. Nuestro guerrero instruye entonces a Tara que se quede a cargo de la defensa de los cachorros. No le gusta, es evidente, pero está claro que alguien tiene que quedarse para proteger a los niños si nosotros somos derrotados.

Entonces Groar, Stefan,
Na-Lei
y yo salimos al exterior y bloqueamos la puerta detrás de nosotros. Solo Tara podrá abrirla ahora.

—*Estoy enviando mi terminal móvil hacia vosotros* —nos advierte Irina por el comunicador—. *He bloqueado los accesos del* Viento Solar. *La nave está bajo ataque enemigo, mas los plantoides no tienen capacidad de penetrar en la nave. Estoy destruyendo decenas de miles de ellos.*

—¿Vector de ataque? —pregunta Groar.

—*Hay cuatro vectores. Envío coordenadas a vuestras armaduras. Ninguno está dirigido hacia el nido. Está claro que aún no lo tienen localizado.*

—Perfecto —gruñe el guerrero—. Esto es lo que vamos a hacer…

Nos da sus instrucciones, y nosotros nos desplegamos detrás de él, dándole cobertura mientras nos dirigimos al vector de ataque más cercano. Corremos por los pasillos. Irina ha cerrado todas las puertas del palacio para bloquear o al menos retrasar a los plantoides, mas las va a abriendo a medida que nos vamos acercando a una, para luego cerrarla detrás de nosotros para que no nos puedan atacar desde la retaguardia.

—*Atención* —avisa por el comunicador—. *Plantoides detrás de la siguiente puerta. Mi terminal móvil se unirá a vosotros en cuatro nanociclos.*

—Recibido —contesta Groar, mientras Stefan,
Na-Lei
y yo nos desplegamos alrededor de la puerta, para abrir un mayor campo de fuego cruzado—. Abre la puerta.

La puerta se desliza a un lado al instante, y vemos una enorme masa de verde que cubre toda la sala y el pasillo de detrás, cuya puerta por lo visto han reventado esos seres.

Los plantoides son poco comunes en las guerras de esta zona de la galaxia. Son plantas modificadas genéticamente que se pueden mover lentamente y que destruyen más por su número que por su potencia de fuego. A menudo lanzan espinas envenenadas o segregan gases venenosos, mas nuestras armaduras son inmunes a esas armas. Lo único de lo que tenemos que asegurarnos es de no ser derribados por esa aglomeración de verde, pues en ese caso las plantas ácidas lograrían poco a poco penetrar nuestra defensa.

Groar dispara su cañón de plasma, abriendo un inmenso agujero en la verde aglomeración de plantas enemigas. Un segundo disparo destroza de nuevo la multitud de vegetales. Entonces, mientras su cañón se recarga, lanzo una serie de disparos contra las primeras filas con mi rifle criogénico, congelando esos seres mientras Stefan y
Na-Lei
disparan de forma cruzada a los plantoides que están por los lados.

Aún no se ha terminado de recargar el cañón de plasma de nuestro guerrero cuando él y yo lanzamos media docena de granadas incendiarias al interior de la multitud. En cuestión de apenas dos minutos, hemos acabado con prácticamente todo lo verde que había en la sala contigua.

Dejamos que Stefan y
Na-Lei
acaben con lo poco que queda por eliminar, y Groar y yo nos precipitamos hacia el pasillo por donde están entrando. Nos hemos entrenado tanto juntos que el maestro guerrero ni siquiera tiene que darnos órdenes: Sabemos todos perfectamente el qué hacer.

Groar barre el pasillo con dos nuevos disparos de su cañón de plasma, despejándolo por completo, y avanzamos pisando los restos quemados de los plantoides, con el resto del nido cubriendo nuestra retaguardia una vez terminada la limpieza. Entonces llegamos a las puertas de palacio, justo cuando la terminal móvil de Irina se une a nosotros, y vemos la gigantesca alfombra verde que hay en el exterior a la luz del amanecer.

—Mierda —masculla Stefan—. ¿Cómo vamos a liquidar a todo eso?

—Acabo de hacer despegar el *Viento Solar*— nos informa Irina —. Estoy quemando todos los plantoides que puedo con los propulsores.

—Vale —asiente mi segundo marido, disparando con su lanzallamas a la masa verde—. ¡Hagámosles arder!

Disparamos todos. El cañón de plasma de Groar hace estragos, así como los lanzallamas de Stefan y
Na-Lei,
aunque yo uso mi rifle criogénico como barrera de contención. Los plantoides se mueven muy lentamente, mas no resisten el frío intenso; si congelo las primeras filas, las que van detrás no se atreven a avanzar hacia las plantas congeladas. De hecho, empiezan a moverse al azar, chocando contra otras plantas, puesto que no saben coordinarse entre ellas. Esos seres tienen solo una inteligencia muy primitiva, lo cual es una suerte.

Entonces caigo en que estamos haciendo el tonto. No tenemos por qué luchar. No estando yo y teniendo el poder psíquico que tengo.

Le cedo mi puesto a Irina, y retrocedo unos pasos. Cierro entonces los ojos e invoco todo mi poder. Incluso sin que mi corona potencie mis capacidades psíquicas, soy capaz de hacer cosas increíbles. *Capto* todos seres vegetales que están en el patio delante de nosotros, y los teletransporto sin más ceremonial al núcleo del planeta, donde se vaporizan en una fracción de segundo.

Extiendo mis sentidos más allá, detectando todos los seres que hay a nuestro alrededor en un diámetro de dos kilómetros, y descarto a todos aquellos que son evidentemente humanos, Krogan e incluso algunos Wonurt que han venido en nuestra ayuda. Cuando estoy segura de que no voy a matar a ningún inocente, envío a todos los plantoides con los anteriores, para quemarse en el interior de nuestro mundo.

—¿Qué ha ocurrido? —se sorprende
Na-Lei
ante el patio vacío—. ¿A dónde han ido?

Stefan me mira con cara de chiste. Él estuvo conmigo en casi todo mi entrenamiento psíquico, y sabe muy bien cuáles son mis capacidades.

—Creo que Tanit se los ha comido.

Mi coesposa me mira extrañada.

—¿Qué se los ha comido? —Entonces cae en lo que he hecho, lo cual tampoco es de extrañar, teniendo en cuenta que ella también tiene poderes psíquicos, aunque sean inferiores a los míos—. Ah. Los has teletransportado a otro lugar, ¿no?

Sonrío, colgándome mi rifle criogénico de nuevo a la espalda.

—Pensé que igual iban a estar más calentitos en el núcleo del planeta.

Stefan suelta una risita, mientras Groar emite un gruñido de aprobación.

—Bien hecho, *Art'Ana*. Irina, ¿puedes confirmar que ya no quedan plantoides en el palacio?

Nuestra IA solo tarda un segundo en contestar.

—Afirmativo. No detecto ninguna forma de vida que no sea Krogan, humano o Wonurt por los alrededores. Voy a volver a aterrizar con el *Viento Solar*.

—Informa a Tara de que el peligro ha pasado —indico yo—. ¿Qué hacemos ahora, Groar? Dijiste que un ataque con plantoides

suele ser el preludio de una invasión.

—Correcto —gruñe—. Stefan, vuelve al nido para protegerlo con Tara.

Na-Lei,

vete al centro de comunicaciones. Necesitamos saber si los mundos Krogan están siendo atacados, y en ese caso debes coordinar su defensa. Tanit, ven conmigo al *Viento Solar*. Si hay una invasión, tendremos que detenerla nosotros.

Na-Lei asiente y sale corriendo. Stefan en cambio pone mala cara. Supongo que querría venir con nosotros, mas a estas alturas ya sabe que no debe cuestionar las órdenes de nuestro maestro guerrero. Si Groar le ha ordenado proteger el nido, es que teme otro ataque, y allí están todos nuestros hijitos. Me lanza un beso y se va a desgana.

—Necesito que vengas conmigo por si hubiera que negociar con el enemigo —me explica el enorme saurio mientras nos dirigimos al patio donde aterriza nuestra nave—. Si yo negocio algo, sabes que los Wonurt van a estar suspicaces con mis motivos. En cambio, confían a ciegas en ti. Sé que te pongo en peligro, pero…

—Si estoy contigo, no estoy en peligro —le corrijo, y no exagero nada. No creo que exista nadie en todo el planeta, ni siquiera en los de la especie Krogan, que sea más capaz de protegerme—. Sin embargo, aunque fuera así, mi deber es proteger *Nueva Tierra*.

Gruñe su asentimiento, embarcamos y nos dirigimos hacia el puente. Notamos cómo Irina despega aún antes de que lleguemos allí y nos sentemos en nuestros asientos.

Groar y yo activamos al instante nuestras consolas. Él contacta de inmediato con nuestra pequeña flota, mientras yo exploro nuestro entorno. Nada. Aparte de nuestra flotilla, no hay ni una sola nave en el sistema solar.

—Quienquiera que haya lanzado los plantoides, ha escapado —informo.

El guerrero suelta un gruñido de decepción.

—Era de esperar. Lamentablemente, no tenemos aún sensores de Pliegue. Puede estar entrando una flota enemiga, y no podemos detectarlos. He pedido a los mundos Krogan que lo comprueben. Si una flota viene hacia aquí, debería cruzar su espacio.

Frunzo el ceño. De acuerdo, nunca he hecho esto, pero… Cierro

los ojos, y me sumerjo en la cuarta dimensión. Unas naves con propulsión de Pliegue lo que hacen es plegar el espacio. Mis sentidos *psi* deberían poder detectar las perturbaciones en el espacio-tiempo.

Y así es. *Siento* cómo el espacio se está deformando no muy lejos de aquí. Extiendo mi mente aún más, y descubro otras perturbaciones en el tejido del universo.

—Flota entrante —informo—. Tiempo de llegada en unos cincuenta y seis nanociclos. —Eso es algo más que una hora, pero no soy capaz de afinar mucho más—. Hay otras flotas en camino hacia los mundos Krogan.

Groar me mira con sorpresa. Luego gruñe con aprecio.

—Me sigues asombrando, pequeña. ¿Puedes determinar el tamaño de esa flota?

Intento concentrarme, mas es imposible. Jamás he hecho esto antes, y no soy capaz de decir cuántas naves se acercan. *Siento* la perturbación, pero estimar el tamaño del enemigo excede mis capacidades. Al menos se acercan con una propulsión que es muy inferior al Salto de Pulso que utilizamos nosotros, o de lo contrario habríamos tenido apenas minutos y quizás solo segundos de preaviso.

—Negativo. Lo siento, Groar.

Lanza un bufido que es peor que el mugido de un toro.

—No lo sientas. Que seas capaz de detectarlos ya es algo increíble. —Sus garras corren sobre el interfaz, posicionando nuestras naves para enfrentarnos al enemigo—. ¿Puedes darme los vectores y una estimación de la llegada de los atacantes a los mundos Krogan?

Recito en voz alta los datos de los ataques para cada uno de los mundos de nuestros aliados, y al instante Groar transmite el aviso al *Narl-Narl-En* de los Krogan, para que organice la defensa.

—Quienquiera que haya organizado este ataque, se cree muy listo —comenta—. Los ataques no son simultáneos sino escalonados.

Asiento. Yo también lo he pillado, nuestro maestro guerrero me ha enseñado bien.

—Piensa que, al recibir los primeros avisos, la flota Krogan acudirá a apoyar a los primeros mundos atacados, dejando solo una

reserva. Al reportarse un segundo ataque, supone que tendrán que enviar las reservas, desprotegiendo sus mundos. Estando las naves en modo Pliegue, no podrán regresar a sus mundos natales hasta muchos microciclos después, cuando hayan salido del Pliegue. Para entonces, los mundos ya habrán sido arrasados o conquistados.

—Salvo que nosotros ya no usamos tecnología de Pliegue sino el Salto de Pulso —confirma, enseñando los dientes en una siniestra sonrisa—. Vamos a poder destruir todas esas flotas de una en una, puesto que nosotros podemos unir toda la flota Krogan y saltar de forma casi instantánea de unos mundos a otros. Vamos a destrozar a esos gusanos.

Hago una mueca. Como la flota Krogan no venga en nuestra ayuda, a los que van a destrozar es a nosotros.

—De todas formas, tiene que ser una flota inmensa, si van a atacar nada menos que veintisiete sistemas solares a la vez —reflexiono—. ¿De dónde han salido?

—Hay casi doscientos sistemas solares en la nebulosa —responde despacio. Veo que está tan intrigado como yo—. No hemos tenido medios para explorarla, pero tengo la impresión de que deben formar un imperio global que gobierne toda la nebulosa.

—¿Cómo lo sabes? —me sorprendo.

Gruñe algo que no llego a captar.

—Porque si no fuera así, estarían intentando conquistar a los sistemas que aún no dominan. Atacarnos a nosotros es arriesgado, no pueden haber explorado en profundidad nuestras fuerzas.

—¿Y atacan sin saber nuestra fuerza? —pregunto, incrédula. Una de las primeras cosas que me enseñó Groar es que siempre, siempre hay que identificar el poder del enemigo antes de atacarlo.

—No hemos detectado ningún tipo de naves exploradoras, y nuestra flota colocó sensores por todo el sistema solar. Sí, están atacado a ciegas, supongo que enviando fuerzas que ellos creen abrumadoras.

Trago fuerte. Eso es una muy mala noticia. Nosotros ni siquiera tenemos dos docenas de naves; como para enfrentarse a una flota enorme. Estamos otra vez en un lío tremendo.

Esperamos. Yo me estoy recomiendo, pero Groar parece muy tranquilo. Yo hablo con

Na-Lei,

y mi coesposa corrobora que la flota Krogan está movilizada. También me indica que los sensores de los diferentes planetas confirman mi aviso y las trayectorias de los enemigos hacia sus mundos.

—*Vamos a aplastar a esa carroña que se atreve a atacamos* —concluye.

Yo hago una mueca. Ojalá estuviera tan segura como ella.

—¿Y las matriarcas?

—*Preparando las defensas. El* Narl-Narl-En *quiere destruir cada grupo con toda nuestra flota según vaya llegando. No obstante, es posible que alguna de las batallas se alargue, y las defensas planetarias tengan que mantener a los enemigos a distancia hasta que llegue nuestra flota.* —De pronto ríe—. *Ké, ké, ké… La Asamblea me ha pedido que te dé las gracias por haber puesto tu mundo como cebo en el centro de la esfera que forman nuestros mundos. Dicen que el*
Lei-Tar
una vez más ha demostrado su honor.

Suspiro. Hace no mucho, las matriarcas Krogan estaban un poco mosqueadas conmigo, por haber colocado a *Nueva Tierra* en el centro de una esfera de sistemas solares cuando derroté al *Coleccionista*. Parecía que pretendía ser el mundo más importante de los veintisiete que forman nuestra alianza.
Na-Lei
les dijo que era lo contrario, que los mundos Krogan se habían colocado a nuestro alrededor debido al juramento sagrado que hicieron de proteger a los humanos, lo que redujo un poco la suspicacia. Si ahora piensan que es porque quería hacer de cebo, pues tanto mejor, pero que conste que lo hice sin pensar. O quizás fue el *Coleccionista* quien lo organizó así mientras me ayudaba a colocarlos en una órbita estable. A decir verdad, no tengo ni idea.

Entonces noto cómo el espacio-tiempo se está distorsionando no muy lejos de nosotros.

—Groar, están llegando, calculo que aparecerán aquí dentro de dos nanociclos. Coordenadas, a dos millones trescientos mil *tekken* de nosotros en dirección al planeta *Furia de Sangre*.

—De acuerdo —gruñe—. Almirante, preparados para Pulso Táctico de Combate.

—*Afirmativo* —oigo en mi comunicador la voz del almirante Müller—. *¡Vamos a patearles el trasero a esos invasores!*

Hago una mueca. Igual va a ser algo más difícil de lo que piensa. Sin embargo, es obvio que sabe subirle la moral a nuestra flotilla.

—¿Qué es eso de Pulso Táctico de Combate? —le pregunto a nuestro guerrero.

—Ah, es una maniobra que usaban los *Cruzados* y que hemos estado practicando nosotros con la flota —explica, muy satisfecho de sí mismo—. En vez de hacer un Salto de Pulso normal a otro sistema solar, hacemos un salto muy corto dentro del nuestro. Eso nos permite desplazarnos *muy* deprisa.

Asiento, pillándolo. Podremos movernos millones de kilómetros en cuestión de segundos. No habrá enemigo que esté preparado para esa sorpresa, a menos que disponga también del Salto de Pulso, y los atacantes es obvio que desconocen esa tecnología. Al menos tenemos una ventaja táctica que ellos no pueden igualar.

Una nave aparece de pronto a lo lejos, y luego otra, y otra… En cuestión de uno o dos minutos, aparecen miles y miles de naves. Instantes después, una barrera de misiles se dirige hacia nosotros.

—Estúpidos —masculla Groar—. No se dispara a esa distancia, nos daría tiempo de derribarlos a todos. Almirante, no responda al fuego; listo para saltar a coordenadas establecidas.

—Afirmativo —responden desde el *Será por dinero*.

—¿Qué hacemos? —pregunto a nuestro maestro guerrero, incapaz de ocultar mi ansiedad. Somos solo veintidós naves contra decenas de miles.

Groar enseña los dientes en una sonrisa.

—Hay un juego humano que sabes que se me da muy bien. Sin embargo, seguro que estos tipos jamás han oído hablar de él.

Dudo un momento, sin saber de qué está hablando. Entonces caigo en qué se refiere. Groar desplumó a los inconscientes que le enseñaron a jugar a ese juego cuando estuvimos viviendo en Thuis.

—¿El póquer?

Ajusta algo en su terminal, sin dejar de sonreír.

—Vamos a ver qué tal reaccionan ante una pareja de doses. Irina, avisa a las demás naves de que no intervengan. Pulso Táctico de Combate en ocho picociclos.

—*Confirmado.*

Apenas cincuenta segundos después, hacemos un salto de pulso, apareciendo a espaldas de la flota enemiga, para gran desconcierto de estos. El *eco* del *Pulso* del enorme acorazado Wonurt fríe todos los sistemas enemigos durante unos momentos, por lo que tardan unos instantes en reaccionar.

Nosotros nos acercamos con el *Viento Solar* a la flota enemiga con un segundo *Pulso*, y entonces la que creo que por su tamaño es la nave insignia nos dispara. Voy a interceptar la salva, y Groar me detiene con un gesto. En lo que es un instante, ha analizado su potencia, y ha decidido que es mejor que los hostiles descubran que llevamos escudos. Los proyectiles impactan contra la defensa que en su día obtuvimos de los Tloc, y es dispersada sin hacernos ni un rasguño. Inspecciono los escudos: Apenas han bajado un tres por cien, y en cuestión de segundos se recuperan.

—Nuestro turno —gruñe el guerrero, claramente complacido.

Responde al fuego con un solo disparo de nuestra arma de fase. El acorazado, para mi horror, es cortado en dos, como si cortases una barra de pan con un hacha. Una nave que estaba detrás también es alcanzada, y se desintegra por completo. Otro acorazado se gira en nuestra dirección, y una de las dos naves humanas dispara con su propia arma de fase, cortándolo longitudinalmente, alcanzando también a otra nave de refilón y causándole graves daños. Cientos de cápsulas de rescate comienzan a abandonar las naves destruidas.

—¡Alto el fuego! —ordena Groar, fastidiado—. ¡No disparéis si no lo ordeno yo! —Se vuelve hacia mí por un instante—. A decir verdad, no me disgusta que se hayan precipitado —explica—. Ahora el enemigo pensará que todos tenemos armas de fase, y estas traspasan cualquier escudo. —Activa de nuevo el comunicador—. A todas las naves: Fijad blancos, mas no disparéis hasta que lo ordene.

El enemigo parece dudar, porque las naves más cercanas a nosotros están retrocediendo. Han visto que sus disparos no le han hecho ninguna mella a una de las naves más pequeñas de nuestra flotilla, y que encima esta tiene un poder de fuego tan brutal que es capaz de destruir un acorazado con un solo disparo. Está claro que no estamos tan indefensos como pudiera parecer, y ni siquiera ha disparado la nave más monstruosa que tenemos. Deben estar intentando imaginarse el que podrá hacer el acorazado Wonurt que

está con nosotros si naves pequeñas como el *Viento Solar* o el *Será por dinero* son capaces de enfrentarse a sus naves más poderosas. El *Esperanza de un Futuro* tiene un tamaño seis veces superior a cualquiera de sus propios acorazados.

Están recogiendo las cápsulas de rescate, cuando notamos una pequeña sacudida, y acto seguido otra y otra más. Son decenas, no, cientos, miles de sacudidas.

—¡No disparéis! —ruge Groar—. ¡Es la flota Krogan!

Supongo que al enemigo se le habrán puesto los pelos de punta, si es que tiene pelo. Hay veintiséis naves Krogan en nuestra flotilla, y de pronto han aparecido decenas de miles más de la nada, y siguen llegando. Deben suponer que tienen el mismo armamento que nosotros, y el *eco* de las estelas de reentrada del Salto de Pulso con su característica señal electromagnética debe ser lo suficientemente extrañas para ellos como para temer lo peor. La única conclusión lógica es que van a ser masacrados.

Una de las naves parpadea, y de pronto ya no está. Instantes después, lo hace otra, y después en un rapidísimo pestañeo, la flota enemiga entera ha desaparecido. Un solo acorazado permanece, y ante mi asombro cierra las bahías de armas y desvía sus cañones para que dejen de apuntarnos. Gira despacio, para que no podamos tomarlo como un gesto hostil, y acude a socorrer a las cápsulas de rescate que han sido abandonadas por la flota.

—Toda la flota enemiga ha entrado en Pliegue —informa Irina —. Comunicación entrante de la única nave que queda.

Groar está hablando con el

Narl-Narl-En

de la flota Krogan, así que yo tomo la iniciativa.

—Que nadie dispare si no lo ordena Groar —decido—. Pon la comunicación en mi pantalla.

—Afirmativo, Tanit.

Aparece el holograma de la otra nave delante de mí. En él hay un ser de una especie que desconozco. Por su aspecto, yo diría que es un hongo, pero podría equivocarme. No veo que tenga brazos, aunque eso tampoco es tan raro. Otros hongos inteligentes que he visto podían deformarse, supliendo la falta de brazos creándolos según fuese necesario. Tampoco veo que tenga ojos ni boca, pero eso también son cosas que pueden suplirse si fuera necesario.

—*Necesito comunicarme con vuestro líder* —explica en Común —. *Es importante.*

—¿Importante? —replico, sin poder ocultar mi cabreo, aunque seguramente ese ser no puede discernir mis emociones—. ¿Acaso no es importante que nos hayáis atacado sin aviso previo, sin provocación alguna?

—*Comprendo tu disgusto* —replica—. *Sin embargo, debo insistir en poder hablar con tu líder. Es importante y urgente.*

Suelto un bufido, aunque supongo que eso no tiene ningún significado para ese ser.

—Yo soy la reina de este sistema solar —respondo—. La líder.

—*En ese caso, debes saber que no todo el Imperio de la Nebulosa respalda el ataque sin provocación que ha realizado su emperador* —explica—. *Nuestros pueblos también han sido dominados, y muchos deseamos liberarnos de la esclavitud a la que estamos sometidos. Si atacáis el imperio y destruís su capital, las naves de nuestra especie se negarán a luchar por los*

An'k-Zul,

una vez que hayáis destruido su mundo principal. Otras muchas especies harán lo mismo.

Alzo las cejas de la sorpresa. Vaya, esto es inesperado. Parece que ese imperio que nos ha atacado no es tan monolítico como parece.

—¿Y por qué no os rebeláis vosotros mismos?

—*No tenemos suficiente poder para hacerlo* —admite—. *Los*

An'k-Zul

son más poderosos que nosotros, y no nos fiamos de las demás especies. Podrían traicionarnos.

—¿Cuántas especies sois? —indago.

—*Treinta y seis* —responde—. *Comprenderás que los juegos de poder en nuestro imperio son muy complejos, pero hay muchos que preferirán mantenerse a un lado si lográis destruir el mundo del emperador.*

—¿Y no hay otra opción? —pregunto.

Suelta un extraño ruido que supongo que es una risa.

—*Si vuestro dirigente es bueno en el combate, que desafíe al emperador según las antiguas reglas.*

no se atreverá a rechazar un desafío real, quedaría en evidencia. Sin embargo, él es un temible guerrero, así que vuestro líder más vale que también lo sea.

—¿O sea que solo podemos desafiarle o destruir su mundo?

—*Así es*. —El ser se vuelve un momento hacia un lado, como si le estuviesen hablando—. *Tenemos que irnos. Si regresamos mucho más tarde que el resto de la flota, sospecharán de nosotros.*

La conexión se corta, e instantes después la nave desaparece, al entrar en Pliegue.

Hago una mueca. Vaya plan. Pero al menos hemos conseguido una información muy valiosa. Groar me lo confirma.

—Esos datos de inteligencia que nos han dado son muy importantes. El imperio al que nos enfrentamos es un gigante con los pies de barro. Podemos derrotarlo.

—¿Crees que puede ser cierto?

—Es muy posible —asiente—. He observado el trasfondo del holograma. Todos los seres que aparecían en la imagen eran de su misma especie.

—¿Y?

—Que las naves no son del propio imperio, sino de las especies que lo forman. Si el imperio estuviese cohesionado, las tripulaciones serían mixtas. El que cada nave vaya tripulada por una misma especie significa que han tenido que hacer cesiones a los poderes locales para que puedan mantener al menos una flota propia.

—¿Y eso cómo nos ayuda?

—Pues que lo más probable es que no nos haya mentido, y si les atacamos, al menos algunas de las especies intentarán mantenerse al margen. Pero ahora estamos perdiendo el tiempo.

Me vuelvo hacia él, interrogante.

—¿Por qué dices eso? —pregunto.

—Porque tenemos que interceptar a las demás flotas que están atacando los mundos Krogan —contesta el guerrero—. Si son del tamaño de la que nos ha atacado a nosotros, vamos a tener problemas, pero conjuro que son menores. Han debido pensar que *Nueva Tierra* es la capital, por eso nos han atacado primero. Como piensan que las flotas que protegen los demás mundos habrán

entrado en Pliegue para socorrernos, es de esperar que esta sea su fuerza principal.

Asiento. Tiene razón, por supuesto. El enemigo esperará tener que enfrentarse ahora solo a pequeñas guarniciones, pues supondrá que los defensores de los demás sistemas solares están bloqueados viajando hacia nosotros. No saben que nosotros nos podemos desplazar muchísimo más rápido que ellos.

—¿Cuál es tu plan?

Enseña los dientes en una sonrisa.

—El mío, no. El de Rol'Grun. Vamos a proteger los mundos Krogan, así que es el *Narl-Narl-En* quien debe liderar.

—Ah, vale.

Hago una mueca. A decir verdad, me fío más de Groar que del maestro de los maestros Krogan, aunque supongo que no puede ser precisamente un incompetente. El *Narl-Narl-En* es propuesto por los maestros de armas de los clanes y nombrado por su emperatriz. No es un puesto político, puesto que de él depende la supervivencia de la especie en caso de ataque. Debe ser igual de bueno que Groar, que en su día también lideró a toda la fuerza militar de su especie.

Nuestro maestro guerrero me pide de nuevo intentar descubrir el movimiento de las flotas enemigas, y retransmite mi información a su homólogo.

Rol'Grun

confirma que esa información concuerda con la de los sensores en los mundos Krogan, y ordena el Salto de Pulso al primero de los mundos amenazados.

Llegamos minutos después que el enemigo. Este ha lanzado miles de misiles en dirección al planeta, un mundo conocido como

Areen'Ro.

Dudo un momento, cierro los ojos, concentrándome, y teletransporto todos esos ingenios al centro del sol. No voy a dejar que mueran cientos de miles o incluso millones de civiles pudiendo impedirlo.

—Eso ha sido impresionante —dice Groar, mirándome de reojo. Por supuesto, ha adivinado quién ha hecho desaparecer todas esas armas—. ¿Puedes hacerlo también con esas naves?

Pongo cara de dolor de muelas. Maldita la gracia que me hace vaporizar a cientos de miles de seres, por muy enemigos que sean.

—Quizás podría —admito—. Pero no quiero agotar mis poderes psíquicos, sabes que tienen un límite. Quizás tenga que repetir eso en las demás batallas.

Asiente, echando mano de su terminal para contactar con el *Narl-Narl-En* Krogan y explicarle lo que ha ocurrido. Instantes después, hacemos un Pulso Táctico de Combate, posicionándonos a solo unos cientos de kilómetros de la flota enemiga.

Lo que sigue, es una escabechina. Todas las naves —incluyendo el *Viento Solar*— abren fuego contra los invasores, cuyas naves están momentáneamente inhabilitadas por el enorme *eco* electromagnético de Pulso que ha causado nuestro salto. Nuestras armas de fase causan estragos, igual que las del gigantesco acorazado Wonurt, el *Esperanza de un Futuro*. Incluso los cañones de los brutales acorazados Krogan solo causan una fracción del daño que nosotros estamos infligiendo.

La batalla dura solo minutos, porque para cuando los sistemas enemigos se han recuperado del *eco* de Pulso, la mitad de su flota ya ha sido destruida, por lo que optan de nuevo por huir. Instantes más tardes, solo quedan en el sistema solar naves desguazadas y miles de cápsulas de rescate. Siento que estoy tragando bilis ante la cantidad de muertos que hemos causado. Sin embargo, no voy a cuestionar la estrategia del maestro de los maestros Krogan. Será brutal, pero salvará cientos de miles de vidas de los nuestros.

Nosotros no nos quedamos a verlo. Siguiendo las órdenes de Rol'Grun,
saltamos de nuevo a otro sistema solar, llegando justo cuando las naves enemigas están empezando a salir del Pliegue. La destrucción es incluso más terrorífica, puesto que los Krogan las van destruyendo a medida que aparecen. No creo que se llegue a salvar ni una. Y vuelta a empezar.

Al cabo de unas quince horas, hemos destrozado todas las flotas de invasión que el imperio de la nebulosa había enviado, con unas bajas propias mínimas.

Krogan, Wonurt e incluso los humanos están exultantes. Hemos derrotado un peligro inmenso, que nos habría exterminado si hubiesen sido tan inteligentes como para haber enviado la flota unida. Yo, en cambio, estoy algo deprimida. Hemos debido matar a millones de seres en menos de un día. De acuerdo, eran ellos los

agresores, mas no creo que la pérdida de vidas sea algo para celebrar.

—¿Y ahora? —pregunto.

Mi marido enseña los dientes en una sonrisa. Sé que está orgulloso. Para los Krogan, una victoria como esta supone un tremendo honor.

—Volvemos a *Nueva Tierra*.

Rol'Grun

vendrá con nosotros, mientras su flota hace limpieza de lo que pueda quedar en los mundos Krogan. Tenemos que hablar con

Na-Lei,

sobre cómo continuar esta guerra.

Yo hago una mueca, sabiendo lo que para los Krogan significa hacer limpieza. Lo malo es que yo no puedo hacer nada al respecto.

—¿No hemos vencido ya?

Entonces me mira muy serio.

—No, no lo hemos hecho. Hemos conseguido una victoria, quizás decisiva, pero la guerra continúa.

Suspiro. Puede que no me guste lo que dice, pero por desgracia tiene razón.

Regresamos a nuestro hogar, y nos reunimos los líderes de las tres especies de mi mundo,

Na-Lei,

los dos maestros de los maestros y yo en mi palacio nada más llegar. Ni siquiera he tenido tiempo de ir a ver a mis hijitos.

—Tenemos tiempo antes de un nuevo ataque —nos indica

Rol'Grun—.

La flota enemiga solo tiene capacidad de Pliegue. Esa propulsión es muy ineficaz. Tardarán al menos veinte o treinta microciclos en regresar a su origen, y otro tanto en regresar. Además, deberán reagruparse, y seguramente prepararse para un contrataque nuestro. Estimo que no habrá ataque enemigo antes de al menos noventa microciclos.

—Estoy de acuerdo —gruñe Groar—. Sin embargo, tenemos una posibilidad única de contratacar mientras están regresando. Nuestras naves pueden llegar allí mucho antes que su flota.

Tamborileo los dedos sobre el reposabrazos de mi sillón, indecisa. ¿Contratacar? Suspiro. Está claro que esta guerra no ha

acabado aún, y que muchos más van a morir. Mi obligación, sin embargo, es que no mueran aquellos que confiaron en que sea yo quien les proteja.

—Supongo que no nos queda más remedio que contratacar, mientras no puedan ellos agrupar sus fuerzas —indico a desgana. Miro a
Na-Lei,
puesto que ella es la que más seres dirige de todos los reunidos—. ¿Qué es lo que piensas?

Hace un gesto de asentimiento.

—Estoy de acuerdo contigo. No podemos permitir que logren reagruparse. Tenemos que realizar un ataque preventivo, mientras sus flotas aún están en modo
trans-luz.

Entonces me vuelvo hacia mi primer ministro.

—¿Jaime?

También suspira.

—Nosotros no hemos buscado esta guerra, pero no podemos permitirnos perderla. No veo otra opción, Majestad.

Miro a la portavoz de los Wonurt, aunque *siento* el consenso al que se está llegando a través de su red mental. Sin embargo, los demás no pueden acceder a esa red. Tiene que decirlo en voz alta.

—¿Gra'Loa?

La mujer azul se inclina en mi dirección.

—Los pensamientos del pueblo Wonurt concuerdan con la opinión de su reina. Pero incluso aunque no la compartiésemos, la respaldaríamos. Debemos contraatacar.

Asiento a desgana. Está visto que todo el mundo lo tiene claro. La guerra seguirá hasta que haya una victoria definitiva.

Los dos jefes militares se ponen a discutir la mejor forma de atacar, y a decir verdad se me empieza a revolver el estómago cuando comienzan a planear cómo arrasar los mundos enemigos para forzarles a rendirse. Lo malo es que son *muchos* mundos, casi doscientos. El sufrimiento que vamos a tener que causar va a ser gigantesco. Incluso si algunas especies se mantienen al margen, como nos dijo el renegado, será una matanza.

Entonces recuerdo una cosa.

—¿No dijo el rebelde algo de un desafío?

Todos se vuelven hacia mí, sorprendidos.

—¿Qué?

Levanto la voz.

—Irina, reproduce la conversación con la nave enemiga.

Nuestra IA muestra al instante la grabación del ser con el que estuve hablando después de nuestra primera batalla. En un momento dado, ordeno a Irina que detenga la grabación y retroceda diez segundos.

—Si vuestro dirigente es bueno en el combate, que desafíe al emperador según las antiguas reglas.

Zui'Án'k-Zul

no se atreverá a rechazar un desafío real, quedaría en evidencia. Sin embargo, él es un temible guerrero, así que vuestro líder más vale que también lo sea.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —me pregunta Na-Lei.

—Supongo que sí —asiento—. Si podemos derrotar a ese emperadorcillo en un desafío, salvaremos muchas vidas de nuestros guerreros.

Mi coesposa enseña los dientes en una sonrisa feroz.

—Será un placer ocuparme de él.

—No —la contradigo—. Primero lucharé yo.

—Pero…

—Si fuese vencida, es necesario que los Krogan mantengan a su líder —explico en tono razonable—. Seréis vosotros entonces quienes deberéis derrotarle. No es lógico que sea *Nueva Tierra* quien lidere a toda vuestra especie.

Creo que va a replicar, y la miro a los ojos. Durante un instante, nos contemplamos una a otra. Entonces cede a desgana.

—Muy bien.

—Pero… —objeta Jaime—. ¡Eres nuestra reina!

—Y es por eso que debo procurar que muera el menor número de personas posibles —aclaro—. Lo sabes.

—¿Y si te matan?

Me encojo de hombros. Ya me han intentado matar tantas veces que tampoco me preocupa eso mucho. Además, Groar me ha estado entrenando estos años de tal manera que puedo enfrentarme a casi cualquier cosa.

—No pienso dejarme matar. Pero si lo hiciesen, entonces Tara se convertirá en la reina.

Gra'Loa me mira, claramente preocupada.

—¿Una Krogan? —inquiere, incapaz de ocultar su suspicacia. Los Wonurt aún desconfían de los Krogan, lo cual tampoco es tan extraño, puesto que estuvieron en su día a punto de exterminarles. De acuerdo, se supone que tenemos todos una alianza sagrada, pero aún así no está tranquila.

—Mi coesposa —la corrijo—. El honor de Tara es incuestionable. Protegerá a los Wonurt de la misma manera que lo haría yo. —Miro a Na-Lei—. Eso sí, en ese caso, el resto de la campaña la dirigirás tú, también en nombre de *Nueva Tierra*, pues Tara deberá permanecer aquí. Sé que harás lo correcto.

Hace un gesto de asentimiento.

—Si así fuera, honraré tus deseos. —Se vuelve hacia el maestro de los maestros de su especie—. ¿Cuándo podremos lanzar el contrataque?

Rol'Grun gruñe algo, pensativo.

—Las operaciones en curso terminarán en uno o dos microciclos. Sugiero darle dos o tres microciclos de solaz a las tripulaciones antes de comenzar las operaciones de combate. —Mira a Groar, inquisitivo—. ¿Dentro de seis microciclos?

Nuestro guerrero asiente.

—Eso nos dará al menos catorce microciclos antes de que las flotas enemigas estén de regreso. Más que suficiente para derrotar a cualquier fuerza que nos encontremos en su capital. —Nos mira a Na-Lei y a mí—. Sugiero que realicemos el agrupamiento aquí, en *Nueva Tierra*. Es el lugar más céntrico.

—Me parece bien —responde la emperatriz, levantándose. Se vuelve hacia su comandante en jefe—. Rol'Grun, voy a ir contigo a Art'Krogan. Tenemos que informar a las matriarcas.

El otro gruñe su asentimiento, y mi coesposa se inclina hacia mí.

—Diles a mis hermanas que estaré de vuelta en uno o dos microciclos —dice en voz baja.

—Lo haré.

Después de eso, la reunión se acaba, y Groar y yo volvemos al nido, para contarles a Stefan y Tara lo qué ha pasado y qué va a ocurrir ahora. Sin embargo, en cuanto hemos hablado, tenemos un motín familiar.

—¿Acaso crees que no tengo valor para luchar? —me sisea Tara, verdaderamente furiosa.

—¿Y de verdad piensas que yo me voy a quedar en casa en vez de irme contigo? —me berrea Stefan.

—¡Ya basta! —grito, y se quedan todos tan sorprendidos de que haya perdido la calma que puedo continuar sin interrupciones—. Tara, no pienso arriesgar la vida de nuestros cachorros, llevándolos en el *Viento Solar*. Pero si se quedan aquí, debe quedar al menos un adulto para protegerlos si… bueno, si las cosas se torcieran.

—Pero Na-Lei podría…

—No —la corto—. No podría. La

Art'Ana

Krogan debe liderar, al igual que lo debo hacer yo. Lo sabes.

Entonces mira al chico.

—Pues que se quede Stefan.

—¡Y una mierda! —explota el otro—. Si Tanit va a la muerte, ¡yo iré con ella!

Suspiro. Solo me faltaba esta pelea en el nido, pero las cosas son como son, y Tara no puede venir. En cuanto a Stefan… no quiero poner su vida en peligro, pero sé que no voy a poder detenerle si quiere venir, me ponga como me ponga.

—Tranquilos, los dos. Tara, sabes que Stefan no sería reconocido como rey por los Krogan si pasase algo. Tú en cambio te convertirías en la matriarca del clan y reina de *Nueva Tierra*. Además… Stefan es un guerrero. Los guerreros luchan. Vendrá con nosotros.

—Pero…

Me acerco a ella y coloco mi mano sobre su brazo.

—Tara… te estoy confiando a todos nuestros cachorros —digo, lo más seria que puedo—. Te estoy confiando el futuro de nuestro clan. Sé que no rechazarás esa responsabilidad.

Entonces baja la cabeza, claramente abatida.

—Sabes que no lo haré.

Sonrío y aprieto su brazo.

—Lo sé. Siempre lo he sabido.

Entonces me doy cuenta de que los pequeños nos están mirando, casi todos con la boca abierta, y algunos incluso con un gesto de horror. Hemos sido tan idiotas como para pelearnos delante de ellos, y para colmo ahora piensan que nos van a matar.

Durante los siguientes días, nos dedicamos a ellos, y para cuando despegamos, están convencidos que lo que vamos a hacer es poco menos que una excursión. Bueno, no todos: La mayor de las hermanas de

Na-Lei

y también Sud están claramente preocupados, aunque no quieren que lo notemos. Supongo que se están imaginando lo que puede suponer volver a perder a unos padres, pero obviamente nosotros vamos a hacer lo imposible por volver. Lo malo es que en una guerra nunca sabes seguro si eso va a ocurrir.

Tanto yo como los Krogan hemos estudiado los destinos de las naves enemigas. Dado que el movimiento de Pliegue es lineal y se supone que no puedes variar tu rumbo, es trivial calcularlo. En realidad, sí puedes cambiar el rumbo —yo lo hice, y así terminé en esta parte de la galaxia— pero se requiere un evento muy excepcional para eso, por lo que estamos bastante seguros de a dónde se dirigen. No es difícil de suponer que es la capital del Imperio de la Nebulosa.

Cuando al cabo de los seis microciclos —cinco días— se reúne la flota, estamos listos para atacar. En cuanto los dos maestros de los maestros dan la orden, nuestra flota combinada realiza el Salto de Pulso. En apenas unos minutos, llegamos al sistema enemigo.

Al instante todos inspeccionamos nuestro entorno frente a posibles amenazas. Estamos en la parte exterior del sistema solar, y para nuestra sorpresa no nos encontramos defensas, aunque tampoco es tan de extrañar: Poner defensas tan lejos implicaría proteger una esfera de espacio tan enorme que no habría civilización capaz de pagarlas. Aún así, algunos sistemas ocultos en algún asteroide podrían haber sido un peligro para nosotros. Ahora bien, se conoce que nuestro enemigo no es tan inteligente como

para planear ese tipo de emboscadas.

El planeta en sí está muy bien defendido con tres fortalezas espaciales que al instante dirigen sus sensores hacia nosotros. Pero no disparan: Aún estamos demasiado lejos para ser un blanco fiable. Seguramente hay también defensas en tierra, como las que tenemos nosotros, aunque para eso tenemos que acercarnos muchísimo más, puesto que dispararán a través de la atmósfera.

Groar está evaluando la situación, y confirma a nuestra flota el plan que había trazado. Acto seguido se pone en contacto con el generalísimo Krogan:

—Rol'Grun, procedemos con el ataque.

El otro gruñe su asentimiento.

—Honrad a vuestro clan.

Hemos acordado que nosotros ataquemos primero, y que yo sea la primera en enfrentarme al emperador. A las matriarcas Krogan no les ha gustado ni pizca, pero

Na-Lei

les señaló que *Nueva Tierra* ha sido el primer planeta atacado, y por lo tanto tiene el derecho a entrar primero en combate. Eso es un razonamiento que las matriarcas respetan, sabiendo además que nuestra pequeña flota no puede triunfar contra un enemigo tan superior. Por supuesto, esperan que luego intervendrán ellas, y se llevarán la gloria de la victoria.

Lo que las matriarcas no saben es que nosotros tenemos unas armas más sofisticadas que las que tienen los Krogan, y si bien piensan que nuestro ataque a las fortalezas espaciales va a terminar con una derrota nuestra, Groar se ha preocupado ya mucho de que no sea así.

En cuanto nuestro maestro guerrero da la orden, el *Viento Solar* y las dos naves humanas hacemos un Pulso Táctico de Combate, posicionándonos cerca de las tres fortalezas espaciales que rodean el planeta. Cada una de las tres naves lanza un único disparo de fase contra las enormes estructuras, destrozándolas, para gran asombro de la flota Krogan.

Cuando Groar me explicó su plan, no me gustó ni un pelo. Hay seres inteligentes en esas fortalezas, y nuestro ataque los ha matado sin misericordia y sin previo aviso. Sin embargo, lo cierto es que esas fortalezas habrían destrozado muchas naves Krogan, y nuestras

bajas habrían sido enormes. Las armas tradicionales de nuestros aliados no surtirían mucho efecto contra los escudos de las estaciones, y solo se podrían destruir con un ataque frontal, lo que siempre es una mala idea. Las armas de fase, en cambio, ignoran los escudos como si no existieran.

Suspiro. Estamos en guerra, y nosotros no la comenzamos. Sin embargo, me sienta mal que hayamos destruido tantas vidas en apenas unos minutos. No me gusta matar, a menos que sea imprescindible. Lo malo es que en este caso no veía ninguna otra alternativa. Eso por no hablar de que interferir con los planes de batalla de tu jefe militar es una soberana estupidez. Mi intento de salvar unas pocas vidas podría terminar con una verdadera matanza, y no soy tan ingenua como para no saberlo.

—*La defensa planetaria nos está apuntando* —advierte Irina.

Asiento. Es lo lógico. Sin embargo, no disparan. Deben estar horrorizados ante el hecho de que hayamos destrozado toda su defensa espacial con solo tres disparos, y seguramente se estarán preguntando qué ocurrirá si abren fuego. En ese momento, el resto de la flota Krogan hace otro Pulso Táctico de Combate, y el planeta de pronto está rodeado por decenas de miles de naves. Ahora los defensores deben estar *realmente* asustados. No solo los *ecos* de Pulso tienen que haber interferido sus sistemas durante uno o dos minutos, es que debe parecerles que la flota ha aparecido de la nada, después de saltar varios millones de kilómetros. La tecnología capaz de hacer eso debe parecerles tan futurista que deben preguntase el qué podrán hacer las armas de nuestros acorazados, si tres naves pequeñas han destrozado sus estaciones de combate.

—Abre comunicación.

—*Comunicación abierta* —responde.

—Habéis atacado nuestros mundos sin provocación previa —proclamo yo en Común a través del comunicador—. Si no queréis ser destruidos, reclamo que vuestro emperador
ZuiÁn'k-Zul
se enfrente conmigo según las antiguas reglas.

Durante unos minutos, nadie contesta. Entonces empieza a parpadear la conexión holográfica.

El emperador, cuando aparece, resulta ser feo de narices. Parece humanoide, aunque las piernas y brazos tienen tres segmentos, con

lo cual sus movimientos son claramente no humanos. El cuerpo es blanquecino, de una palidez que da repelús. La cabeza… parece la de un demonio, con tres ojos azules, cuernos y pinchos por todo el rostro. Curiosamente, parece llevar algo parecido a una barba, aunque, por cómo se mueve, igual son minúsculos tentáculos. Detrás de él hay desplegado una especie de triángulo; es tan raro que, a decir verdad, no sabría decir si es un adorno de su ropa o algún tipo de membrana que forme parte de él.

—*¿Cómo os atrevéis a desafiarme, basura?* —pregunta, despectivo—. *Debéis ser de esos mundos que mi flota está arrasando en estos momentos. ¡Rendios ahora mismo y quizás deje supervivientes!*

—¿Supervivientes, dices? —interviene Groar. Pulsa algo en su consola, y aparece una breve grabación de la pequeña batalla que tuvimos cerca de *Nueva Tierra*. Acto seguido muestra unas cuantas más de las demás batallas—. Creo que los supervivientes de tu flota están regresando ahora. Huyeron como cobardes al enfrentarse a nosotros.

Por un momento creo que se le van a salir los tres ojos de las órbitas, al ver cómo naves minúsculas destrozan sus acorazados. Sabe que no es un truco: Sus fortalezas espaciales también han sido destruidas por tres pequeñas naves.

—Estáis indefensos —indico—. Lo que queda de vuestra flota tardará aún al menos veinte o treinta microciclos en llegar en vuestra ayuda.

—*Pero…* —balbucea—. *¡Si es imposible! ¡No podéis haberos enfrentado a ellos y estar ya aquí!*

—*Por supuesto que podemos* —se regodea desde su nave insignia, disfrutando del hecho que con el salto de Pulso les hayamos sorprendido en una inferioridad numérica apabullante—.

Na-Lei

Nuestra tecnología es mucho más avanzada que la vuestra y podemos viajar entre sistemas solares de forma casi instantánea. Destrozaremos vuestra flota a medida que llegue, y luego atacaremos vuestros mundos. Destruiremos vuestro imperio.

—*¡Mi imperio tiene más de mil setecientos millardos de habitantes!* —responde el otro, orgulloso—. *¡Sabemos que no tenéis siquiera*

cien millardos entre todos vuestros mundos! ¡Os superamos casi veinte a uno! ¡Nuestra flota os supera treinta a uno! ¡Os aplastaremos!

—Y vais a perder —afirma Groar en tono despectivo—. Ya la hemos aplastado, pero, además, vuestra flota es lenta. Podemos atacar cien veces mientras la vuestra solo puede atacar una, somos muchísimo más rápidos que vosotros. Incluso si no lográsemos destruir vuestras flotas mientras llegan de forma escalonada, ¿de qué os vale una flota poderosa si nosotros podemos ir siempre por delante y atacar donde deseemos sin que podáis impedirlo? Tendréis que repartir la flota para proteger a vuestros mundos, y entonces vuestra supuesta superioridad no os servirá de nada. —Le señala—. Lo primero que haremos es destrozar esta patética fuerza de invasión que habéis enviado a medida que llegue. Y ya de paso, descabezaremos al imperio, matando a todos sus dirigentes. Eso nos facilitará mucho la victoria. —Ríe—. Ké, ké, ké… Hay que ser inútil para atacar a otra especie sin investigar previamente la capacidad del enemigo.

—Pero basta de charla —intervengo yo—. Te he desafiado. Si no eres un cobarde, proclama mi desafío a todo tu imperio y enfréntate a mí. En caso contrario, devastaremos tu mundo, y a ti con él.

Me evalúa con cautela. Al lado del enorme Groar no debo seguramente parecer gran cosa. Entonces todo su rostro se distorsiona en lo que supongo que es una gran sonrisa.

—*¿Eres tú la líder?* —pregunta.

—Soy la reina de *Nueva Tierra* —respondo honradamente, aunque callándome que no soy quien dirige a los Krogan.

—*¿Y si gano?*

—Entonces mi flota se retirará —contesto, aunque a decir verdad solo estoy diciendo una media verdad. Mi flota son nada más que veintidós naves. En el improbable caso de que logre derrotarme, aún quedará la flota Krogan, y el emperador se tendrá que enfrentar a

Na-Lei.

Quizás no sea muy honesto ocultarlo, pero tampoco veo por qué tengo yo que ser honesta con un ser que ha intentado arrasar todos nuestros mundos.

—*Muy bien* —sisea—. *Declaro un desafío real, que tendrá lugar dentro de tres microciclos. Nos enfrentaremos en la arena que hay al sur*

de mi capital, solo nosotros dos. Puedes enviar a un representante tuyo para comprobar que no vas a una emboscada.

—Si lo es, no quedará nadie vivo en este planeta —gruñe Groar —. Tienes mi palabra.

El emperador le mira con desprecio.

—*Calla a esa bestia* —me espeta—. *Ese animal no es digno de dirigirse a mí.*

Logro detener a Groar justo antes de que asolé media ciudad con un disparo de fase a plena potencia.

—Cuida tus palabras —contesto—. Porque como vuelvas a decir otra impertinencia, no habrá duelo, sino que dejaré que mi esposo te saque las entrañas y te las haga comer.

—Algo que haré con mucho gusto —gruñe el saurio.

El monarca me mira a mí, luego a Groar. Por un instante parece que va a decir algo, mas acto seguido se apaga el holograma.

—Espero que mates a ese gusano —gruñe mi esposo—. Pero primero humíllale ante todo su pueblo.

—No te preocupes —sonríe Stefan—. Tanit va a barrer el suelo con él. —Me mira un instante y luego se vuelve hacia Groar—. Yo iré a verificar que ese tipo no quiere jugárnosla.

—Tengo que ir yo —rezonga el guerrero—. Es mi deber asegurarme que nuestra matriarca…

—En estos momentos estás a cargo de toda la flota —replica el chico—. Eso es mucho más importante que ir de explorador.

El otro refunfuña, pero acepta el argumento. A mí, en cambio no me hace ni pizca de gracia.

—Stefan, ten cuidado —le pido, sin poder ocultar mi inquietud.

Me guiña un ojo, y luego me da un rápido beso.

—No te preocupes, preciosa.

Al cabo de unos minutos, despega con el *Gota de Agua* y se dirige al planeta. Estoy segura de que hay miles de armas siguiendo su trayectoria, y eso no es un pensamiento nada tranquilizador.

Me estoy recomiendo de preocupación durante las siguientes horas, a pesar de que Stefan envía cada cierto tiempo mensajes tranquilizadores. Ya está cayendo allí la noche cuando vuelve mi marido humano.

—Bueno… —explica—. Al parecer los desafíos al emperador son bastante comunes, hasta el punto que tienen incluso una arena para

esos desafíos. Si los que nos contaron que estaban a punto de sublevarse dijeron la verdad, es probable que intenten deshacerse primero del emperador enviando a un campeón para luchar contra él.

—Entonces… ¿lo de la rebelión no es un cuento? —inquiero.

Stefan sacude la cabeza, escéptico.

—No lo creo. Hay muchos rumores, y me han llegado incluso hasta a mí, que supuestamente soy un enemigo. Tengo la impresión —y hay alguno que me lo ha dicho también así— que es una de las razones por las que nos han atacado a nosotros.

—Cuando tienes problemas internos, creas una guerra —masculla Groar—. Todos los dirigentes que temen a su pueblo intentarán una aventura exterior cuando las cosas no van bien.

—Y desde luego que no van bien —confirma mi chico—. Este imperio es un volcán a punto de estallar, os lo aseguro. Estoy bastante seguro que al menos una docena de especies están al borde de la rebelión, aunque aún no se atreven a enfrentarse al emperador. Aunque si salta una chispa…

—Todo estallará —asiento—. Cuando el poder central se debilita, la periferia se levanta.

—Así es. El emperador

Zui'Án'k-Zul

necesita derrotarte, Tanit. Tiene que parecer él mismo poderoso, invencible. La represión tiene un límite.

—Supongo que es una dictadura unipersonal —aventuro—. Si es así, muerto el perro, se acabó la rabia.

Stefan me guiña el ojo.

—Un perro-demonio, para ser exactos. Efectivamente, es unipersonal. No le gusta compartir el poder. Tiene a una representación de cada una de las treinta y seis especies que forman su imperio, pero estos no pintan nada, solo tienen que ejecutar las órdenes del emperador. Hay algunos individuos de su especie en los que parece confiar, pero no hay demasiados puesto que la mortalidad entre ellos es bastante alta. Los

An'k-Zul

forman la columna vertebral de su ejército y las tropas de ocupación.

—*Porque son de su misma especie, supongo* —indica que ha

estado escuchando por la emisora de nuestra nave—.

Na-Lei,

Y son liderados por esos pocos en los que confía.

—Así es.

—Has realizado un buen trabajo de inteligencia situacional —gruñe Groar—. ¿Qué hay del duelo?

Stefan se rasca la cabeza.

—Ah. Por lo visto es todo un espectáculo. Tiene lugar en la arena, delante de una tribuna con los representantes de todas las especies, supongo que para que todos vean la victoria de su señor. Primero aparecen un embajador por cada parte, donde se pronuncia el desafío. Luego aparece el desafiado, que lo acepta. Después llega el retador, y cuando el juez lo indique, comienza el combate.

—¿Armas? —pregunto.

—Las que quieras. No hay reglas, solo que el combate es hasta la muerte. —De pronto me mira, preocupado—.

Zui'Án'k-Zul

lleva derrotados ya ochenta y dos adversarios. Tanit, más te vale que tengas cuidado.

Sonrío tranquilizadora, aunque a decir verdad me ha entrado algo de canguelo.

—No te preocupes.

—*Tanit sabe cuidarse* —dice

Na-Lei—.

Acabará con ese gusano.

—Así es —gruñe Groar—. Ha aprendido bien. ¿Algo más?

Stefan sacude la cabeza.

—Pues no. Mañana iré a inspeccionar la arena y las gradas. Pondré sensores para detectar cualquier trampa que se les pueda ocurrir.

—Muy bien —gruñe el guerrero—. He sacado imágenes de toda la ciudad. Vamos a inspeccionarlas.

Mis dos maridos se van, y yo suspiro, aunque a decir verdad este lío me lo he buscado yo sólita.

—Mañana hablamos, Na-Lei —digo—. Estoy algo cansada. Me voy a dormir.

—*Que descanses.*

Al día siguiente, cuando me despierto, Stefan ya se ha ido. Groar está en el puente, y juntos observamos la inspección que hace mi chico gracias a un pequeño dron que le sigue a todas partes. Descubro que Groar tiene razón: Stefan es muy bueno en temas de inteligencia. No me habría extrañado nada que le hubiese metido un sensor a ese dictadorzuelo por el culo, por asqueroso que suene.

Para cuando vuelve, muy satisfecho de sí mismo, tenemos el estadio donde va a tener lugar el combate tan controlado que, si una mosca hiciese una cagadita, lo sabríamos. Irina se encarga de procesar la información de todos los sensores; sería demasiado para cualquiera de nosotros.

—¿Qué armas vas a utilizar? —me pregunta mientras estamos cenando—. No vale tu rifle criogénico, el combate es a muerte, lo sabes.

Pienso un instante. Mi gran ventaja ha sido siempre mi agilidad. Sin embargo, eso implica también que no puedo ir tampoco con mucha carga.

—Un rifle de Serelen con munición explosiva para el combate a distancia —reflexiono—. El láser, por si se acerca mucho o intenta ocultarse detrás de algo. Mi daga, por supuesto, suponiendo que lleguemos al combate cuerpo a cuerpo. Y quizás también unos dardos pesados, por si acaso.

Groar enseña los dientes en una sonrisa.

—Has aprendido bien. Con tu armadura y el escudo de los Tloc, irás lo suficientemente protegida para poder contrarrestar cualquier ataque que haga esa basura.

—No sabemos qué armas usará él —advierte Irina.

Nuestro guerrero vuelva a sonreír.

—Según sus propias costumbres, tiene que aparecer él primero antes de que llegue Tanit. Si vemos que utiliza algún arma que no esperamos, estamos aún a tiempo de cambiar el armamento de nuestra

Art'Ana

para adaptarnos a lo que él traiga.

Entonces Stefan me mira con preocupación.

—Tanit, ya sé que eres muy buena luchando, pero aún así, ten cuidado. Ese tipo me da muy mala espina. Estoy seguro de que hará trampas.

Suelto una carcajada, porque la verdad es que no estoy lo más mínimo inquieta ante el combate.

—No te preocupes, cielo.

Le doy un beso para tranquilizarle, y luego le doy otro a Groar. Tampoco es que quiera ponerle celoso, y a los Krogan también les gustan los besos. Es una experiencia que no pueden disfrutar mucho, puestos que sus labios son rígidos y por lo tanto no pueden besar.

Cuando nos levantamos, Groar hace que realice ejercicios de calentamiento y combate ligero, mientras Stefan vuelve al planeta a preparar el combate. Como siempre, lleva un dron de vigilancia con él, por si se ocurriese algo y tuviéramos que acudir en su ayuda.

Sin embargo, no parece que haya ningún peligro, y al cabo de dos horas nos avisa de que podemos aterrizar con el *Viento Solar*.

—*Sugiero que aterricéis justo detrás de la arena* —propone—. *Así Tanit no tendrá que andar demasiado, este lugares enorme.*

—No detecto ninguna amenaza por los sensores que Stefan ha colocado —indica Irina.

—*Tampoco detectamos ninguna amenaza significativa nosotros* —nos informa desde su nave insignia—.

Na-Lei

Los sistemas de defensa planetaria están apuntándonos, mas no se atreven a disparar. Hay varias fragatas y cruceros en la atmósfera, pero no suponen una amenaza, su potencia de fuego es incapaz de dañar nuestra nave.

—Gracias, Na-Lei —respondo—. Irina, aterrizamos donde ha sugerido Stefan.

—Afirmativo.

Entramos en la atmósfera, y nos acercamos a la capital del imperio. Abro mucho los ojos cuando veo la arena de la que nos ha hablado Stefan. Efectivamente, es enorme, tiene al menos quinientos metros de largo por ciento y pico de ancho. Y las gradas están atestadas: Debe haber al menos ciento cincuenta mil o incluso doscientos mil espectadores. Se conoce que los desafíos al emperador son algo muy popular, aunque me pregunto si es para apoyarle o para ver cómo lo matan. Igual es mitad y mitad. Eso sí, estoy segura de que lo están retransmitiendo a todo el imperio, por lo que deben estar viéndolo cientos de millardos de seres.

Me llama la atención un lujoso palco en un lateral. Acerco la imagen de la cámara, y observo que todos los que lo ocupan son de diferentes especies. Cuento treinta y seis, así que supongo que estos son los representantes de las especies que forman el imperio. Me imagino que están aquí para transmitir el triunfo del dictadorzuelo este… o someterse al vencedor.

Aterrizamos detrás del estadio, y Groar inspecciona con sospecha en los ojos nuestros alrededores. Si alguien quisiera atacarnos, ahora sería un momento propicio. Yo, sin embargo, pienso que eso es una tontería. Sería más fácil matarme a mí cuando esté fuera de la nave.

Al cabo de un rato, suenan unos extraños instrumentos que hacen un ruido parecido al de una tuba, aunque al menos una octava más abajo. A decir verdad, hace daño a los oídos. Instantes después, por una gran puerta aparece el que supongo que es el padrino del duelo del emperador. No me sorprende nada que sea también un ser con aspecto de demonio y tres ojos. Su piel es algo más oscura que la del emperador, pero tengo la impresión de que es de la misma especie.

—¿Quién eres y qué quieres, basura? —le pregunta a Stefan con desprecio.

Mi chico le mira con una cara de sobrado que no veas.

—Vengo en representación de mi reina, la poderosa Tanit, pues vuestro miserable imperio ha osado atacar nuestro mundo sin previa provocación ni declaración de guerra. Hemos aplastado a vuestra patética flota, mas antes de incinerar vuestros mundos estamos dispuestos a que os rindáis y pidáis clemencia a nuestra magnánima señora.

Veo que Groar se está riendo, y yo me llevo la mano a la cara, patidifusa. Mi marido se está pasando siete pueblos. Bueno, supongo que se merecen que les hablen así, pero no me parece que esa sea manera de intentar conseguir la paz. Aunque teniendo en cuenta que primero tiene que tener lugar el combate entre nosotros, quizás tampoco esté de más que intente acongojarlos.

El demonio que es su interlocutor está lívido de ira, es bastante evidente.

—¿Cómo te atreves hablarme así, insecto? El imperio es el más poderoso que jamás haya existido y nuestro señor está muy por

encima de cualquier otro gobernante, incluyendo tu lamentable reina, que no sabría ni limarle los cuernos a nuestro amo.

Entonces le chico se echa a reír.

—Nuestra reina le cortará los cuernos y se los meterá por el ano a ese penoso gobernante que tenéis si se atreve a enfrentarse a ella. Proclamo un desafío real y conmino a ese cobarde a presentarse aquí para luchar, para que todos vean el excremento que es al lado de mi señora.

El demonio está que tiembla de furia, y le señala con un largo brazo.

—¡Sea! Mi señor acepta el desafío real, y acabará con esa pretenciosa, tras lo cual vosotros os convertiréis en nuestros esclavos. Tú, en cambio, serás diseccionado vivo, muy lentamente, para que tu agonía dure cientos de microciclos.

Mi marido le mira un instante, y luego se lleva la mano a la boca y le hace una pedorreta. No puedo menos que reírme. Lo más probable es que el ET no entienda el qué es eso, pero debe comprender perfectamente que le están insultando.

—¡Pues que venga ese insecto de una vez, para que mi grandiosa reina pueda aplastarlo! —proclama.

El An'k-Zul le lanza una mirada asesina, y se vuelve sin decir palabra. Levanta los brazos, y las trompas vuelven a sonar mientras él se marcha a toda prisa.

Entonces se abren unas grandes puertas, y aparece

Zui'Án'k-Zul.

Abro los ojos de sorpresa al verlo. Eso no me lo esperaba: Viene subido a un

exoesqueleto-armadura

de unos tres metros y medio de alto. Si hubiera ido yo primero a esperarle, las habría pasado canutas frente a ese monstruo.

—¿Qué? —grita Stefan al verle—. ¡Eso es trampa!

El emperador se acerca a mi marido y suelta un gorgoteo que interpreto como su forma de reír.

—Estas son mis armas —se regodea—. No hay restricciones en el combate personal, así son nuestras costumbres. Puedes traer todas las armas que desees, siempre que puedas moverlas. —Alza un brazo mecánico, blandiendo un enorme cañón de plasma—. No es mi culpa si no podéis igualarlo… pequeñín.

Entonces veo que Stefan sonríe con malicia.

—¿Está seguro de eso? ¿Esas son las reglas del combate?

—Así es.

Mi marido entonces suelta una risita.

—Muy bien. La reina vendrá enseguida con su *Coracero*.

—¡No puede ayudarla nadie! —protesta el alienígena—. ¡Tiene que combatir sola!

—Por supuesto que va a combatir sola —se ríe Stefan—. Y creo que lo vas a lamentar.

Yo dejo de escuchar, porque ya me he levantado. ¿O sea que ese tipejo quiere hacer trampa? Pues lo lleva crudo. Vamos a jugar según sus reglas, y como ha dicho mi chico, lo va a lamentar.

Veo que Groar se está riendo, y supongo que Na-Lei también lo estará haciendo en su puesto de mando. Ese emperadorcillo no sabe en qué lío se ha metido al traer una armadura de combate para luchar en un duelo. Le habría salido más a cuenta haber venido solo con una vulgar espada.

Yo voy corriendo al hangar del *Viento Solar*, y me subo al *Coracero*, la monstruosa máquina de combate que nos regalaron los *Cruzados* cuando estuvimos en el futuro. Zui'Án'k-Zul es un idiota. Cuando vas a atacar a alguien, lo mínimo que tienes que hacer es espiar lo que tiene, y toda la colonia ha visto a mi *Coracero* en más de una ocasión: Un robot gigante de cinco metros de altura no suele pasar desapercibido. Sin embargo, este tipo es tan soberbio que creyó que nos podía aplastar sin más, primero con su flota, ahora con esa ridícula armadura de combate.

Subo las escaleras hasta la cabina de mi monstruo acorazado y me sujeto el arnés una vez que estoy dentro. Luego comienzo a activar los sistemas, mientras se cierra la escotilla.

—*Activa antes que nada el escudo de los Tloc* —me avisa Groar por el sistema de comunicaciones—. *El blindaje del* Coracero *puede aguantar el impacto de todas sus armas, mas es mejor no arriesgarse.*

—Afirmativo —contesto. Nuestro maestro guerrero tiene razón, no tiene sentido arriesgarse. Ese tipo seguro que intentará hacer

trampa, y me huelo que tiene algún as en la manga.

Termino de activar todos los sistemas, incluyendo el escudo de los Tloc, y despego del hangar de nuestra nave saltando primero al exterior y luego encendiendo los propulsores. En menos de un minuto aterrizo al lado del emperador y de Stefan, que levanta el pulgar y se aleja riéndose.

En la cámara trasera observo que se vuelve un momento, y decido darle una pequeña satisfacción. Adelanto dos pasos y le doy unas palmaditas con mi enorme mano metálica a la cabeza del armatoste de combate que mide metro y medio menos que el mío.

—Cuando quieras empezamos… pequeñín.

Stefan suela una enorme risotada y se aleja, partiéndose de risa. Creo que hoy le he alegrado el día.

Veo al emperador a través del cristal de su armadura, y tengo la impresión de que se le van a salir los tres ojos de sus órbitas. Además, me parece que ha cambiado de color. Creo que he debido acongojarle a base de bien. Seguro que no esperaba encontrarse con una armadura de combate mucho más grande que la suya. Mala suerte, chico. No haber intentado hacer trampas.

El maestro de ceremonias se introduce entonces entre nosotros. Se mueve lentamente, y si no fuese porque tiene algo parecido a una boca, yo juraría que se trata de un árbol seco. Menea las ramas, apuntándonos con ellas, y entonces veo que en las puntas de estas tiene un algo que bien podría ser un ojo, aunque a decir verdad no se parece nada a un ojo humano.

—*Kreegh regh iigh…* Los combatientes deben retroceder tres veces su estatura —indica. Me cuesta entenderle, pero retrocedo unos quince o dieciséis metros—. *Eeerfg krieeld neert…* El combate tiene una sola regla: Es hasta la muerte. *Prredgh nieesz kriegh.*

No tengo ni idea de lo que está diciendo, aunque supongo que tampoco debe ser tan importante, si no lo ha dicho en Común. O los sonidos esos que está produciendo son simplemente crujidos de sus ramas. A saber.

El árbol se desplaza lentamente hacia un lado, para no estar en nuestra línea de fuego. Cuando ya está en un lado, me mira a mí, luego a la armadura de combate del emperador. De pronto, empieza a retroceder rápidamente.

—¡Comenzad!

Típico: Aún no ha terminado de hablar el maestro de ceremonias cuando

Zui'Án'k-Zul

me dispara con su cañón de plasma. El impacto se estrella contra el escudo de los Tloc, y es dispersado sin siquiera hacer tambalear a mi *Coracero*. Está claro que este tipo no va a jugar limpio.

¿Quieres disparo? Pues toma disparo: Lanzo un microcohete y le destrozo su cañón de plasma. Entonces desengancho de la espalda mi monstruoso espadón y me acerco mientras él intenta frenéticamente desenganchar algo que parece una enorme ametralladora de la espalda.

Sin embargo, parece que no ha practicado mucho con su enorme armadura: No logra soltarla, y estando ya casi a su altura deja de intentarlo, saca a su vez una enorme espada, y pretende darme con ella.

Menudo aficionado. Yo llevo años entrenando con toda clase de armas, incluyendo espadas, y por cómo mueve él la suya, debe ser un principiante con esa arma. Paro su acero sin ningún problema con mi espadón, lo levanto de nuevo, y acto seguido lo dejo caer con toda la fuerza de mi *Coracero* contra su brazo izquierdo. Esa armadura de combate resulta no ser tan resistente como él pensaba, y la extremidad es cortada entre un enorme reguero de chispas.

Entonces una enorme explosión hace que me tambalee, haciendo que casi caiga, aunque mi escudo ha parado la mayor parte del impacto. Eso no ha sido el emperador. Alguien le está ayudando.

—*¡Hay un crucero que te ha atacado!* —me informa Irina por el comunicador—. *No te preocupes, voy a derribarlo.*

—Negativo —le informo—. Yo me ocupo. ¿Dónde está?

—*Detrás de ti, a una altura de catorce* tekken.

O sea, a unos tres kilómetros de altura. Me cuelgo de nuevo el espadón a la espalda, activo mis sensores, y el detector de blancos se ilumina. Veo que el crucero está disparando de nuevo, y lanzo un cohete interceptor. Acto seguido disparo con el arma *Cosechadora* que está integrada en el brazo del *Coracero*.

El emperador e incluso el público en general se quedan boquiabiertos cuando la salva de la nave explota en el aire, pero aún más cuando mi disparo arranca de cuajo todo el morro del crucero y este se precipita a tierra. En el último momento logra

estabilizarse, y se estrella en un bosque en las afueras de la ciudad. Espero que haya supervivientes, pero por desgracia dispararle era lo único que podía hacer. Al menos le disparé al morro; si hubiese disparado a los motores, habría caído como una piedra o explotado en el aire, sin dejar a nadie vivo.

Mi adversario está mirándome con una expresión que me parece de *incredulidad*, y no es para menos: Mi armadura acaba de derribar a una nave de guerra. Debe ser consciente de que en realidad estoy jugando con él, de ninguna manera su armadura podría sobrevivir a un impacto como el que ha recibido el crucero.

De pronto, levanta su ametralladora y dispara hasta vaciar el cargador. Yo no me muevo. Si una nave de guerra no ha logrado atravesar mi escudo, menos lo va a hacer él. Levanto un brazo, guiño el ojo para apuntar, y le disparo tres microcohetes.

Las tres explosiones le tiran hacia atrás, derribándole. Sin embargo, su armadura no ha sido perforada, y está intentando levantarse. Ese trasto es más resistente de lo que esperaba.

En fin. A grandes males, grandes remedios. Arranco la propulsión de mi traje y asciendo, ante el asombro de los espectadores. Mientras subo, le apunto con la *minigun* y le lanzo un continuo chorro de proyectiles. No sé si van a lograr perforar su armadura, pero al menos le van a mantener tumbado a base de golpearle.

Cuando creo que ya he subido lo suficiente, corto los motores y me dejo caer hacia mi enemigo. El tipo ese me ve, e intenta desplazarse hacia un lado. Vano intento: Aunque haya desactivado la propulsión primaria, puedo desplazarme con los cohetes de maniobra. A pesar de sus desesperados movimientos, sigo cayendo hacia él.

Y entonces le golpeo. No hay armadura de combate que aguante la inercia de cuatro toneladas de metal a casi trescientos kilómetros por hora. Yo soy sacudida de lo lindo en mi arnés, y la desaceleración por un momento me hace perder el conocimiento, a pesar de todos los sistemas de amortiguación que tenga mi *Coracero*. Tardo al menos cinco o seis segundos en recuperarme, y para entonces veo que los espectadores están saltando al campo de batalla, gritando y lanzando vítores. Tengo la impresión de que a este emperadorcillo no le apreciaban mucho.

Me enderezo, comprobando los sistemas. Hay un montón de luces en naranja; he sufrido bastantes daños. Sin embargo, al mirar hacia abajo, puedo ver que el que ha salido peor parado es mi contrincante.

Estamos en un cráter de cinco metros de diámetro y casi dos de profundidad. Debajo de mis pies metálicos está la armadura de combate del emperador, aplastada como si fuera una lata, soltando chispas y humo. No puede haber sobrevivido a un golpe así.

Entonces le veo, enderezándose entre el polvo que nuestro terrible encontronazo ha levantado. Su riquísima ropa está rasgada, su peinado deshecho, él mismo sucio a más no poder. Ha debido saltar en el último momento de su armadura de combate, probablemente con algún mecanismo de eyección. Está tambaleándose como si estuviese borracho: El golpe para él ha debido ser mucho peor que para mí. Aun así, sigue desafiante. Alza una daga hacia mí, que me elevo como una torre sobre él. Grita algo que no puedo entender.

Dudo un instante. Podría aplastarle como una mosca con una de las manos del *Coracero*, y sería un fin bastante apropiado para un déspota y tramposo como él. Sin embargo, eso no es propio de mí, y mucho menos cuando he estado siempre predicando que no hay honor en matar a quien no puede defenderse. Usé ese argumento para proteger a los Wonurt, y los Krogan desde luego que lo van a recordar.

Suspiro. En fin, es un duelo a muerte, pero no voy a aprovechar la brutal ventaja que tengo al estar en una máquina tan monstruosa. Apago los sistemas y abro la escotilla.

Los espectadores se han detenido en cuanto han visto que estoy bajando la escalerilla hasta el suelo. Sin embargo, de pronto se ponen a gritar, avisándome del peligro, aunque no hacía falta que lo hiciesen: Yo ya sabía que el emperador es un tramposo y que iba a intentar matarme mientras bajaba, aprovechando el que tenga las manos ocupadas en sujetarme. Lo que él no sabe es que con mis poderes *siento* su presencia, y sé exactamente dónde está.

Pego una voltereta hacia atrás cuando sé que me va a apuñalar, aterrizando a su espalda. Entonces le lanzo con todas mis fuerzas hacia adelante, haciendo que se estampe contra la pierna del *Coracero*. El golpe es tan brutal que cae de rodillas, medio

inconsciente, y yo retrocedo, mientras desenvaino mi daga. Quiero que todos vean que yo juego limpio. Nadie debe avergonzarse de su reina, porque sé que el combate está también retransmitiéndose a *Nueva Tierra*, y probablemente también a los mundos Krogan.

Zui'Án'k-Zul tarda en recuperarse, y mientras tanto yo salgo del cráter que ha creado el *Coracero* al impactar contra el suelo. El emperador no me da miedo, pero siempre es mala idea luchar en una zona restringida, como el cráter formado.

Para mi sorpresa, el muy tramposo se pone a subir por la escalerilla del *Coracero*; supongo que se quiere meterse en él para aplastarme. Hago una mueca, y con los controles de mi traje hago que la escalerilla se pliegue.

Zui'Án'k-Zul

cae desde una altura de algo más de dos metros, mas no me da ninguna pena, después de todo, es un fullero que ha intentado aprovecharse del hecho de que he intentado jugar limpio e igualar las tornas.

Tarda algunos minutos en salir del cráter; supongo que el golpe al caer ha sido tela, y él ya debe estar bastante magullado. Jadea por el esfuerzo; igual es que está tan acostumbrado a la buena vida que no se ejercita lo suficiente, y una vez perdida su armadura de combate tiene que hacer más ejercicio de lo que haya hecho en una buena temporada.

No es mi caso, por supuesto. Aparte de que a mi edad yo estoy muy ágil, yo entreno con Groar todos los días desde hace años, y mi esposo es el entrenador más exigente y con menos misericordia que conozco. Sus entrenamientos son lo que se dice tela marinera. Eso sí, teniendo en cuenta que esa preparación me ha salvado múltiples veces la vida, no me voy a quejar.

Mientras se acerca, un aviso en los sensores de mi traje llama mi atención. Esa daga que lleva en la mano… es un cuchillo molecular, es decir, que está tan afilado que el filo es tan solo una molécula, y por lo tanto es capaz de cortar casi cualquier cosa. Sin embargo, los sensores de mi traje me dicen también que hay algo que cubre el filo. Activo el analizador, y descubro que se trata de un veneno fulminante. No es que me sorprenda, claro.

Yo no me muevo, dejando que recobre el aliento. Llega ante mí, jadeando, la daga baja, mientras intenta recuperar el resuello.

¡Es una trampa! Su brazo se extiende de pronto, intentando clavarme su arma por sorpresa, mas Groar me ha entrenado para esperar casi cualquier cosa en un combate. Agarro su brazo justo encima del arma, me vuelvo, y le volteo por encima de mi hombro. Eso no me lo enseñó el maestro guerrero: Aprendí artes marciales cuando aún vivía en Marte, y competía contra chicos mucho mayores que yo.

Un murmullo de sorpresa recorre el público cuando el emperador aterriza de espaldas contra el duro suelo. Teniendo en cuenta que aquí estamos a 1,5 ges, eso ha tenido que doler. Yo sin embargo no me aprovecho, como sé que habría hecho él. Simplemente espero a que se levante, dado que está gruñendo de dolor.

Entonces su mano derecha se extiende como una serpiente, agarrando mi tobillo. Tira de él, pero yo he cambiado de postura, haciendo que ese pie soporte todo mi peso, por lo que no es capaz de moverlo. Entonces intenta atacarme con la daga que sujeta en la izquierda, aprovechando que piensa que me tiene inmovilizada.

Pardillo. Este tipo se creerá un gran combatiente, mas a él no le ha entrenado un maestro de los maestros. Incluso antes de que llegue a herirme, le he pisado la muñeca con el otro pie, apoyándome con todo mi peso. Por el chillido que pega, seguro que se la he debido romper.

Dado que me ha soltado, retrocedo unos pasos. El emperador se pone entonces de rodillas, sujetándose con la derecha la muñeca, que cuelga en un ángulo extraño. Efectivamente, he debido rompérsela.

—¿Te rindes? —pregunto, esperando que haya tenido suficiente.

Sin embargo, me mira de forma feroz, agarra la daga con la mano derecha, y se levanta, tambaleándose.

—Un combate real es siempre a muerte —me sisea.

Yo me encojo de hombros. Tanto peor para él.

Por poco me sorprende, tan rápido es su ataque. No obstante, paro su daga sin problemas con la mía. Él entonces intenta tirarse sobre mí, para aplastarme con su peso, aunque yo no estoy por la labor: Me echo hacia un lado, y aprovechando que está en una posición inestable, le pego una patada en un tobillo, haciendo que se estampe contra el suelo. Otro murmullo de asombro recorre la

multitud, al ver una vez más que su temido emperador es incapaz de doblegar a un ser mucho más pequeño que él.

Vuelve a levantarse, evidentemente rabioso, pasándose el brazo por la boca; ha debido tragarse algo de tierra. Entonces, pensando que me ha distraído, me ataca con la mano rota, armada con un fino cuchillo. Eso es muy extraño; un ser humano desde luego que no podría hacerlo, pero igual la anatomía de los
An'k-Zul
tiene músculos que lo permite. Aun así, lo que está haciendo debe dolerle muchísimo, aunque supongo que a estas alturas debe estar lo suficientemente desesperado como para que eso ya no le importe mucho.

Lo malo para él es que no me ha logrado distraer. Golpeo con el puño de mi daga la muñeca rota, haciendo que lance en alarido, y acto seguido bloqueo el ataque a traición de su daga con la mía. Sin más dilación, levanto una pierna y le pego una patada con todas mis fuerzas en el pecho, lanzándole hacia atrás. Entre que soy muy fuerte, mis músculos están reforzados con una tecnología alienígena y mi traje espacial tiene un exoesqueleto, mis patadas se las traen. No creo que le haya roto una costilla, pero desde luego que sí se las habré magullado de lo lindo.

El tipo se queda inmóvil, y yo me agacho para examinar el fino cuchillo que ha dejado caer, pesándolo en mi mano. El equilibrio es casi perfecto, por lo que deduzco que fue diseñado para lanzar. Lo que pasa es que este emperadorcillo no sabe usarlo para ese fin, o ya lo habría usado así.

Un grito se eleva entre la multitud, pero yo no necesito ese aviso, *sintiendo* la presencia del enemigo a mi espalda. Clavo mi daga hacia atrás, notando cómo hace contacto, y acto seguido me vuelvo, lanzando el cuchillo que le he arrebatado mientras retrocede gravemente herido.

El emperador cae de rodillas, los ojos ya vidriosos. De su bajo vientre sale algo que parece sangre verde debido al profundo corte que le he asestado con mi daga, pero su tercer ojo ha sido cegado para siempre con su propio cuchillo. Instantes después, se derrumba en el suelo, y yo hago una mueca. No me gusta matar, pero fue él el que insistió en luchar hasta la muerte.

Un enorme murmullo recorre la muchedumbre, y de pronto

todos se postran ante mí. Supongo que, según sus costumbres, yo soy ahora su emperatriz. Sin embargo, yo no creo que la manera correcta de subir a un trono sea matando a su anterior ocupante. Bueno, los Krogan lo hacen, mas yo no tengo por qué estar de acuerdo con esa práctica.

Le hago un gesto a los delegados para que se acerquen y bajan precipitadamente de su tribuna para venir corriendo hasta donde estoy. Supongo que a Groar se le erizarían todos los pelos del cabello al ver el peligro que ello supone, suponiendo que tuviese pelo, claro. Sin embargo, a decir verdad, a mí no me preocupa mucho. Si me intentasen atacar, yo simplemente me teletransportaría a mi *Coracero*, y a ver quién es el guapo que podría entonces conmigo.

Los representantes de las diferentes especies van llegando, y se tiran literalmente a mis pies. Yo hago una mueca de desagrado. Esto demuestra la clase de ser que era
Zui'Án'k-Zul.
Yo no pienso que alguien tenga que humillarse ante mí para mostrar respeto.

Les echo un vistazo. La mayoría son raros de narices. Yo ya estoy acostumbrada a extraterrestres bastante extraños, pero la mayor parte de estos se suele salir de lo que es la norma. Hay uno que parece una bola de enormes hojas, con una cabeza parecida a la de una oveja saliendo por delante. Otro parece una enorme campanilla blanca invertida, con pequeños tentáculos en los bordes superiores de la parte ancha de su cuerpo. Si tiene ojos, no me puedo ni imaginar dónde están. Un tercero tiene pinta de… algo así como un caballo terrestre con seis patas, pero no estoy muy segura porque se camufla como un camaleón, y solo puedo distinguirlo porque los que están a su espalda se mueven, y tarda uno o dos segundos en ajustar su camuflaje. Y así debe haber como treinta.

—Glorioso Hijo de los Cielos, Dominador del Universo, Grande entre los Grandes de… —empieza uno de ellos, que supongo que es el más distinguido de todos.

—¡Ya basta! —le interrumpo, apenas capaz de disimular mi cabreo. Nunca he aguantado a los lameculos—. En primer lugar, soy hembra. En segundo lugar… —Frunzo un momento el ceño. A ver, ¿cómo se dice lameculos en Común? No tengo ni idea—. Detesto

que se me intente adular. ¿Sois vosotros los representantes de vuestras especies?

—Sí, gran… —El alienígena se atraganta antes de seguir. Supongo que el anterior emperador tenía una manera bastante brutal de ocuparse de los que le desagradaban—. Lo somos. Como emperatriz de la nebulosa, estamos a tu servicio.

Suelto un taco, que supongo que no entiende ninguno de ellos. ¡Emperatriz de la nebulosa! A buenas horas voy yo a aceptar un trono a cambio de despanzurrar a su anterior inquilino.

—Que os quede claro, antes de nada: Yo no soy vuestra emperatriz.

El ser que ha estado hablando levanta la cabeza del suelo. O las cabezas, porque en realidad tiene dos. Aunque me quedo con la duda: Tiene una cabeza, o algo parecido, con dos cuellos sobre los cuales hay dos protuberancias, cada una con una boca y un ojo. Es una pena que se me haya olvidado mi grabadora, me habría encantado registrar sus datos para mis estudios sobre razas alienígenas.

—Pero si has derrotado al emperador, entonces eres…

—¡Disgusto! —explico mis emociones en Común, dado que lo más probable es que no se hayan enterado del cabreo que tengo. En este idioma tan idiota tienes que expresar tus emociones explícitamente, lo que por otra parte tiene sentido dado que la mayoría de las especies no son capaces de reconocer las de otras—. ¡No soy nada! ¡No quiero ser vuestra emperatriz!

Ahora están levantando las cabezas la mayor parte de esos seres; bueno, aquellos que las tienen, porque si bien algunos casos tienen una e incluso varias, en otros no parecen siquiera tenerla. Con mis poderes, siento su *asombro*. Supongo que están tan acostumbrados que aquí los emperadores se maten unos a otros para conseguir el poder que no les entra en los sesos que yo no esté interesada en el puesto.

—¿Pero no eres la líder de la esfera de sistemas solares que Zui'Án'k-Zul intentó conquistar?

—Soy la reina de uno de esos mundos —explico—. Me eligieron aquellos que habitan ese planeta. Los demás mundos son de la especie Krogan, y tienen a su propio líder. ¡Levantaos!

Obedecen, murmurando entre ellos a base de gruñidos, siseos y silbidos.

—¿No tenéis un líder común para toda la esfera? —pregunta uno que parece una mezcla de flor, pulpo y osito de peluche.

—Pues no —respondo.

Siguen los murmullos; los delegados están claramente sorprendidos por este hecho.

—¿Entonces estáis en guerra?

—Tampoco —me impaciento—. Nos hemos jurado una alianza eterna y sagrada. Nosotros acudiremos siempre en ayuda de los Krogan, al igual que ellos han acudido en ayuda nuestra. Esa flota que rodea vuestro mundo está formada por tres especies, y las tres vivimos en paz.

—¿Tres especies? —inquiere uno, incrédulo—. No tenéis a un único líder ¿y sin embargo vivís en paz?

—Juntos somos más fuertes —explico—. Pero no somos tan inconscientes como para pensar que una sola raza se puede imponer sobre las demás. ¿O acaso estáis contentos con el dominio de los An'k-Zul sobre todas vuestras especies? ¿Disfrutáis de que os estén dictando el qué o no podéis hacer?

Un murmullo recorre el grupo, y muchos se vuelven hacia el demonio de tres ojos que está a un lado, mirándole de soslayo.

—Es la especie del emperador —objeta uno, claramente intimidado.

—Ya no. Ya no hay emperador.

—Entonces… ¿quién será nuestro emperador?

Me encojo de hombros, aunque lo más seguro es que no reconozcan ese gesto.

—¿Y por qué tiene que haber un emperador? ¿Por qué no elegís en cada especie a vuestro propio líder, como ocurre en mi mundo? Zui'Án'k-Zul conquistó vuestros mundos. Ahora ha muerto. Podéis volver a pensar en vosotros mismos, en dirigir vuestro propio destino.

—¡Volveremos a la guerra! —protesta uno—. El emperador trajo muchas desgracias sobre nuestros pueblos, ¡pero al menos teníamos la paz!

—Pues llegad a un acuerdo entre vuestras especies —

recomiendo—. Juntos seréis más fuertes que separados. Si os unís, nadie podrá derrotaros, nadie se podrá enfrentar a vosotros, como no habéis podido derrotar a nuestros pueblos unidos. Pero esa unión no puede ser impuesta; debe ser elegida libremente, o solo retrasaréis la guerra. ¿O acaso creéis que no sé que varios de los aquí presentes estabais planeando una insurrección contra Zui'Án'k-Zul?

Aún siendo extraterrestres, puedo sentir el *miedo* que de pronto les embarga a casi la mitad de los presentes. Me parece que el anterior emperador tenía un modo bastante expeditivo para acabar con los insurrectos, y es bastante obvio que la revuelta de la que me avisaron implicaba a bastante más especies de las que pensaba.

—El que os quisierais o no rebelar me da exactamente lo mismo —indico—. Como ya os he dicho, no quiero ser vuestra emperatriz. No creo que nadie deba dirigir un imperio sometiendo a los pueblos que lo forman.

—¡Pero tú eres reina de un mundo! —protesta uno.

—Porque los pueblos que lo forman me eligieron como tal —repito—. ¿Ves la diferencia?

Cae un pesado silencio, mientras se miran unos a otros. Creo que he logrado descolocarlos del todo. Lo que estoy diciendo es tan extraño para ellos que apenas son capaces de comprenderlo.

—Y entonces… ¿qué hacemos? —pregunta uno al fin.

Me encojo de hombros.

—Eso no es asunto mío. Que cada mundo, cada especie, decida el qué quiere hacer libremente. Puede decidir independizarse. Puede acordar unirse o aliarse con otros. Ahora sois libres. Decidid vuestro propio destino. —Señalo al An'k-Zul, sabiendo que es la especie que más apoyó al emperador en su conquista—. Solo voy a dar una orden: Decreto que durante doscientos microciclos no habrá ninguna guerra, para que todos puedan decidir el qué hacer. Si alguien rompe esa tregua, e intenta atacar a alguien, volveré, y le destruiré.

Veo que el An'k-Zul cambia de color. Supongo que ya estaba pensando en ocupar el trono vacante, o hacer que lo ocupase alguien de su especie. Sin embargo, ahora tendrá que retenerse durante casi seis meses si no quiere que mi cólera caiga sobre él y

su especie. Me imagino que usará ese tiempo para prepararse para la conquista; sin embargo, todas las demás especies tendrán el mismo tiempo para preparar su defensa.

—¡Tu patética flota no podrá con la nuestra! —explota—. Cometimos el error de dispersarla, mas una vez unida de nuevo, ¡no seréis partido para nosotros!

Ups. En realidad, algo de razón sí tiene. Nuestra única ventaja es que nos podemos desplazar en cuestión de minutos o, como mucho, horas, mientras que ellos tardan días o meses. Sin embargo, hay algo que ellos no pueden igualar.

Le señalo, y le levanto hasta una altura de dos metros con mi poder. Él patalea, intentando volver al suelo, y le suelto, haciendo que se pegue un buen trastazo. Entonces, mientras los delegados aún le miran desconcertados, les pego a todos una pequeña toba mental, haciendo que se vuelvan hacia mí.

—Yo no he dicho que fuera a venir con la flota de nuestros aliados —fanfarroneo—. Me basto yo sola, y vuestra patética flota no os iba a servir para nada.

Siento el *pavor* que les recorre cuando se dan cuenta de con quién están hablando.

—Eres el ser que nos liberó del *Coleccionista* —tartamudea uno al fin—. Le derrotaste. Moviste sistemas solares enteros, al igual que lo hacía él, que atrajo a nuestros mundos hasta la nebulosa.

—Así es —confirmo, dejando de lado el hecho de que no podría haberlo hecho sin la ayuda de todos ellos. Estoy intentando acongojarlos, y creo que lo estoy consiguiendo. Hasta el cretino demonio de los

An’k-Zul

me está mirando con verdadero miedo, aún sin incorporarse del suelo. Todos son conscientes de que su flota entera no podría enfrentarse al poder del que hice gala en su momento, y no son conscientes de que ese poder en realidad *no era mío*.

—Con tu poder podrías habernos destruido y arrasado nuestros mundos —balbucea uno—. Podrías habernos convertido en tus esclavos. ¿Por qué no lo has hecho?

Suspiro. No estoy muy segura de que lo entiendan, la mentalidad de estos seres es muy diferente a la mía.

—Porque yo no creo en la conquista, ya os lo he dicho. Y

tampoco creo que esclavizar a otros pueblos sea algo legítimo. —Les señalo—. Durante doscientos microciclos estaréis en paz. Así lo he ordenado. Después podéis vivir en paz, o mataros unos a los otros, como prefiráis. Aunque espero que no seáis tan idiotas de volver a atacarnos, porque entonces me enfadaré de verdad con vosotros.

Me doy la vuelta, bajo al cráter donde está el Coracero, y me subo a mi monstruo acorazado. Despego, e instantes después estoy aterrizando en el hangar del *Viento Solar*.

Groar me está esperando. Puedo ver qué está molesto, ya le conozco lo suficiente para poder detectar sus emociones. Un ser humano estaría frunciendo el ceño, pero las cosas no funcionan así en los Krogan. En ellos, eso se suele expresar extendiendo las garras y enseñando los dientes al tiempo que estrechan los ojos. Tardé tiempo en darme cuenta, Groar no es muy propenso a dejar traslucir sus emociones.

Espera con paciencia hasta que apago los sistemas y me bajo del enorme robot metálico para luego enfrentarme a él.

—Has cometido un gran error —gruñe, fastidiado.

Levanto las ceñas, un poco sorprendida por su regañina.

—¿Un error?

—Sí —masculla—. Debías haber sometido a esos gusanos. Debías haberlos convertido en tus vasallos.

Suspiro. Supongo que mi marido aún no comprende del todo mi manera de ser. Claro que, aun llevando casados casi cuatro años, no puede negar su propia naturaleza Krogan, y las matriarcas Krogan o son elegidas o luchan por el puesto. No hay nada que hacer; ellos son así. Por suerte, puedo usar sus propias enseñanzas contra él.

—¿Se puede gobernar a un pueblo conquistado? —pregunto—. Y si se puede, ¿cuál es la superioridad que debes tener para pacificarlos si no aceptan tu conquista?

Se envara perceptiblemente.

—No se puede —admite a desgana—. No a menos que tengas una superioridad militar aplastante.

—¿Y cuántas tropas se necesitarían para pacificar a ese pueblo sometido? —inquiero.

—Lo sabes muy bien —responde—. Al menos un guerrero por cada treinta habitantes.

—¿Y tenemos nosotros esa superioridad numérica? —pregunto

mordaz—. Su flota nos supera veinte a uno, y su población es al menos dieciocho veces más grande que la de todos los Krogan, Wonurt y humanos juntos.

Rumia mi respuesta durante unos instantes. Puedo notar que está preocupado.

—Entonces estamos en peligro —masculla—. Si no controlas ese imperio, otro lo hará, y esta vez no dividirá sus fuerzas cuando nos ataque.

Zui'Án'k-Zul

era un idiota, mas eso no significa que su sucesor también lo sea.

—Es que no habrá sucesor —sonrío yo.

Me mira como si me hubiese vuelto loca.

—¿Por qué piensas eso?

—Calculo que entre un tercio y la mitad de los pueblos que forman ese imperio estaban a punto de rebelarse contra el emperador. Así que los he animado a independizarse.

—Pero los An'k-Zul…

—No tienen suficiente poder para luchar contra un tercio del imperio, y mucho menos contra la mitad. No tienen suficiente superioridad militar. Y en el momento que intenten lanzar una guerra…

—Su flota se disgregará en facciones —comprende—. Por lo que vimos, las flotas no tienen tripulaciones mixtas, sino que cada nave está poblada por una especie diferente. Que, por supuesto, respaldará a su propia raza. —Me mira con ojos brillantes—. Y tú les has forzado a mantenerse en paz durante doscientos microciclos. Tiempo suficiente para que las diferentes especies se den cuenta de que pueden gobernarse a ellas mismas. Si además cada una de ellas tiene una flota que le es fiel…

—El imperio se disgregará —concluyo yo—. Si los

An'k-Zul

intentan reconquistarlas, los demás se unirán contra un enemigo común.

Entonces enseña los dientes en una sonrisa.

—Un plan brillante.

Sonrío a mi vez. En realidad, no fue planificado, pero no nos viene nada mal que a costa de ello nos deshagamos de un imperio expansionista que nos amenazaba.

—Tú me enseñaste.

—Y has aprendido bien. Pero… ¿y si te has equivocado? Siempre hay que tener un plan de respaldo.

Me encojo de hombros.

—Tenemos que darle el secreto de las armas de fase también a Wonurt y Krogan —indico—. Necesitaremos mantener una supremacía tecnológica aplastante si ese imperio no se disgrega y vuelve a atacarnos. Las armas de fase y el Salto de Pulso nos darán esa supremacía. Si eso no bastase, podríamos incluso darles el escudo de los Tloc. Tenemos al menos doscientos treinta microciclos para prepararnos. Posiblemente más.

Entonces, para mi sorpresa, Groar se lleva la garra al pecho y se inclina ante mí.

—La alumna ha honrado al maestro —me dice—. Y es un honor poder decir que no solo eres ya mi

Art'Ana,

sino un maestro de armas por derecho propio que merece mi respeto como tal. —Enseña los dientes, en una sonrisa, y se vuelve a inclinar—. Un guerrero siempre reconoce a otro guerrero, y un maestro reconoce a otro maestro.

—Tú me enseñaste —repito.

—Y es un orgullo para mí poder decir que has igualado y quizás incluso superado a tu maestro —responde.

Hace intención de inclinarse de nuevo, y yo me acerco a él y le abrazo. Parece dudar un momento, y luego me rodea con sus enormes brazos.

—El día que traiga al mundo tu cachorro —le susurro—, espero que le enseñes igual de bien que me has enseñado a mí.

Levanto la mirada hacia él, y clavamos los ojos uno en el otro. Entonces asiente, y yo también lo hago. Los dos sabemos que lo hará. Y de alguna manera *sé* que uno de mis hijos lo será también de Groar.

—Luchaste bien —dice, y sé que el momento tierno ha acabado —. Luchaste con honor. Estoy orgulloso de ti.

Siento que me sonrojo. Groar no suele hacer muchos halagos, y ya lleva unos cuantos impresionantes.

—Tuve un magnífico maestro.

—*Bueno…* —dice Stefan por el altavoz. Le noto algo

molesto, pero igual es que no le ha gustado que le diga a Groar que espero tener un hijo suyo algún día—. *Si ya habéis terminado los arrumacos y echaros flores la una al otro, ¿qué tal si subís al puente y nos decís el qué hacemos, ya que Tanit no quiere ser la emperatriz de esa pandilla que nos atacó?*

—Despegamos y volvemos a casa —respondo, soltando a mi enorme marido.

—*No sé si los Krogan van a estar de acuerdo* —masculla—. *Después de todos, nos atacaron.*

—*El razonamiento de Tanit me parece correcto* —replica desde su nave insignia—.

Na-Lei

Este imperio ya no será un peligro para nosotros. Sin embargo, si compartimos la tecnología de las armas de fase entre humanos, Wonurt y Krogan, nuestra superioridad militar será tan abrumadora que no podrán jamás conquistarnos. Ordenaré el regreso de la flota Krogan. Tenemos que prepararnos, por si Tanit se hubiera equivocado.

Groar pone una garra sobre mi hombro, enseñando los dientes en una sonrisa.

—No creo que se equivoque. Nuestra

Art'Ana

ha conseguido una victoria decisiva, sin tener que embarcarnos en una guerra larga y costosa donde muchos Krogan habrían muerto.

—*Entonces, ¿despegamos?* —pregunta Irina.

—Despegamos —respondo—. Volvemos a casa.

Y así lo hacemos, aunque Groar y el *Narl-Narl-En* de los Krogan lanzan millares de minúsculas sondas por todo el sistema solar antes de realizar el salto de Pulso de regreso. Es una precaución básica: Si este imperio no se desintegra y vuelve a reunir la flota, esas sondas lo detectarán. Como además solo conoce la propulsión de Pliegue, tendremos meses de preaviso a un nuevo ataque. Nuestros maestros de los maestros no son unos aficionados.

Regresamos a casa y le explicamos a Tara que todo ha acabado. Sigue algo molesta conmigo por dejarla atrás, pero tampoco teníamos muchas opciones: Alguien se tenía que quedar con los niños, y la unidad móvil de Irina no funciona si no está cerca de nuestra nave. En fin, supongo que ya se le pasará el enfado.

Por cierto, Groar toma el *Viento Solar* y con Irina realiza una incursión en todos los sistemas solares que hay en la nebulosa, justo el tiempo suficiente para lanzar sus sondas espía. Aunque hay casi doscientos soles allí, no le lleva más que unos cuantos días su misión de espionaje, puesto que con el Salto de Pulso saltar de un sistema solar a otro en la mayoría de los casos apenas supone minutos de viaje.

—Está hecho —me reporta cuando regresa—. Cualquier movimiento que hagan será reportado al instante.

—¿Y no puede destruir las sondas? —pregunto yo, preocupada.

Enseña los dientes en una sonrisa.

—Por supuesto que no. Aparte de que hemos lanzado miles de sondas, son demasiado pequeñas. Mientras no emitan, son prácticamente indetectables. No te preocupes, estamos bien protegidos.

—Muy bien —suspiro—. Lo dejo en tus manos.

Y efectivamente, no me vuelvo a preocupar por ese tema. Como si una reina no tuviese ya de por sí suficiente trabajo. Es más, tengo que autorizar y acordar con las tres especies que forman mi reino cómo aumentar nuestras defensas. Por desgracia, el presupuesto disponible tampoco es muy grande, así que tengo que suplirlo yo con los fondos del clan. Bueno, es una burrada de dinero, pero ni siquiera hemos gastado un tercio del dinero que queda de lo que nos pagaron en su día los Tloc, y eso que nos robaron una gran parte de él.

Por suerte, el complejo de gobierno y los tres templos del Recuerdo que estábamos construyendo se terminan pronto, así que podemos derivar las impresoras de construcción a los nuevos sistemas de defensa planetaria. Al cabo de poco más de un mes, Groar me viene a reportar que ya no tenemos ningún punto ciego en nuestra defensa.

—Supongo que eso no significa que estemos totalmente protegidos —mascullo.

Se ríe.

—Ké, ké, ké… Por supuesto que no, como bien sabes. Solo significa que podemos defendernos muy bien. Cualquier flota que intente atacarnos tendrá unas bajas espantosas, nuestros centros de defensa ahora tienen cañones de fase.

—Y me imagino que los Krogan también los están construyendo.

—Por supuesto —me indica—. Si el imperio nos volviese a atacar, pagarán un precio altísimo por hacerlo. Pero no hace falta que te preocupes: Tu plan tuvo éxito.

Yo le miro, perpleja.

—¿Mi plan? ¿Qué plan?

Enseña los dientes en una feroz sonrisa.

—Tu plan para disgregar el imperio enemigo. Las flotas que nos atacaron volvieron a su origen hace unos microciclos. Sin embargo, los sensores que dejamos indican que la flota enemiga, en vez de agruparse, se está disolviendo.

—¿Disolviendo?

—Las naves se están dispersando, poniendo rumbo a otros planetas en la nebulosa. Tenías razón: Las diferentes especies están reclamando a las naves tripuladas por miembros de su raza que regresen a sus planetas natales. El imperio se está descomponiendo; todos quieren protegerse contra todos los demás.

Resoplo de alivio.

—Pues menos mal. ¿Entonces ya estamos a salvo?

Hace ese gesto tan raro que tiene su especie que en un humano sería encogerse de hombros.

—Yo no diría eso, pero es muy improbable que puedan volver a unirse. Pienso que les llevará ciclos enteros llegar a un acuerdo entre dos o más especies. ¿Pero treinta y seis? Lo veo imposible. En el mejor de los casos, tardarán décadas.

—¿El qué llevará décadas? —pregunta
Na-Lei,
que está entrando en ese momento en el nido.

Groar se lo explica, y ella se queda rumiándolo.

—Es una excelente noticia —comenta al fin—. Sin embargo, no podemos bajar la guardia.

—Por supuesto que no.

Entonces ella le mira.

—¿Supongo que lo sabe también el *Narl-Narl-En* Krogan?

El otro se ríe.

—Sería estúpido si no lo supiese, y
Rol'Grun
no es un estúpido. Le di acceso a las señales de todos nuestros

sensores, mas resulta que él también había sembrado sensores alrededor de los planetas enemigos.

Na-Lei asiente, claramente satisfecha

—Perfecto. Entonces iré a reportárselo a la Asamblea de las Matriarcas. —Se vuelve hacia mí—. Tanit, en estos momentos no tengo ninguna nave disponible. ¿Podría el *Viento Solar*…?

Asiento.

—Por supuesto. Irina te llevará a
Art'Krogan.

—Muy bien. No hace falta que me espere, igual tardo más que en un viaje normal. Hay algunas cosas que tengo que arreglar allí.

Levanto las cejas al oír eso. Aunque viaja allí con mucha frecuencia, es bastante raro que mi coesposa esté más de dos días en su propia capital.

Sin embargo, Na-Lei tarda nada menos que cinco días en regresar. Aunque me empiezo a inquietar por su ausencia, cuando regresa no parece preocupada sino más bien desahogada.

—¿Qué tal te ha ido? —pregunto nada más verla.

—Estupendo. —Y luego, sin más rodeos, me espeta—: He dimitido como la
Art'Ana
Krogan.

Se me cae la mandíbula de la sorpresa.

—¿Es una broma?

A decir verdad, parece incluso aliviada cuando responde.

—No, es cierto.

—Pero… pero… ¿por qué?

Suelta un bufido.

—Pues porque las matriarcas y yo hemos estado discutiendo un asunto que afecta a toda la especie sobre el cual no estábamos de acuerdo. Había mucha oposición. Por supuesto, podía haber desafiado a las matriarcas que se oponían, mas eran demasiadas, y de todas formas el tema era tan importante que no se podría imponer mediante un duelo.

Me quedo mirándola extrañada.

—¿Puedo preguntar qué es eso tan importante?

Entonces ella hace ese gesto tan extraño que tiene los Krogan, mitad negación y mitad afirmación, para negar algo.

—No, no puedes. Eso es algo que solo incumbe a nuestra especie. Podría haberte afectado a ti, pero ya no.

Me deja intrigadísima, pero sé que no puedo preguntar, no cuando es algo que ella considera que solo afecta a su especie. Aunque me pregunto en qué podría haberme afectado a mí. Algo muy raro está pasando, mas por desgracia me parece que mi coesposa no va a soltar prenda.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Entonces enseña los dientes en una sonrisa.

—Tendré mi cachorro, y me dedicaré a mi nido. Siempre quise hacer eso. Al igual que tú, Tanit, yo nunca he deseado el poder. Si me convertí en la

Art'Ana

de los

Reigh-Len

fue para salvar a mis hermanas. Si después me convertí en la

Art'Ana

de los Krogan, fue para salvarte a ti. Nunca fue porque quisiera gobernar a nadie. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento. Efectivamente,

Na-Lei

no es de ese tipo. Aunque, a decir verdad, mandar le es tan natural como respirar; sin embargo, no pretende convertirse en la líder de todo. Mientras ha pertenecido a nuestro nido, ha sido leal y ha obedecido mis órdenes sin rechistar, sin cuestionar ni una sola vez mi autoridad. No, ella desde luego que no desea el poder.

Durante los siguientes días nos relajamos, disfrutando de la presencia de nuestra coesposa.

Na-Lei

estaba siempre demasiado ocupada, y creo que ella más que nadie saborea el haber abandonado el gran número de deberes que debía atender. Sus dos hermanas desde luego que agradecen su presencia. Después de todo,

Na-Lei

no solo es su hermana, sino que durante años ha ejercido el papel de madre. Les encanta tenerla para ellas solas. Bueno, aunque sea compartiéndola con sus nuevos hermanos.

Sin embargo, al cabo de una semana, empiezan a aterrizar una

nave tras otra en el espaciopuerto que hay a unos pocos kilómetros de nuestras ciudades. Normalmente hay bastante tráfico, con naves despegando y aterrizando, pero desde una de las terrazas de palacio observo que están aterrizando cientos de naves. Por lo que veo, son todas Krogan. Esto es muy raro. Normalmente el tráfico de naves es de una o dos al día, a veces incluso tres, pero desde luego no varios cientos.

—*¿Qué es lo que está ocurriendo, Groar?* —pregunto a través del enlace que une a nuestro nido, siendo consciente de que ese trajín no se le puede haber pasado inadvertido.

—*No lo sé* —responde—. *Sin embargo, Defensa Planetaria ha recibido una solicitud de que recibas a la Asamblea de las matriarcas.*

Frunzo el ceño. ¿La Asamblea quiere que la reciba? Eso es muy extraño. Si los Krogan fueran una democracia, la Asamblea sería equivalente a su Parlamento. Claro que su sistema político es algo muy diferente a lo que tenemos los humanos.

—*¿En serio?*

—*Afirmativo.*

Miro hacia el espaciopuerto. Tienen que haber venido *cientos* de matriarcas, y eso suponiendo que haya venido solo una por cada nave. No sé cuántas matriarcas hay exactamente en la especie Krogan, pero creo que son del orden de dos mil. Viendo el número de naves que hay a lo lejos, podría ser que hayan venido absolutamente todas, lo cual es bastante extraño. Las reuniones de la Asamblea tienen normalmente lugar en el *Templo de la Tregua* en
Art'Krogan.
No recuerdo que jamás se hayan reunido en ningún otro lugar.

Está empezando a anochecer, con lo cual organizar una reunión hoy es un poco precipitado. Además, siguen llegando naves, y no sé cuántas más tienen que venir.

—*De acuerdo, que Defensa Planetaria informe de que las recibiré mañana a mediodía, una vez que hayan podido descansar del viaje.*

—*No tienes una sala lo suficientemente grande* —*protesta*—. *Bueno, salvo el salón del trono.*

—*Entonces las recibiré allí.* —Reflexiono un instante. Sea lo que sea lo que las traiga aquí, debe ser importante, así que

supongo que debo informar a los líderes de las especies que forman mi reino—. *Irina, informa de la reunión a Jaime Sierra, a Gre'Loaya*
Ura'An.

—*Ahora mismo, Tanit.*

Sacudo la cabeza, perpleja, y me voy al nido, a hablar con Na-Lei.

La encuentro descansando después de jugar con los niños. Estando embarazada, se cansa mucho más rápido, y los niños son a veces agotadores. Tanto ella como Tara se quedan perplejas cuando les cuento lo que está ocurriendo.

—¿No sabes para qué han venido?

Mi coesposa parece reflexionar un instante.

—Podría ser… —Luego hace un decidido gesto de negación—. No, no tiene sentido. Ellas lo rechazaron de plano.

—¿El qué? —pregunto, algo mosqueada.

—No tiene mayor importancia —responde—. De todas formas, no puede ser eso, así que no me puedo imaginar lo qué quieren.

Intento sonsacarla, mas se levanta y anuncia que va a salir a dar un paseo. Miro a Tara, y esta hace un gesto de impotencia. Está claro que nuestra coesposa no está por la labor de contarnos nada. En fin, supongo que ya nos enteraremos.

Al día siguiente, algo antes de mediodía, yo ocupo mi trono. Mis tres primeros ministros están en sus asientos, en un lateral, y el nido al completo —incluyendo los niños— están en el balcón a mi izquierda. Entonces se abren las puertas del fondo, y entran las matriarcas.

Son un montón, tantas que ocupan todo el ancho del enorme salón, y, aun así, forman al menos cuarenta o cincuenta filas. No debo equivocarme si digo que prácticamente la totalidad de las matriarcas de esta especie ha debido venir a verme. Esto es muy pero que muy raro. No sé por qué, mas esto me da muy mala espina.

Me levanto de mi trono cuando están a solo unos veinte o treinta metros y se detienen. Entonces me llevo el puño al pecho, en señal de respeto, y me inclino en su dirección.

—Bienvenidas, hermanas. Es un placer y un honor acoger hoy a la Asamblea de las matriarcas en *Nueva Tierra*. Hablad libremente,

pues vuestras palabras siempre encontrarán respuesta en mi presencia.

Todas a una se llevan las garras al pecho, y se inclinan a su vez. Entonces entre ellas avanza hasta la primera fila una Krogan con una túnica verde. La reconozco: Se trata de
Noih'Ros,
la sacerdotisa suprema.

—Honorable *Lei-Tar* —comienza la sacerdotisa—. Te rogamos que disculpes que hayamos venido a tu reino sin anunciarnos primero, mas hay un asunto grave que quisiéramos discutir contigo.

Respiro de alivio. Si habla la sacerdotisa, entonces es que no se trata de algún tipo de problema con los Krogan sino de algo que nos puede beneficiar a todos, o en caso contrario habría hablado una de las matriarcas o la emperatriz, si es que ya han elegido una nueva. Le hago un gesto para que siga hablando.

—Siempre estoy dispuesta a hablar con mis hermanas,
Noih'Ros.
Te ruego que me digas en qué os puedo ayudar.

Su mirada se eleva hasta el balcón desde el cual nos está observando mi nido.

—Si no te importa, desearíamos hablar primero con
Na-Lei.

Alzo las cejas, sorprendida, pero también un poco mosqueada. ¿Acaso se han enfadado tanto con ella que quieren matarla? No, no tiene sentido. Todas ellas saben que mi esposa está embarazada, y sería muy deshonroso matarla en su estado.

—¿Queréis hablar con ella a solas?

—No es necesario. De hecho, será conveniente que sepas lo que queremos decirle.

Vaya, eso sí que es raro. Intercambio una mirada con
Na-Lei.
Ella parece tan confundida como yo, así que le hago un gesto para que baje.

—Por favor, ven aquí con nosotras, hermana mía.

La Krogan hace un gesto de asentimiento y desaparece del balcón, mientras yo me siento en mi trono. Al cabo de un minuto entra por la puerta que hay un poco por detrás de mí y se coloca a mi lado.

—¿Qué desea la Asamblea de mí? —pregunta.

Las matriarcas se inclinan y la sacerdotisa se dirige entonces a mi coesposa.

—La Asamblea de las matriarcas hemos discutido durante muchos microciclos la extraña propuesta que nos hiciste. Te honra que, al ver que la Asamblea no estaba de acuerdo con lo que proponías, dimitieses. Con ello has demostrado tu honor, en eso estamos todas de acuerdo. Sin embargo, después de mucho debatir, hemos llegado a la conclusión de que tenías razón. Es por eso que la Asamblea te pide que vuelvas a ocupar el puesto de

Art'Ana

Krogan.

Na-Lei se vuelve hacia mí, mirándome sorprendida. A decir verdad, yo estoy tan confusa como ella. ¿A qué viene todo esto? ¿Qué es lo que está pasando?

—¿Aceptáis entonces mi propuesta? —pregunta, dirigiéndose hacia la Asamblea.

Las matriarcas se inclinan todas profundamente.

—La aceptamos, y te rogamos que también aceptes de nuevo el puesto que tanto has honrado —contesta la sacerdotisa.

Mi coesposa me mira un instante, y luego inspira hondo.

—Muy bien. —Avanza unos pasos en dirección a las matriarcas, para acto seguido volverse e inclinarse ante mí—. Honorable

Lei-Tar…

—comienza—. En esta guerra que hemos luchado juntos, hemos descubierto que, aunque seamos aliados, no estamos totalmente unidos.

Gra'Loa

y los Krogan que viven en este mundo tienen lealtades divididas, puesto que por un lado pertenecen a nuestra especie y le deben obediencia a la

Art'Ana

Krogan, mas por otro lado también te deben lealtad a ti. Nuestras flotas combinadas también tienen dos líderes, y eso no puede ser si queremos enfrentarnos a un enemigo poderoso como ese imperio que nos ha amenazado.

Hago una mueca. ¿Me he equivocado con

Na-Lei?

¿Quiere que yo ahora me someta a los Krogan? Eso no puede ser: Ni humanos ni Wonurt iban a aceptarlo.

La nueva emperatriz parece comprender lo que estoy pensando, porque enseña los dientes en una sonrisa.

—A fin de evitar esta situación en el futuro, creemos que los Krogan de tu mundo deben solo responder a la

Art'Ana

de su propia especie.

Entonces supongo que ya no sé ocultar mi cabreo. ¿Pero se puede saber qué es lo que pretende? ¿Cómo voy a tener yo en mi planeta a una especie que no acepte mi autoridad? Eso es una receta para el desastre. Sin embargo, mi coesposa sigue hablando.

—En esta guerra que hemos librado, lideraste nuestras fuerzas, y lograste vencer a nuestro enemigo en uno de los combates más honorables que hemos visto en mucho tiempo. Y después, solo con tus palabras, destruiste el imperio que nos amenazaba. Los Krogan sabemos que, aunque disponíamos del Salto de Pulso, en una guerra contra el imperio de la nebulosa seguramente habríamos sido derrotados. Nuestro valor y nuestro honor seguramente no habrían sido suficientes para vencer.

Para mi sorpresa, un murmullo de asentimiento surge de las matriarcas. Bueno, el número del ejército enemigo es abrumador, pero jamás pude pensar que unas Krogan se fueran a achantar ante fuerzas muy superiores. Entonces recapacito. No se están achantando, ellos no son así. Si fuera necesario, lucharían hasta la muerte, mas saben que sería un sacrificio inútil. Ellas son valientes, no suicidas.

—Es por eso que los humanos os han entregado el secreto de las armas de fase —intervengo, aún no muy segura de qué es lo que pretende

Na-Lei—.

Con ellas y el Salto de Pulso, tendremos juntos una ventaja tecnológica decisiva.

—Es cierto —asiente ella, aunque sabe perfectamente que no han sido los humanos sino nuestro nido quien ha compartido esa tecnología—. Aún así, nuestros mundos estarían en peligro, y miles de millones de Krogan morirían hasta que lográsemos imponernos. Tú, en cambio, sembraste la destrucción de ese imperio, animando a

sus especies a separarse de él. Eliminaste esa amenaza, al igual que acabaste con la amenaza del *Coleccionista*, que tenía los poderes de un dios. Nos salvaste a todos.

—Tenemos una alianza sagrada —mascullo, un poco turbada por el halago—. Es mi deber apoyar a nuestros aliados. Pero todos me ayudasteis a detener al *Coleccionista*. Lo sabéis. Compartisteis mi mente para poder hacerlo.

Entonces Na-Lei se inclina, y las matriarcas la imitan.

—Lo sabemos. Y cuando lo hicimos, todos los Krogan descubrimos que no solo eres honorable y valiente, sino también justa y sabia. *Sabemos* cómo eres, pues hemos compartido tu mente. Y es por eso que los Krogan pedimos unirnos a tu reino, aceptándote como nuestra reina al igual que hacen Wonurt y humanos. Así no habrá lealtades divididas, pues las tres especies nos convertiremos en un solo pueblo, y juntos te aceptamos como soberana.

Por poco me atraganto. ¿Pero qué está diciendo? ¿Que toda la especie Krogan quiere unirse a mi reino? Tardo casi un minuto en reaccionar.

—¿Qué? ¿Habláis en serio?

Na-Lei me mira, incrédula ante mi reacción.

—¿Acaso no lo estoy pidiéndolo en nombre de la Asamblea de las Matriarcas y en presencia de nuestra sacerdotisa suprema?

Cierro la boca cuando me doy cuenta de que estoy con ella abierta. Entonces echo un vistazo hacia los tres asientos que hay en un lateral.

Gra'Loa,

como líder de los Krogan de *Nueva Tierra*, está imperturbable. Supongo que ella estaba al tanto. La representante de los Wonurt,

Ura'An,

está claramente confusa. Jaime Sierra, mi primer ministro humano, también está con la boca abierta. Entonces reacciona, se levanta y se inclina en mi dirección.

—Majestad, en nombre de la especie humana, le recomiendo que acepte la unión de nuestras tres especies.

Ura'An duda un instante; *siento* que está consultando a toda su especie a través de la mente colectiva que comparte. Así, cuando se levanta y se inclina a su vez, sé que habla en nombre de todo su

pueblo.

—Al igual que los humanos, los Wonurt creemos que debemos acoger también a nuestros aliados Krogan, para formar juntos un único pueblo.

Suspiro. Está visto que ellos lo tienen claro. Sin embargo, yo ni loca me voy a poner a gestionar a casi cien mil millones de Krogan. Vamos, es justo lo que faltaba.

Me levanto despacio, inspiro hondo y me dirijo a las matriarcas.

—Es un enorme honor que un pueblo tan honorable como los Krogan desee formar parte de mi reino, y es con gran satisfacción y humildad poder darle la bienvenida. Sin embargo, en este reino siempre hemos creído que las diferentes especies deben poder gobernarse ellas mismas, y que el papel de la reina es arbitrar y dirigir en aquellos casos donde varias o todas ellas estén afectadas por un mismo problema. En consecuencia, la

Art'Ana

Krogan seguirá dirigiendo a los Krogan, y yo no interferiré en su gobierno.

Na-Lei y las matriarcas se inclinan todas a la vez. Puedo ver en sus rostros que están satisfechas. Aunque ya saben cómo funciona mi reino, necesitaban oírlo de mi propia boca.

Yo inspiro hondo, miro a la Asamblea y añado:

—Para los asuntos locales en *Nueva Tierra*, habrá un representante humano, una Wonurt y una

Art'Ana

de los Krogan que representen a los habitantes de este mundo. Sin embargo, para aquellos asuntos que afecten a las tres especies, la

Art'Ana

Krogan, la *waku* Wonurt y el primer ministro humano me ayudarán a decidir qué es lo mejor para todos nuestros pueblos. ¿Estáis de acuerdo?

Todos —incluyendo el primer ministro y la dirigente de los Wonurt— se inclinan a la vez, saludando con respeto.

—¡Sí!

Soy yo entonces quien se lleva el puño al pecho en señal de respeto y se inclina ante las matriarcas.

—En ese caso, acepto el honor que me ha sido ofrecido.

Bajo las escaleras que llevan a mi trono y me mezclo entre las

matriarcas. Por supuesto, conozco a muchas de ellas, aunque a decir verdad me siento un poco insignificante entre tanto Krogan. La que menos me saca sesenta centímetros, y muchas de ellas se alzan casi un metro sobre mí. Sin embargo, todas ellas me saludan con respeto, y yo respondo a su saludo de la misma manera.

Tardo cinco o seis horas en saludarlas a todas e intercambiar al menos unas frases de cortesía. Ha debido venir toda la Asamblea, y por supuesto todas quieren estar conmigo al menos uno o dos minutos. Procuro ser justa con el tiempo que les dedico a todas, mas lo cierto es que al final las matriarcas de los clanes que solo tienen unos pocos millones de miembros reciben menos atención que las que tienen miles de millones. Quizás sea un poco injusto, pero la vida es así.

—Podías haberme avisado —le digo un poco mosqueada a Na-Lei cuando al final del día volvemos al nido.

Ella hace ese gesto raro que en los Krogan es como encogerse de hombros.

—Cuando dimití, pensé que mi propuesta no sería jamás aceptada, así que no tenía ningún sentido informarte.

Bufo, incapaz de ocultar mi fastidio.

—¿Y por qué hiciste esa propuesta? ¡Como si no tuviese ya suficientes problemas!

Entonces se ríe.

—Tanit, no es solo que efectivamente teníamos una doble lealtad. Mi temor era que los Krogan de *Nueva Tierra* con el tiempo olvidasen sus raíces, y se alejasen de sus hermanos. No quiero que la raza de los Krogan se divida. —De pronto me mira, toda seria—. Por otra parte, estás creando una manera de convivir entre nuestras tres especies que es única. No se recuerda algo así en toda nuestra historia, ni en la de ninguna otra especie. Deseaba que los Krogan fuesen partícipes de tu creación. —Coloca la garra sobre su vientre, que ya empieza a mostrar su embarazo—. Y supongo que también influyó que esté esperando un cachorro medio humano. No me bastaba que fuésemos aliados. Quería que todos fuéramos un mismo pueblo, porque así mi cachorro no tendrá que dividir tampoco sus lealtades.

En ese momento nos encontramos con el resto del nido. Los

niños saltan al instante a abrazarme, y por supuesto tengo que besarles a todos.

—Anda que no eres popular —se burla Stefan—. Hasta los Krogan han caído ante tu encanto.

—Ja, ja, ja —mascullo, intentando darle un capón, mas mi marido se escabulle antes de que pueda hacerlo—. Muy divertido.

—A decir verdad, era bastante lógico —proclama Tara, acercándome a sus dos pequeños monstruitos para que también los bese—. Lo que me extraña es que la Asamblea de las matriarcas tardase en ver los beneficios.

—¿Lógico?

—Tú misma lo dijiste cuando hablaste con las diferentes especies del imperio de la nebulosa, Tanit —explica Groar—. Juntos somos más fuertes. Sin embargo, un imperio establecido por la fuerza es mucho más inestable que uno donde los pueblos que lo forman se han unido voluntariamente.

Hago una mueca.

—¿Así que ahora soy emperatriz?

Stefan suelta una risita.

—Llámalo como quieras. Reina. Emperatriz. Jefa. Mandamás. La *Número Uno*. Esa eres tú.

Esquiva otra vez el capón que quiero darle, y suspiro.

—Maldita la gracia.

—No te quejes. Na-Lei te va a descargar de la mayor parte de tus problemas.

Vuelvo a suspirar, pero la verdad es que mi marido tiene razón.

—Supongo que sí.

—Y además todo se queda en casa —se chotea—. En el nido, quiero decir.

Sacudo la cabeza. Este chico es imposible, pero por eso le quiero tanto.

Volvemos al nido, cenamos, y luego acostamos a los niños. Aunque los demás se quedan hablando un rato para discutir esta nueva situación, yo me acuesto con los pequeños. Estoy reventada por todo lo que ha ocurrido.

En mitad de la noche vuelve a sonar la alarma. Al instante estamos todos despiertos, y echamos manos a los escondites de las armas al tiempo que abrimos los refugios para los niños.

—¿Qué ocurre ahora?

Groar está escuchando en su receptor el informe de Defensa Planetaria y hace un gesto en mi dirección.

—Treinta y seis naves desconocidas acaban de entrar en nuestro sistema con un movimiento de Pliegue. No parece que vayan armadas, pero mejor no nos arriesgamos. ¿Puedes detectar si hay otras naves en camino?

Cierro los ojos, explorando la cuarta dimensión, buscando el tipo de distorsión en el espacio-tiempo que mostraría el avance de una flota usando ese método de propulsión. Sin embargo, no detecto ninguna anomalía en el continuo espacio-tiempo en
años-luz
a nuestro alrededor.

—No detecto nada.

Groar gruñe algo.

—De acuerdo. Volved a dormir. Yo me ocupo.

Dejamos otra vez las armas en sus escondites, bloqueándolas, y hacemos que los niños se vuelvan a echar mientras Groar se viste y sale del nido. Yo sin embargo me quedo un rato despierta. ¿Qué narices está pasando? Sin embargo, no tengo esa sensación de peligro que me avisa siempre, y al cabo de un rato termino por dormirme.

Cuando me despierto, Groar está dormido a mi lado. Sin embargo, cuando vuelvo del baño, ya se ha enderezado y también se está desperezando el resto de la familia.

—¿Algo que tenga que saber? —pregunto.

—Sí —gruñe—. Ha llegado una delegación de todas y cada una de las especies del imperio de la nebulosa. Quieren entrevistarse contigo, no me han querido decir para qué. No te preocupes, todas sus naves están desarmadas, y las tengo bajo vigilancia.

Parpadeo, perpleja.

—¿Qué es eso de que quieren entrevistase conmigo?

—Me has oído. He permitido que aterricen en el espaciopuerto, pero no les he autorizado a desembarcar. Las naves de las matriarcas que aún no han regresado los vigilan.

Saco mi desayuno de la máquina cocinera, mientras reflexiono.

—Muy bien —concluyo—. Los recibiré en el salón del trono a mediodía.

¿Na-Lei?

Mi coesposa levanta la cabeza de su propio desayuno.

—¿Sí?

—Quiero que representes a los Krogan cuando los reciba.

Ella hace un gesto se asentimiento.

—Muy bien.

—Invita también a las matriarcas Krogan que aún no se han marchado, por si quieren asistir.

Parece complacida.

—Eso será muy bien recibido.

—Lo sé. Irina, invita también a Jaime Sierra y a
Ura'An,
para que representen a las otras dos especies.

—*Afirmativo* —contesta nuestra IA por el altavoz.

Reflexiono un instante.

—¿Podríamos cambiar sus asientos y colocarlos al lado del trono? —pregunto.

—Ya lo pillo —interviene Stefan—. Quieres que los visitantes vean delante de ellos a todas las especies que representas.

Frunce el ceño.

—En la plataforma donde está tu trono no cabrían —masculla—. Mejor los colocamos delante de ti.

—Entonces no podré verlos —protesto.

—Ni falta que hace —replica—. Pero así esos tipos verán claramente que las tres especies lucharán por ti.

—Me parece correcto —interviene
Na-Lei,
y con eso la discusión está cerrada, puesto que su especie supone prácticamente la totalidad de mi reino.

—Está bien —suspiro—. Groar, ¿alguna medida por si han introducido armas?

—No te preocupes —gruñe, divertido—. Tu trono tiene un escudo Tloc oculto, que cubriría también a los líderes de las tres especies. También hay armas automáticas que te defienden; Irina las controla. Ahora bien, dado que no son muy evidentes, posicionaré algunos guerreros Krogan.

—No —le contradigo yo—. Que sean Krogan, humanos y Wonurt a partes iguales.

Me mira un momento dubitativo, y luego hace un gesto de asentimiento.

—Comprendo el mensaje que quieres transmitir. —Se levanta, una vez devorado su desayuno—. Yo me ocupo.

Unas horas más tarde, los líderes de las tres especies y yo nos juntamos en el salón del trono, mientras una línea de guardias de las tres especies se está formando a cierta distancia entre nosotros y el resto de la sala.

—No sé qué es lo que pretenden —explico a mis primeros ministros—. Es por eso que prefiero que presentemos un frente unido. Si tenemos que hablar algo, hablemos en español. No creo que lo entiendan.

—Muy bien, Majestad.

Entran las matriarcas Krogan que aún permanecen en el planeta, y
Na-Lei
las invita a colocarse detrás de los guardias, al lado de las paredes. No hay muchas, poco más de cincuenta, pero *siento* su aprecio por haber sido invitadas. Todas se llevan la garra al pecho, en señal de respeto, y los cuatro respondemos de la misma manera. Yo las observo: Son precisamente las matriarcas más importantes; supongo que si no se han ido era porque
Na-Lei
quería conferenciar con ellas. Bueno, yo no me meteré en sus asuntos internos, suficientes problemas tengo yo que resolver.

Entran los delegados; son como setenta, así que supongo que es que vienen dos por cada especie. Se acercan a través de la enorme sala del trono, en la cual caben en realidad miles de personas. Deben estar impresionados, al igual que lo estuve yo la primera vez que entré por donde lo hacen ellos. El arquitecto que diseñó esta sala utilizó todos los trucos ópticos que te puedes imaginar para hacer que parezca más grandiosa, pero por otra parte jugó con las dimensiones de tal forma que yo y los que están a mi alrededor parecemos mucho más grandes de lo que somos en realidad. Es solo un efecto de la perspectiva, pero el ojo normal es apenas capaz de detectarlo. La mayoría de las especies serán engañadas por esa ilusión.

Entonces llegan a unos metros de la línea de guardias, que en un

movimiento coordinado les apuntan con sus armas. Solo cuando se detienen vuelven a bajarlas.

—Venimos en son de paz —interviene uno de ellos. Creo que es el mismo que el que representó a estos seres en la capital del imperio, mas soy incapaz de asegurarlo: No soy capaz de distinguirlo del que está a su lado—. No tenemos intenciones hostiles.

Todos están mirando a su alrededor, claramente impresionados. La sala es increíble, con unos grabados en las paredes hechos por los mejores artistas humanos, Wonurt y Krogan de nuestro mundo. Sin embargo, la fila de guerreros de las tres especies, las matriarcas colocadas a lo largo de las paredes y luego nosotros cuatro al fondo debemos ser algo imponente. El arquitecto jugó también aquí con la perspectiva, y la plataforma sobre la que está mi trono en realidad está sobre un suelo muy ligeramente inclinado, pero cuya inclinación no es obvia. Por esta razón, los cuatro estamos más altos que ellos y parecemos ser más grandes de lo que somos en realidad. A decir verdad, es un truco bastante sucio.

—Si venís en paz, entonces sois bienvenidos —indico, y la acústica de este lugar o algún micrófono estratégicamente colocado hace que mi voz retumbe por toda la sala.

—Cuando hablamos contigo, dijiste que había otra especie, con su propio gobierno. Lo que tenemos que hablar contigo también tenemos que hablarlo con ella y sus dirigentes.

Na-Lei levanta entonces la voz.

—La especie que mencionáis somos los Krogan. —Hace un gesto hacia las matriarcas que nos están observando—. Aquí veis a sus principales representantes. Nuestra especie se ha unido como un pueblo más a humanos y Wonurt, y juntos reconocemos a Tanit como nuestra soberana. Cuando ella habla, habla por todos nosotros. Decid pues lo que tengáis que decir, mas cuidad vuestras palabras: Aún recordamos muy bien que nos atacasteis sin provocación alguna, y los Krogan no solemos tener piedad con nuestros enemigos.

Un tremendo murmullo surge de la delegación mientras conferencian apresuradamente entre ellos. Supongo que eso no se lo esperaban.

—¿Y cómo te atreves a hablar en presencia de tu soberana? —

inquiere uno.

Suspiro. Estos tipos deben pensar que soy como su anterior emperador. Voy a hablar, mas

Ura'An

interviene antes de que pueda hacerlo yo.

—En este reino, todos tenemos voz, aunque nuestra reina tenga la palabra final. No somos esclavos, somos libres de decir lo que pensamos, y nuestra opinión es escuchada.

—Así es —confirma el primer ministro humano—. Nos hemos unido libremente, y nadie acalla nuestras voces, como sabemos que ocurría en vuestro imperio.

Esta vez el murmullo es mucho más intenso. Puedo *sentir* lo extraña que les parece que los representantes de las diferentes especies puedan expresarse libremente, cuando en el imperio solo podían transmitir las órdenes de su emperador. Tarda casi cuatro minutos hasta que vuelve el silencio. Entonces el tipo de las dos cabezas vuelve a dirigirse a mí.

—Yo no puedo hablar por todas nuestras especies, sino solo por los lirianos. Nuestra especie fue brutalmente conquistada, y no tenemos ninguna fe en nadie que perteneciese al Imperio de la Nebulosa. Sin embargo, somos conscientes de que tenemos que convivir unos con otros, pues nuestros sistemas solares bordean a los de las demás especies. Ningún lugar en la nebulosa es sin embargo seguro para nosotros, por lo que solicitamos tu mediación.

Antes de que pueda cerrar la boca de asombro, un ser que juraría que es un vegetal se dirige entonces a mí:

—Te negaste a someternos por la fuerza, y las tres especies que gobiernas se han unido libremente a ti, por lo que los Regoulk consideramos que este lugar es el único que podemos considerar neutral, donde podemos negociar libremente y sin coacciones un acuerdo entre nuestros mundos, y podemos recurrir a tu arbitraje si no llegásemos a un acuerdo.

—Los Noerenio también consideramos este lugar neutral y te rogamos que nos permitas negociar aquí —interview un ser rechoncho, con forma de barril con tentáculos. A decir verdad, no tengo ni idea de cómo ha podido desplazarse, puesto que no veo que tenga piernas.

—¿Y cómo sabemos que no es una trampa? —pregunta

Na-Lei,
enseñando los dientes—. ¿Cómo sabemos que no venís a espiar?

—Nos haréis vigilar, por supuesto —responde el liriano—. Y no nos moveremos de este planeta, que por lo que vemos está muy poco poblado. Sabemos que vuestras industrias y flotas están en otros mundos.

—*No hay ninguna señal de que sus flotas se estén reuniendo* —me informa Groar por el enlace que une a nuestro nido—. *El imperio está dividido. Si alguno de ellos intenta atacamos, lo destrozaremos fácilmente. Es posible que digan la verdad.*

—Sabemos que no os fiais de nosotros —interviene un ser que parecería un pájaro salvo por el hecho que no parece tener alas sino cuatro brazos—. Lo entendemos. Sin embargo, hemos llegado un acuerdo de respetar vuestra neutralidad, y de avisaros si alguien de nosotros os fuera a atacar. Es el único acuerdo al que hemos podido llegar, aparte de negociar aquí.

—*Nos vendría bien que se traicionasen unos a otros* —admite comunicándose con el resto del nido. Se inclina un momento hacia Jaime y luego hacia preguntándoles algo, y añade—:
Na-Lei,
Ura'An,
Humanosy Wonurt están de acuerdo.

—Está bien —respondo. Entonces me levanto, dirigiéndome a los delegados en voz alta—. Acepto daros un lugar donde negociar, y os proporcionaré un mediador si así lo deseáis. Sin embargo, comprenderéis que tenéis que ganaros nuestra confianza. Permitiréis que inspeccionemos vuestras naves, confiscando cualquier arma que haya en ella. Estaréis en todo momento bajo vigilancia, y cualquier intento de espionaje o sabotaje por parte de cualquiera de vosotros será considerado una traición y todos seréis ejecutados. En cambio, estaréis bajo mi protección y ninguno de vosotros será molestado por los habitantes de este mundo. Eso sí, os someteréis a las leyes de mi reino. Así, si uno de vosotros agrede o asesina a otro, el agresor será severamente castigado. ¿Aceptáis? Confirmádmelo, uno a uno.

El liriano hace lo que con cierta imaginación podría parecer una reverencia.

—Los lirianos aceptamos vuestras condiciones.

El siguiente en hablar es el otro liriano, y luego lo hace uno de los dos Regoulk. Después, uno a uno, todos confirman las reglas que he puesto.

Me vuelvo a sentar y llamo:

—¡Lily!

Al instante aparece mi ayudante por un lateral, y se inclina ante mí. Supongo que lo hace por los visitantes, porque ella no me suele hacer reverencias.

—¿Sí, Majestad?

—Busca una sala de conferencias en el palacio donde se pueda reunir esta pandilla —ordeno en español, para que no me entiendan esa tropa—. Supongo que se traerán su propia comida, pero por si acaso asegúrate de que instalen una máquina cocinera. Y acuerda con Groar una escolta para estos tipos. Seguramente la estará preparando ya.

La chica sonríe.

—De eso estoy segura, Majestad. No se preocupe, déjelo en mis manos.

Baja rápidamente a donde está esa manada de extraterrestres y empieza a hablarles en Común. Al cabo de unos minutos, los acompaña fuera de la sala del trono. Entonces yo me levanto, y bajo hasta donde están mis tres primeros ministros.

—¿Qué pensáis? —pregunto, ignorando a las matriarcas Krogan, que están estirando el cuello para ver mejor.

Jaime se levanta de su asiento.

—Es posible que sean espías —admite—. Tenemos que vigilarlos, pero es mejor saber lo qué están maquinando.

—Estoy de acuerdo —indica
Ura'An,
que ya está de pie—. Si traman algo, lo descubriremos.

—Me has leído el pensamiento —sonríe
Na-Lei,
levantándose a su vez—. Los mantendremos bajo observación de forma continua. Si planean algo contra nosotros, alguno de ellos lo descubrirá tarde o temprano. —Echa un vistazo a las matriarcas—. Tanit, si no te importa… hay temas que los Krogan tenemos que tratar.

—Por supuesto. Si queréis reuniros aquí en palacio, ya sabes que

podéis hacerlo con plena libertad. —Me vuelvo hacia las matriarcas de un lado, me llevo el puño al pecho y me inclino con respeto. Luego lo hago con las de la otra pared. Todas, por supuesto, devuelven el saludo—. Hermanas, ha sido un placer y un honor teneros aquí. Si habéis observado algo que se me haya escapado, o tenéis alguna sugerencia, os ruego que se lo hagáis saber a Na-Lei.

Las otras se vuelven a inclinar, y yo salgo con Jaime y Ura'An por la pequeña puerta que hay por detrás del trono.

—Por cierto, tenemos que hablar de tu cumpleaños —me dice Jaime.

Le miro, sorprendida.

—¿Perdona?

—Que dentro de poco cumples quince años, y a la gente le gustaría celebrarlo. Sin embargo, ¿no te importaría retrasarlo unas semanas y celebrar en cambio el aniversario de tu coronación?

—¡Pero si fue el mismo día! —protesto.

—Bueno, sí. Lo que pasa es que la duración de la rotación de *Nueva Tierra* alrededor del sol es un pelín mayor que la de la propia Tierra, y es un poco complicado calcular cuándo es tu cumpleaños. Había pensado celebrar tu coronación una vez cada año local, u órbita, que ya sé que en Marte las llamabais así.

Suspiro.

—Por mí, de acuerdo.

—Y ya sabes que te van a pedir que cantes.

Hago una mueca. Mi canto es especial porque de alguna manera interactúa con la cuarta dimensión, y a los que me oyen les entra una extraña felicidad. Una vez me puse a cantar sin recordar el efecto que tiene sobre los demás, y se quedaron todos embobados. Desde entonces, me veo obligada a cantar todos los viernes por la noche, como hacía en Thuis. Lo suelo hacer en la explanada del centro de la ciudad humana, pero a decir verdad casi siempre hay más Wonurt y Krogan que humanos, y eso que toda la explanada se llena.

—Supongo que sí.

—Perfecto. Entonces hablaré con Lily. —Le guiña un ojo a Ura'An

—. Espero que los Wonurt os unáis a la fiesta.

Ella le mira, claramente perpleja.

—¿Qué es una fiesta?

Suelto una risita y les dejo a los dos solos para que Jaime se lo explique. Ese tipo de cosas nos están pasando todos los días, lo cual tampoco es de extrañar, teniendo en cuenta cómo de diferentes son nuestras respectivas civilizaciones.

Me encuentro con Groar a la que subo hacia el nido.

—Por favor, encárgate de vigilar a esa pandilla —le indico—. No tengo ni idea de qué va a salir de ese cónclave, y preferiría saberlo antes de que lleguen a una conclusión.

Gruñe de buen humor.

—Tenía pensado encargárselo a otro, pero le supervisaré estrechamente. Esto es un trabajo a tiempo completo. Nuestras defensas aún son mejorables, y además estoy coordinando la instalación de las armas de fase en la flota Krogan. No podría también dedicarme a esa vigilancia.

—De acuerdo. ¿Supongo que pondrás dispositivos de escucha en todas partes?

—Por supuesto.

—Pues vale.

Durante los tres siguientes meses, los delegados se reúnen en mi palacio. A veces los veo de lejos, escoltados por Krogan, humanos o Wonurt. Aunque en teoría da lo mismo quién los escolte, Groar se ha asegurado de que sean Krogan quienes escolten a los que parecen más peligrosos. Yo soy la primera en entenderlo: La inmensa mayoría de los humanos y Wonurt no son adversarios para uno de estos saurios, y los extranjeros tampoco. Por lo demás, no les hago ni caso. Entre gobernar a tres especies y cuidar de mis hijos adoptivos ya tengo más que suficiente, gracias.

Mi cumpleaños pasa casi desapercibido, puesto que solo me felicitan Stefan, Alisha y Sud: A los Krogan les cuesta entender por qué se celebra un cumpleaños, y a los Wonurt aún más. En fin.

Stefan me muerde la oreja, y me susurra al oído:

—Tres añitos más para nuestra noche de bodas.

Entonces le pego un codazo juguetón, y él se ríe. Aunque a decir verdad me encantaría meterme ya con él en la cama, el primero debe ser Groar, y mi inhibición sexual no me la quitará Irina hasta

que cumpla los dieciocho. Mi enorme marido me destrozaría si quisiera tener sexo con él en este momento. En cambio, Stefan está desfogándose con Tara; el embarazo de
Na-Lei
ya está tan avanzado que ha dejado de ser recomendable que tenga sexo.

Unas semanas más tarde, tenemos la fiesta de coronación, y es todo un éxito, aunque termina casi como la vez anterior, con humanos, Krogan y Wonurt casi todos borrachos y orgías por todas partes. Bueno, yo no soy una puritana, no cuando veo a mis esposos teniendo sexo todos los días, pero algo embarazoso sí que es. Sin embargo, me alegro de que al menos se lo pasen bien. Aunque me pregunto qué pensarán los delegados del imperio de la nebulosa de todo eso. Supongo que cuanto menos estarán perplejos.

Y hablando de los delegados: Para mi sorpresa, un día me entero de que el espionaje a los representantes del imperio de la nebulosa lo lleva Stefan.

—Groar no se fía de nadie más —me explica—. Es divertido, y según nuestro maestro de los maestros, se me da bastante bien. —Suelta una risita—. Así que ahora soy el jefe de tu servicio secreto. Llámame M.

Le miro, incapaz de ocultar mi confusión.

—¿Eme? ¿De qué va eso?

Entonces suspira, girando los ojos con obvia desesperación.

—Olvídalo. Desde luego que no pillas ni una. Claro que a ti nunca te han gustado los clásicos.

Me deja, dejándome ya totalmente perpleja. A decir verdad, no tengo ni idea de qué está hablando.

De todas formas, Stefan no me reporta a mí directamente, sino que lo hace a nuestro maestro guerrero. A mí me parece bien. Bastante tengo yo con hacer de reina como para meterme en asuntos de espionaje, y sé que, si surge algún dato de interés, Groar está más cualificado que yo para tomar una decisión adecuada. Sin embargo, un día no logro contener mi curiosidad, y mientras estamos jugando con los niños le pregunto al respecto.

—¿Y qué tal van las negociaciones entre las especies de la nebulosa? Porque los he visto pasear mucho por la ciudad… No

parecen estar negociando mucho que digamos.

Entonces me mira con cara de chiste.

—Oh, las negociaciones creo que van viento en popa. —Suelta una risita—. Creo que en uno o dos días van a llegar a un acuerdo, hay varias especies que están esperando la aceptación por parte de sus metrópolis. De hecho, le han pedido a Lily que organice una audiencia contigo dentro de tres días.

Pongo cara de circunstancias.

—Supongo que para contarme lo qué han acordado y despedirse antes de largarse con viento fresco, ¿no?

Entonces suelta una carcajada.

—Algo así, algo así. Ponte guapa para la audiencia, nena, que no todos los días tienes a treinta y nueve especies en tu corte.

Intento darle un capón, pero estoy con Alisha en mi regazo, y él se escabulle con facilidad.

—Supongo que al menos no volverán a ser una amenaza para nosotros, ¿no?

Vuelve a reírse.

—No lo creo. Han llegado a un acuerdo… interesante.

Le miro ceñuda.

—¿Y no me lo quieres contar?

Pone cara de pillo y suelta otra carcajada.

—Ni de coña, nena, que me han pedido que mantenga en secreto sus deliberaciones. Solo te diré que es improbable que nos tengamos que volver a preocupar de ellos. A decir verdad, es algo muy creativo.

Frunzo el ceño. Me pregunto de qué se ríe tanto. Algo está tramando este granuja.

Al tercer día vuelvo a recibirles en audiencia. Al igual que la vez anterior, hago que coloquen los asientos de los dirigentes de las tres especies que forman mi reino delante de mí, y Groar organiza de nuevo una guardia compuesta por las tres especies, aunque pienso que exagera: En los meses que han estado estos tipos aquí, para mi sorpresa no hemos tenido ni un solo incidente. No creo que ahora vayan a intentar atacarme.

El nido en pleno está en el balcón, con los niños delante o en brazos. Está incluso Irina, que supuso una enorme —supongo que desagradable— sorpresa para los delegados. Ellos aún recuerdan la

Guerra de las Máquinas, y que una IA forme parte de mi familia les dejó totalmente descolocados. Bueno, pues que se joroben. Yo no tengo por qué darles explicaciones ni justificarme ante ellos.

De nuevo se acercan hasta la guardia que les impide acercarse más, y para mi sorpresa esta vez todos se inclinan en un gesto de respeto.

—Sed bienvenidos —les saludo—. Espero que vuestras especies hayan llegado a un acuerdo para conseguir la paz y la coexistencia entre vuestras civilizaciones.

Uno de los dos lirianos —a decir verdad, no sé cuál de los dos, porque soy incapaz de distinguirlos— se adelanta y dirige sus dos cabezas en mi dirección.

—Los presentes agradecemos la hospitalidad que nos has prestado. No teniendo que temer por nuestra propia integridad, las conversaciones han sido francas y hemos logrado comprender que no solo los

An'k-Zul

nos han hecho mal. Desde hace miles de ciclos, todos nosotros hemos estado luchando, y no siempre nos hemos portado con los demás en la forma que nos habría gustado que nos hubiesen tratado a nosotros.

Alzo las cejas, sorprendida. Viniendo de un extraterrestre, eso es lo más asombroso que he oído en mucho tiempo.

—Espero que esa comprensión se haya traducido en acuerdos —aventuro.

—Para nuestra satisfacción, así ha sido —explica un ser no demasiado diferente a un escarabajo pelotero, aunque bastante más feo—. Nuestros pueblos han sido consultados, y la suerte está echada, pues todos hemos aceptado ese pacto.

Para de hablar, y yo me inclino hacia él, ansiosa de saber más de ese compromiso que han logrado.

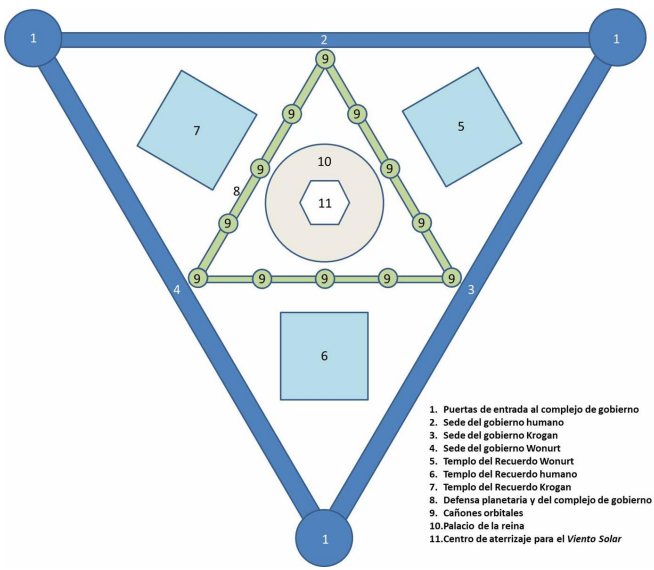
—¿Y qué habéis acordado?

El ET se vuelve hacia sus compañeros, y un revuelo de brazos, pezuñas y tentáculos le indican que prosiga.

—Aquí, las treinta y seis especies reunidas, hemos decidido seguir tu consejo, y unir nuestras fuerzas para no ser aplastados por otros que puedan ser más fuertes que nosotros. Seguiremos todos unidos como el Imperio de la Nebulosa, aunque esta vez por

voluntad propia. Nos hemos jurado una alianza eterna y emprendemos un camino juntos bajo un nuevo símbolo que muestra nuestras diferencias a la par que nuestra unión.

Para mi pasmo, un holograma aparece ante nosotros, y me quedo alelada cuando lo reconozco: Es un triángulo invertido colocado en el interior de otro triángulo, con un círculo en el interior, tres pequeños cuadrados en los huecos que quedan entre los dos triángulos mayores y un hexágono minúsculo en el centro del círculo. Estos tipos usan como símbolo la forma que tiene nuestro complejo de gobierno.



—Veo que reconoces este símbolo —me espeta—. Te sorprende, estoy seguro. Sin embargo, no te extrañe que lo usemos: En este tiempo que ha transcurrido, donde bajo tu hospitalidad hemos discutido el futuro de nuestras respectivas especies, hemos descubierto también lo que significa en tu reino: La unión en la diversidad. Todos sois diferentes, y sin embargo os habéis unido como un todo. Tu consejo, lo que nos has recomendado que hagamos nosotros, es tan solo el reflejo de lo que has instaurado en tu propio reino.

—Es un buen consejo —indica el liriano—. El Imperio de la Nebulosa corre riesgo de desintegrarse, pues fue creado mediante la

conquista. No obstante, creemos que podemos imitar lo que tú has instaurado aquí. Un imperio o confederación donde cada pueblo pueda seguir sus propias costumbres, y sin embargo nos apoyemos todos unos en otros para tener un destino común.

—Me alegra que penséis así —digo, aun recuperándome de la impresión—. Sé que no será fácil, pero os deseo lo mejor. Estoy segura de que os espera un gran futuro si unís vuestras fuerzas.

—Es cierto que no será fácil —interviene el Noerenio—. Lo hemos discutido entre nosotros, y también lo hemos debatido en nuestras respectivas especies durante largo tiempo, y estamos de acuerdo en que será un camino lleno de dificultades. El emperador está muerto, y de todas formas él buscaba la conquista, no la unión. Así que necesitamos a alguien que busque lo mejor para todos nosotros, que no busque la imposición sino la paz y la unión entre todos los pueblos.

Entonces interviene el Regoulk:

—Hemos hablado con tus súbditos, con miles de ellos, y todos y cada uno nos han confirmado sin excepción de que siempre les has protegido, incluso a riesgo de tu propia vida, sin hacer distinciones entre los pueblos que forman tu reino. Solo alguien así es capaz de sacar adelante un imperio tan complejo como el nuestro. —Se inclina hasta el punto de casi rozar el suelo, y para mi sorpresa todos los delegados hacen lo mismo, o al menos se arrodillan, y algunos hasta se echan por completo al suelo—. Y es por eso que todos los pueblos que representamos te reconocemos y proclamamos como nuestra soberana, como nuestra emperatriz.

Me quedo con la boca abierta, por muy poco majestuoso que parezca, pero es que estoy en estado de *shock*. Hasta hace unos minutos, era la reina de algo menos de quince mil humanos, quizás un centenar de miles de Wonurt y… bueno, cerca de cien mil millones de Krogan. Ahora, sin embargo, soy la monarca de treinta y nueve especies, rigiendo a casi dos billones de seres. Soy la emperatriz de la nebulosa.

Una diosa me dijo hace no mucho que soy un *catalizador de civilizaciones*, capaz de cambiar una especie solo con mi mera presencia, pero jamás pude imaginar que podría hacer eso a esta escala.

El destino debe estar carcajeándose de mí a mandíbula batiente.

< < < < > > > >

El universo de los Hijos de Orión

El universo de los Hijos de Orión es un universo donde transcurren dos series de ciencia-ficción escritas respectivamente por padre e hijo: *En órbitas extrañas* de Ramón Somoza y *Cruzados de las estrellas* de Alan Somoza.

Estas dos series se iniciaron de forma independiente, aunque en un momento dado sus autores decidieron combinarlas en un mismo universo, haciendo que las historias contadas en ambas series se alimentasen mutuamente e incluso en alguna ocasión se cruzasen.

No es necesario leer las dos series, dado que son independientes, aunque ambas en algunos episodios (como este) tomen «prestados» personajes de la otra serie. No obstante, para aquellos que hayan leído las dos series, o estén interesados en leer más sobre el universo de los Hijos de Orión, he aquí un breve resumen de cómo encajan una con otra, una vez que los hechos que han tenido lugar en los diferentes «cruces» o cameos entre las series ya han sido desvelados.

El término de los Hijos de Orión se refiere a las diferentes especies que pueblan o han poblado el segmento galáctico que nosotros denominamos el brazo de Orión o brazo local. El lector habrá reconocido ya no solo a los humanos, sino también a los Urgh, los Laarneis, los Cradnian, los Bai R'the y otros muchos que puede que solo hayan sido mencionados de pasada en esta serie.

Los hechos narrados en la serie *En órbitas extrañas* son anteriores a lo ocurrido en *Cruzados de las estrellas*, salvo por el cameo que ya han leído. En la primera serie, la humanidad aún está terraformando los planetas del propio Sistema Solar y ha

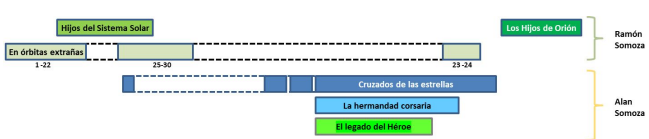
establecido las dos primeras colonias extrasolares. En la segunda, tanto los mundos de Sol como las múltiples colonias que se han establecido en otras estrellas son mundos pujantes. En la primera serie, se narran las aventuras de Tanit, en la segunda, la historia de la guerra contra los *Cosechadores*.

Tanit es familia lejana de los hermanos Marshall, que son unos personajes clave en la historia de los Cruzados, especialmente Ibrahim. Él y su hermano son nietos del primo de Tanit, Alem, que aparece brevemente en *La proscrita marciana*. Este, que conocía las fórmulas cosmológicas de su prima, será el creador de la primera nave de Pulso, lo que permitirá a su vez la creación de la *Darksun Zero* por parte de su nieto.

Dejo a los lectores descubrir cómo los actos de Tanit tuvieron una fuerte huella en la humanidad y en la guerra contra los *Cosechadores*, aunque ella no fuera consciente de ello. Si leen *Cruzados de las estrellas*, verán cómo aspectos a los que quizás no dieron demasiada importancia al leer *En órbitas extrañas* sí resultan ser clave siglos más tarde, pero no les estropearé la lectura, ni les desvelaré el destino de la Cruzada. Si leyeron la serie de los Cruzados antes que esta, se habrán sorprendido de encontrar las causas de ecos que reverberarán hasta el futuro.

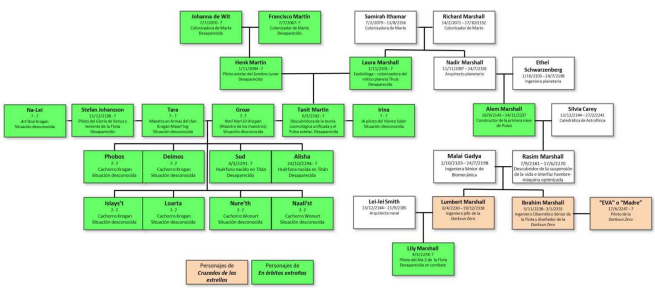
A aquellos que ya hayan leído las dos series, les invito a releerlas, y quizás descubran sutiles aspectos que les hayan pasado desapercibidos al haber leído la primera de las series.

Hay otras cuatro series en paralelo que están en desarrollo o que ya han comenzado a ser publicadas: *Hijos del Sistema Solar* y *Los Hijos de Orión* de Ramón Somoza y *La Hermandad Corsaria* y *El Legado del Héroe* de Alan Somoza. Estas series, aunque beben de las series principales, describen las aventuras o historias de personajes secundarios. Algunos de ellos incluso han tenido un papel importante en las dos series, pero su trasfondo es incluso más importante o interesante del que parecía.



Cronograma aproximado de las series del universo de los Hijos de Orión.

Un último apunte: El universo de los Hijos de Orión no es mío, ni de mi hijo, sino de los dos. Cuando decidimos que íbamos a unir las series en un mismo universo, ya con casi la mitad de las respectivas series publicadas, empezamos a intercambiar ideas, sugerencias y propuestas a la cual más loca. También nos enviábamos los manuscritos antes de su publicación, a fin de asegurarnos de que encajaban con nuestras respectivas historias y el universo que pretendíamos crear. Creo que sinceramente, eso nos ha permitido mantener nuestros propios estilos y nuestras respectivas obras, encuadrándolas en un universo más rico y amplio del que habríamos podido diseñar cada uno por nuestra cuenta. Y no, ese universo no acaba aquí. Al igual que el universo real, seguirá expandiéndose. En ello estamos.



Árbol genealógico de la familia Marshall.

Índice de contenido

Cubierta

El emperador de la nebulosa

En órbitas extrañas 30: El emperador de la nebulosa

El universo de los Hijos de Orión